
HARLEQUIN
Jazmín
Los HERMANOS McKENNA
Shirley Jump
Tu dulce sonrisa



Shirley Jump

Tu dulce sonrisa



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Tu dulce sonrisa, n.º 101 - marzo 2014

Título original: Return of the Last McKenna

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4129-1

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Brody McKenna revisó su tercera garganta irritada de la mañana y prescribió lo mismo que había prescrito en los dos casos anteriores: descanso, analgésicos y beber mucha agua. Las cosas le iban bien; había vuelto de Afganistán sin más propiedades que la ropa que llevaba y ahora tenía un buen trabajo como médico de cabecera, una consulta con muchos pacientes y una familia unida que, además, vivía cerca.

Debería haber estado encantado; pero no lo estaba.

Su paciente, de seis años de edad, se dirigió a la salida con una piruleta sin azúcar y una madre mucho menos preocupada que antes. Cuando salieron, Helen Maguire echó un vistazo a la sala de espera y dijo:

–Ese era el último de la mañana... Estamos libres hasta dentro de una hora, cuando empecemos con las vacunas.

Helen era una mujer de cabello corto y gris, con aspecto de matrona, que siempre tenía una sonrisa para todo el mundo. Durante quince años, había sido la enfermera del médico anterior, el señor Watkins, y ahora trabajaba para Brody.

Él no dijo nada. Al contemplar el material de la sala, tan completo como cabía esperar en una consulta de esas características, sus pensamientos volvieron al país árido y caluroso donde había pasado un mes entero de su vida. Ser médico en los Estados Unidos no se parecía mucho a ser médico en Afganistán, donde siempre estaban cortos de suministros y aún más cortos de milagros.

–¿Brody? ¿Me has oído?

–¿Cómo? Ah, sí, disculpa...

Brody se lavó las manos, se las secó y se giró hacia la enfermera. Tenía que concentrarse en el trabajo. No podía cambiar el pasado ni devolver la vida a las personas que no había podido salvar.

–Hay mucha gente con resfriados, ¿verdad? –di-jo él.

–Es la época del año.

–Todas las épocas son buenas para los resfriados.

Helen se encogió de hombros.

–Creo que eso es lo que más me gusta de trabajar en la consulta de un médico de cabecera. Puedes calcular el calendario en función de los resfriados y las gripes... tienen una especie de ritmo propio, ¿no crees?

–Sí, por supuesto.

Durante mucho tiempo, Brody había creído que tenía una vida perfecta. Un médico de familia para un hombre de familia. Desgraciadamente, su familia se disolvió antes de que se pudiera formar; pero para entonces, él ya estaba en el lugar de Watkins.

Y como no se le ocurría nada mejor que hacer, se quedó en la consulta.

Era un buen trabajo. Le gustaban sus pacientes adultos, le gustaban los niños y, de vez en cuando, se ofrecía como voluntario para ayudar a los más desfavorecidos. Ya había trabajado en una clínica de Alabama y en otra de Maine para personas sin hogar cuando le ofrecieron la posibilidad de viajar a Afganistán como médico de campaña.

Habían sido treinta días de salvar vidas en poblados tan pobres que no tenían ni un mal ambulatorio, siempre bajo la protección de unidades militares. Antes de viajar al país

asiático, se había dicho a sí mismo que allí podría marcar la diferencia. Y la había marcado, aunque no en el sentido que esperaba. Ahora, hiciera lo que hiciera, no tenía un segundo de paz. Sus fantasmas lo perseguían a todas partes.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Helen.

–Sí, sí... solo un poco distraído. Creo que, en lugar de comer en la consulta, saldré y comeré en un restaurante.

Ella asintió y sonrió.

–Me parece una idea excelente. Así disfrutarás un rato del día –dijo–. El aire fresco tiene propiedades terapéuticas...

Brody dudó que el aire fresco pudiera tener ese tipo de propiedades en su caso, pero necesitaba estar solo.

–Estaré de vuelta a la una.

El día era cálido, casi de verano. Las temperaturas seguían siendo altas, incluso más altas de la cuenta para mediados de septiembre.

Brody salió a la ruidosa calle de Newton y saludó a los dueños de los establecimientos cercanos: el señor Simon, el zapatero; la señora Tipp, que dirigía una galería de arte y Milo, que ya había abierto tres tipos de establecimientos distintos en el mismo local.

Brody siguió el camino que siempre seguía a esas horas, cuando salía de la consulta. Normal-mente, no comía fuera; se limitaba a dar un paseo y volver. Había hecho tantas veces el mismo trayecto que le extrañaba no haber dejado un surco de huellas.

Al llegar a la esquina, se llevó la mano al bolsillo y sacó un papel. Estaba arrugado y viejo, pero todavía se podía leer el mensaje que contenía:

Hola, supermán; espero que tengas cuidado y que vuelvas sano y salvo a casa. Todos te queremos y te echamos de menos; especialmente, yo. Las cosas no son iguales sin ti. Con amor, Kate.

Brody pasó los dedos por la tinta de la carta e intentó encontrar respuesta a la duda que lo carcomía desde hacía semanas. ¿Debía cumplir el último deseo de Andrew? ¿O era mejor que lo olvidara?

Se detuvo. Sus pasos lo habían llevado al mismo lugar que de costumbre. Se encontraba bajo el cartel rojo y blanco de la Nora’s Sweet Shop, la tienda de dulces de Nora. Y una vez más, recordó las palabras de Andrew:

«Prométemelo, *Doc*; prométeme que irás a verla y que te asegurarás de que se encuentra bien y de que es feliz. Pero, por favor, no le digas lo que ha pasado. Se culparía a sí misma... y Kate ya ha sufrido demasiado.»

Había transcurrido un mes desde que Brody se lo había prometido. Una promesa fácil de hacer, pero no tanto de cumplir.

¿Cuántas veces había hecho aquel trayecto y había dado la vuelta antes de entrar en la tienda? Ya ni se acordaba. ¿Encontraría alguna paz en sus termómetros y estetoscopios si volvía otra vez sobre sus pasos y regresaba a la consulta?

Brody sabía perfectamente que no. Tenía que hacerlo. Tenía que cumplir la promesa.

Respiró hondo, abrió la puerta de la tienda y entró en el establecimiento. El dulce aroma a chocolate y la suave música de fondo envolvieron sus sentidos. Junto al escaparate, en un soporte de cristal, descansaba una tarta de boda. Al fondo, más allá del mostrador, se veían estantes con cajas de bombones y cestitas para regalo.

–¡Un momento! –exclamó alguien desde el cuarto trasero.

–No hay prisa –dijo Brody, cerrando el puño sobre el papel del bolsillo.

No sabía qué hacer. No se sentía con fuerzas para decirle la verdad, ni desde luego estaba allí para comprar tartaletas o caramelos. En realidad, había ido a aquella tiendecita de Newton en busca de perdón.

Nervioso, alcanzó la primera cesta de dulces que vio y sacó la cartera para pagar. Un segundo después, apareció una morena esbelta que se limpió las manos en el delantal y lo saludó con una sonrisa en los labios.

–Hola, soy Kate... ¿en qué te puedo ayudar?

Kate Spencer. La propietaria de la tienda y la mujer que había ocupado los pensamientos de Brody durante las semanas anteriores; una perfecta desconocida de quien, no obstante, por lo mucho que le habían hablado de ella, podría haber escrito un libro entero.

Le estrechó la mano e intentó no mirarla fijamente. Había imaginado que la hermana mayor de Andrew sería como Helen Maguire, aunque en versión más joven; una chica maternal, con el pelo recogido en un moño y siempre dispuesta a ofrecer un abrazo; una chica cálida y fiable como un edredón.

Pero la joven esbelta y dinámica que había salido a saludarlo no se parecía nada a la descripción de su hermano. Tenía ojos verdes, cabello de color café, rasgos tan delicados como bellos y unos labios maravillosamente rojos. Era muy atractiva, aunque sus ojeras y la tensión de sus hombros traicionaban un poco su sonrisa.

Brody abrió la boca para presentarse y decir lo que había ido a decir, pero se encontró súbitamente sin palabras.

–Yo...

–¿Sí?

–Quería comprar esto.

Brody le enseñó la cesta de dulces.

–¿Es para alguna persona especial?

–Es para... mi abuela –respondió a toda prisa–. Le encanta el chocolate.

Kate rio.

–Si es para tu abuela, tal vez quieras que le quite este envoltorio y le ponga algo más tradicional... Salvo que tu abuela sea seguidora de los Red Sox, claro.

Brody se quedó desconcertado durante un momento, hasta que bajó la mirada y vio que la cesta estaba envuelta en un papel con la insignia de los Red Sox, el famoso equipo de béisbol. Un detalle de lo más inapropiado para la matriarca de los McKenna.

–Vaya, tienes razón... No, a mi abuela no le gustaría nada. Ella es seguidora de los Yankees, aunque viva en Boston. El seguidor de los Red Sox soy yo.

Kate volvió a reír.

–En ese caso, le cambiaré el envoltorio –dijo–. Si quieres escribirle una nota, tienes tarjetas en el mostrador.

–Gracias.

Brody se acercó al mostrador, alcanzó una tarjeta y escribió su nombre para hacer algo en lugar de mirarla como un tonto.

Kate Spencer era, en una palabra, preciosa. La clase de mujer a la que, en cualquier otra circunstancia, podría haber invitado a cenar. Amigable, de sonrisa rápida y con un fondo irónico en sus palabras. Se había sentido atraído por ella desde el primer momento, pero no podía ser una atracción más inconveniente.

Había hecho una promesa a Andrew y la tenía que cumplir. Solo debía pronunciar las frases que había practicado una y mil veces a lo largo de las semanas anteriores. Por muy difícil que le resultara.

–¿Qué tal va el negocio? –preguntó, por romper el hielo.

–Bastante bien. No ha dejado de crecer desde que se fundó, en 1953 –respondió Kate –. Los lunes son el único día tranquilo... si no fuera principio de semana, sería una especie de vacaciones.

–¿Preparas las tartas y los dulces tú misma?

Ella sacudió la cabeza.

–No podría prepararlo todo ni aunque quisiera. Es demasiado trabajo para una sola persona. La Nora's Sweet Shop ha sido un negocio familiar durante muchos años, pero... –Kate dudó un momento–. Bueno, no importa; digamos que tengo ayuda en la cocina. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás buscando empleo?

–¿Quién, yo? Soy un desastre en la cocina.

Kate sonrió.

–La repostería no es tan complicada –aseguró–. A mí me enseñó mi abuela, cuando yo era una niña; y te aseguro que si yo pude aprender, cualquiera puede.

–Por tu forma de hablar, se nota que te gusta este trabajo.

–Sí, claro que me gusta. Es... terapéutico.

La sonrisa de Kate desapareció de repente. Su cara se volvió sombría, y Brody tuvo la seguridad de que estaba pensando en su difunto hermano.

–El trabajo puede ser bueno para el alma –comentó.

Brody se había repetido esa frase a sí mismo en incontables ocasiones. De hecho, no dejaba de repetírsela desde su experiencia en Afganistán, aunque ya no encontraba ningún consuelo en el trabajo. Pero supuso que Helen Maguire tenía razón al decir que solo necesitaba tiempo, que el tiempo lo curaba todo.

–¿Y a qué te dedicas tú? –replicó ella–. ¿Qué haces para curarte el alma?

Él la miró de una forma tan extraña que Kate se ruborizó y añadió:

–Discúlpame, no me quería meter en tus asuntos. No es necesario que contestes. Solo era curiosidad.

–Soy médico –dijo.

Ella se apoyó en el mostrador.

–¿Médico? Un trabajo muy satisfactorio... mucho más que dedicarse a la repostería y, ciertamente, más difícil que batir nata.

–Bueno, yo no estaría tan seguro de eso. Tu trabajo debe de ser muy satisfactorio. Haces feliz a la gente.

–Y no imaginas la cantidad de azúcar que hay que usar para que sean felices –Kate soltó una carcajada–. Pero te agradezco el comentario... por mí y por las tres generaciones de Spencer que se han dedicado a este negocio.

Brody contempló los objetos que decoraban la pared. Había galardones oficiales y artículos de prensa sobre la tienda de dulces; algunos, muy antiguos. Y entre ellos, a la derecha, se veía la fotografía enmarcada de un joven sonriente, vestido de uniforme.

Un segundo después, volvió a estar en el interior polvoriento de aquella tienda de campaña, maldiciendo, suplicando y volviendo a maldecir mientras intentaba salvar la vida de Andrew Spen-cer.

Mientras lo intentaba y fracasaba.

Aún podía sentir el pecho del joven bajo sus manos. Brody intentó que llegara aire a

sus pulmones, pero no lo consiguió. Los ojos de Andrew se quedaron entreabiertos, vacíos. Y él no pudo hacer nada.

¿En qué estaba pensando? Comprar una cesta de dulces a Kate Spencer no serviría para aliviar su dolor. ¿En qué estaba pensando el propio Andrew cuando le hizo prometer que iría a verla? Nadie podía cambiar lo sucedido.

–Ya está, ya tienes el regalo.

Brody la miró con desconcierto.

–¿El regalo?

Kate volvió a reír.

–Sí, para tu abuela...

Brody clavó la vista en la cesta de dulces. Le había cambiado el envoltorio de los Red Sox y le había puesto uno de flores, cerrado con una cinta rosa y blanca.

–Ah, sí... gracias.

Brody volvió a mirar la fotografía de Andrew. Kate se dio cuenta y dijo:

–Era mi hermano pequeño. Murió en Afganis-tán, el mes pasado.

–Lo siento mucho. Debió de ser muy duro pa-ra ti.

Ella asintió.

–Lo fue y lo sigue siendo, en muchos sentidos. Te parecerá una tontería, pero me siento algo mejor cuando hablo de él.

–No, no me parece ninguna tontería.

Kate pasó una mano por el mostrador.

–Mi hermano trabajaba aquí, conmigo. No hay día que no lo extrañe... Era el organizado de la familia, el que siempre se quejaba por el desorden de mi despacho. –Kate sacudió la cabeza y miró la cesta–. ¿Quieres que ponga la tarjeta en tu regalo?

–Por supuesto.

Brody se la dio y ella pegó la tarjeta con celofán.

–No recuerdo haberte visto antes por aquí –declaró ella.

–No, no había estado antes. Vivo en el vecindario, pero es la primera vez que vengo.

–Pues gracias por comprar en la Nora’s Sweet Shop. –Kate le dio una palmadita en la espalda–. Espero que a tu abuela le gusten los dulces.

–Estoy seguro de ello.

Una vez más, Brody intentó poner fin al encuentro y salir de la tienda. Y una vez más, se quedó donde estaba.

–Si tú te llamas Kate, ¿quién es Nora?

Brody lo preguntó por preguntar. Conocía la respuesta porque Andrew le había hablado del establecimiento antes de morir.

–Nora es mi abuela –respondió ella con una sonrisa–. Abrió la tienda cuando mi abuelo volvió de la guerra de Corea. Trabajaron juntos durante sesenta años, hasta que se jubilaron y nos dejaron el negocio a mi hermano y a mí.

–¿Siguen vivos?

–Afortunadamente, sí. Pasan muy a menudo por la tienda, y a veces me echan una mano... Mi hermano y yo crecimos entre estas cuatro paredes. Nos traían todos los días; en parte, para que los ayudáramos y, en parte, para que no nos metiéramos en líos mientras mis padres trabajaban –explicó–. Andrew y yo éramos bastante traviesos.

Brody había oído esa misma historia por boca de Andrew, cuya adoración por Kate y por sus abuelos era más que evidente. Pero le había hablado poco de sus padres; solo

sabía que estaban divorciados.

–Mi abuela también dirige un negocio familiar, la agencia de publicidad que fundó mi abuelo hace años. Sin embargo, mis hermanos y yo hemos tomado otros caminos, así que le dejará la empresa a mi primo Alec cuando se jubile.

Ella ladeó la cabeza y contempló su traje, su corbata y sus relucientes zapatos con un brillo de ironía en los ojos.

A Brody le encantó. Kate Spencer le había caído muy bien.

–Así que eres médico...

–Sí, lo soy.

Kate sonrió un poco más.

–Me alegro mucho. Si algún día me desmayo, sabré a quién acudir.

Durante unos segundos, mientras admiraba los senos y los labios de Kate, Brody olvidó el motivo que lo había llevado a la tienda.

–Mi consulta está a la vuelta de la esquina. Si me necesitas, solo tienes que gritar... –dijo en tono de broma.

–Bueno es saberlo.

El ambiente se cargó de energía. Brody tuvo la impresión de que hacía más calor y de que el sonido del tráfico de la calle se había apagado casi por completo. Habría dado cualquier cosa por ser un cliente normal y poder establecer una relación normal con Kate. Pero no lo era. Estaba allí para decirle la verdad.

–Oh, vaya... –dijo ella, repentinamente nerviosa–. Con tanta conversación, me había olvidado de cobrarte la cesta.

–Y yo me había olvidado de pagar.

Brody le dio la tarjeta de crédito y se fijó en sus manos; eran largas, de dedos delicados y uñas sin tonterías de ninguna clase. Unas manos bonitas que deseó tocar.

Kate metió la tarjeta en el lector, pulsó unos botones y esperó a que salieran el recibo y la copia, que se quedó mirando.

–¿Te apellidas McKenna?

Él se estremeció. ¿Habría reconocido su apellido? ¿Habría caído en la cuenta de que él era el médico que había dejado morir a Andrew?

Por su sonrisa, Brody supo que no sabía nada. Y mientras firmaba el recibo, contestó:

–Así es, Brody McKenna. Pero llámame Bro-dy.

–Bueno, Brody... espero que vuelvas a pasar por aquí.

–Sí, yo también lo espero –replicó él–. Y quién sabe, puede que algún día te pueda devolver el favor.

–Yo no te he hecho ningún favor; me he limitado a hacer mi trabajo –afirmó ella, sonriendo otra vez–. Pero, si te sientes en deuda, recomienda mi tienda a tus amigos. Sería un agradecimiento más que suficiente.

Antes de salir de la Nora’s Sweet Shop, Brody le lanzó una última mirada y dijo:

–No, no lo sería.

Capítulo 2

¿Qué demonios había hecho?

En teoría, había ido a la tienda de Kate Spen-cer para hablarle de su hermano; para decirle que le había prometido que iría a verla y que se aseguraría de que se encontraba bien.

Pero, en lugar de eso, le había comprado una cesta de dulces y había huido como un cobarde, sin cumplir su objetivo.

–¿Por qué estás tan callado? Espero que sea porque la camarera te ha dejado sin habla... Es preciosa, ¿verdad?

Brody miró a su hermano Riley. Le había llamado el día anterior, después de la visita a la tienda, para comer con él y sacar a Kate Spencer de sus pensamientos, aunque solo fuera durante un rato.

–Sí, es preciosa, pero ¿qué haces mirando a las camareras? –replicó Brody–. Si no recuerdo mal, te vas a casar pronto.

–Es cierto, pero eso no significa que no pueda buscar bellezas... para ti. –Riley se inclinó sobre la mesa y sonrió–. Dentro de poco, serás el único de los tres hermanos que no esté casado. Será mejor que te des prisa.

–De ninguna manera. Ya lo intenté y...

–Estuviste comprometido, no casado –le recordó–. Te acercaste al borde del abismo, pero no saltaste.

–Por muy buenas razones.

Melissa siempre había estado más interesada en el glamour de ser la esposa de un médico que en ser la esposa de Brody.

Y cuando él decidió abrir una pequeña consulta en lugar de dedicarse a la cirugía plástica o a algún negocio igualmente lucrativo, ella puso fin a su relación.

Según sus propias palabras, no estaba dispuesta a casarse con un hombre que sacrificaba sus ambiciones por las necesidades de los demás.

Brody alcanzó el menú y echó un vistazo a los platos.

–¿Qué tal va el trabajo, Riley?

Riley soltó una carcajada.

–Buen intento, pero no vas a conseguir que cambie de conversación.

–Está bien... –Brody alzó las manos–. Pero no quiero hablar de la camarera ni de mi vida amorosa ni de por qué no me he casado todavía. He quedado contigo porque quería verte antes de que te pongas al cuello la soga del matrimonio.

Riley sonrió de oreja a oreja.

–No es ninguna soga. Estoy profundamente enamorado de Stace. Y por cierto, ya sabemos dónde nos vamos a casar.

–En el Morning Glory, supongo.

–En efecto.

El Morning Glory Diner era el restaurante de su prometida, Stace Kettering. Riley había trabajado en él cuando su abuela lo echó de su mansión y de McKenna Media, la empresa de publicidad de la familia, para que espabilara y aprendiera a ganarse el pan con el sudor de su frente.

La experiencia lo había cambiado por completo. Ahora era un hombre distinto.

–La abuela se enfadó cuando supo que lo queríamos celebrar allí –continuó Riley–. Habría preferido que nos casáramos en el Park Plaza, pero a Stace y a mí nos encanta ese lugar... Ya se ha comprado el vestido de novia, ¿sabes?

–Y seguro que no te deja verlo.

–No, claro que no; dicen que da mala suerte –contestó.

–Bueno, agradezco que no te hayas empeñado en que nos pongamos smoking para la ceremonia –dijo Brody.

Riley volvió a sonreír.

–Ya me conoces; preferiría ponerme una peluca antes que llevar smoking. Pero Finn no es como nosotros... nuestro querido hermano insiste en ponérselo porque dice que es lo más apropiado. Espero que Ellie le meta un poco de sentido común en la cabeza. Esa chica es lo mejor que le ha pasado en toda su vida.

Brody lo miró con sorna.

–No puedo creer que tú, precisamente tú, te vayas a casar. Has cambiado, hermanito.

–Y para mejor. Gracias a Stace.

La camarera se acercó a la mesa para tomarles nota; Riley pidió una cerveza y una ensalada Wal-dorf y Brody, una botella de agua mineral y una hamburguesa con patatas fritas.

Momentos después, un par de amigos entraron en el establecimiento; Riley los saludó y preguntó a su hermano:

–¿Quieres que los invite a sentarse con nosotros?

Brody sacudió la cabeza.

–No, hoy no estoy de humor para socializar.

–¿Te encuentras bien?

Brody apartó la vista.

–Sí, perfectamente.

–¿A quién pretendes engañar? Te sentirías mejor si lo compartieras con alguien, pero tú verás lo que haces.

La camarera les llevó las bebidas y Brody echó un trago de agua.

No quería hablar de lo sucedido. Había perdido a varios pacientes a lo largo de su carrera profesional, pero el caso de Andrew era completamente distinto.

Además, Brody siempre había sido el más reservado de los tres hermanos McKenna; quizás, por haber crecido entre el pragmático Finn y el tempestuoso Riley o, quizás, por el propio carácter de su trabajo.

A fin de cuentas, se suponía que los médicos debían dominar sus emociones y mantener una distancia prudencial con las cosas.

–Por cierto, ¿ya habéis elegido la tarta para la boda? Lo digo porque conozco un establecimiento que os podría interesar. Está cerca de mi consulta, a la vuelta de la esquina. Es una pastelería de lo más interesante, con productos muy originales.

–¿Cambiando de tema otra vez?

Brody sonrió.

–Hago lo que puedo...

–Pues no, aún no hemos elegido la tarta. A decir verdad, no hemos tenido mucho tiempo de pensarlo. Pero, ¿desde cuándo te interesa tanto la repostería?

–No me interesa. Es que me he acordado y he pensado que os podría ser de utilidad.

Riley entrecerró los ojos de repente.

–Espera un momento... ¿Una pastelería, has dicho? No será la de la hermana de ese tipo, ¿verdad?

Brody se encogió de hombros.

–Sí, pero eso no tiene nada que ver con...

–Ah, claro –lo interrumpió–. Sí, supongo que es una buena idea.

–No sé a qué te refieres. Solo lo he mencionado porque tiene productos de calidad y es bastante barata –se defendió Brody.

–Lo que tú digas, hermano –replicó Riley con escepticismo–. Pero está bien, hablaré con Stace y le preguntaré si está de acuerdo. De hecho, la llamaré ahora mismo y se lo preguntaré.

–No te molestes, por favor.

–No es ninguna molestia.

Riley miró a Brody con afecto.

No sabía mucho de su experiencia en Afga-nistán; apenas unos cuantos detalles que Brody le había ofrecido a regañadientes cuando volvió al país, y solo después de tomarse tres de las cervezas que Riley había llevado para celebrar la ocasión.

Pero sí sabía lo suficiente como para atar cabos.

Sacó el teléfono móvil y marcó el número de Stace.

–¿Qué tal está hoy la novia más guapa de Bos-ton?

Mientras Riley hablaba con Stace, Brody echó un vistazo a su alrededor. El local estaba abarrotado de gente que iba y venía; en la barra, uno de los camareros bromeaba con varios clientes habituales.

Al cabo de un par de minutos, Riley cortó la comunicación.

–A Stace le ha encantado la idea. Ha dicho que encargues la tarta tú mismo, pero que la quiere de color...

–¿Color? ¿Es que sois caprichosos hasta para los colores?

Riley se ruborizó un poco.

–¿Qué puedo decir? Si a Stace le hace feliz, a mí me hace feliz –dijo–. Pero bueno, quiere que sea de color rosa y morado.

–Rosa y morado –repitió Brody–. Sí, supongo que quedará bien.

A Brody no le extrañó la elección de colores. Riley le había contado que el nombre del restaurante de Stace procedía del apelativo cariñoso que su padre le dedicaba cuando era pequeña: *morning glory*, gloria matinal; una de las formas en inglés de referirse a las campanillas.

Pero, fuera como fuera, tuvo miedo de que Riley volviera a interrogarlo sobre sus problemas personales, así que dijo:

–Aún no has contestado a la pregunta que te hice hace unos minutos. ¿Cómo te van las cosas en tu nuevo trabajo?

–Muy bien, la verdad. A los chicos de la Aca-demia Wilmont les encanta el programa; de hecho, les gusta tanto que hemos decidido dar más clases y abrir otras delegaciones.

–Excelente...

Justo entonces, la camarera les llevó la ensalada y la hamburguesa.

–¿Cómo puedes comer eso? –preguntó Brody–. Es terrible para tus arterias. Y no necesito recordarte que el historial familiar...

Riley alzó una mano.

–Sabes que te quiero mucho, Brody; pero si dices algo más sobre mi hamburguesa con patatas fritas, tendré que darte un puñetazo.

–Solo me preocupo por ti.

–Y yo te lo agradezco. Si te sientes mejor, haré media hora más de ejercicio cuando salga a correr esta noche.

–Sí, me siento algo mejor, pero deberías...

–Basta ya –lo interrumpió de nuevo–. No juegues a los médicos conmigo. Además, ¿no estábamos hablando de mi trabajo?

Brody sonrió.

–Sí, es verdad.

Riley se llevó una patata a la boca.

–Pues, como iba diciendo, las cosas van muy bien. Doy clases de cinematografía, baile, talla de madera...

–Suena muy interesante.

–Lo es. El mes que viene vamos a invitar a unos cuantos profesionales para que hablen de sus trabajos a los chicos. Quizás podrías venir y hablarles un poco del tuyo... Ya sabes, cómo es el día a día de un médico. Esas cosas.

Brody jugueteó con la ensalada. Se le había quitado el hambre de repente.

–No creo ser la persona más adecuada para hablar de medicina.

Los ojos azules de Riley se clavaron en los de su hermano.

–Oh, vamos, eres la más adecuada que se me ocurre. Has tenido experiencias que muy poca gen-te...

–Olvídalo –Brody lo miró con cara de pocos amigos y cambió de tema–. ¿Cómo quieres que sea la tarta? ¿Grande? ¿Mediana?

Riley suspiró.

–No sé... tendremos alrededor de cincuenta invitados. Queremos que sea una ceremonia razonablemente pequeña, solo para la familia y algunos amigos.

Brody asintió e intentó no sentir envidia de su felicidad.

Finn y Riley habían sentado cabeza y fundado sus respectivas familias, lo que él había deseado con tanto ahínco hasta que Melissa lo abandonó.

Cuando terminaron de comer, Brody se levantó de la mesa y pagó la cuenta.

–Hablaré con la dueña de la pastelería –afirmó.

–¿Brod?

–¿Sí?

–¿Cómo estás? Y sé sincero conmigo, por favor.

Brody pensó en las gargantas irritadas y los catarros de su consulta.

Pensó en sus pacientes, que siempre esperaban que los curara y les hiciera sentirse mejor.

Y pensó que su trabajo ya no le satisfacía como antes.

Porque había visto la muerte en los ojos de An-drew Spencer.

–Creía que estaba bien –respondió Brody–. Pe-ro me equivocaba.

Capítulo 3

Kate miró el montón de pedidos que se acumulaba en su mesa; tenía mucho que hacer, pero sus pensamientos volvían constantemente al atractivo cliente que había estado en la tienda un par de días antes; al médico de la cesta de los Red Sox, un hombre tan amigable como enigmático a la vez.

No olvidaba lo que había dicho antes de marcharse, cuando ella comentó que una recomendación de la Nora's Sweet Shop sería un agradecimiento más que suficiente por sus servicios: «no, no lo sería».

¿Qué habría querido decir? Además, ella no había hecho nada especial. Se había limitado a cambiar el envoltorio del regalo y darle un toque femenino. No era como si le hubiera donado un riñón, por ejemplo.

¿Lo habría entendido mal?

Dejó el trabajo para más tarde, se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Contempló el callejón que había entre la tienda y el edificio siguiente y lanzó una mirada a la calle, llena de coches y de gente que volvía a casa después de trabajar. En el equipo de música sonaban canciones que no estaba escuchando, y el ordenador recibía mensajes de correo electrónico que no estaba leyendo.

Volvió a pensar en el doctor Brody McKenna.

No sabía mucho de él; solo que un era seguidor de los Red Sox capaz de comprar un regalo con un envoltorio de su equipo a una seguidora de los Yankees que, encima, era su abuela. Cabía la posibilidad de que fuera una especie de profesor despistado, brillante en su consultorio pero totalmente negado para la vida.

Suspiró y se apartó de la ventana. Tenía preocupaciones más importantes que el atractivo médico; sobre todo, porque la mayoría de los hombres con los que se había cruzado eran holgazanes que pretendían vivir a su costa o ambiciosos más interesados en su carrera profesional que en mantener una relación amorosa.

Había muy pocos como Andrew; muy pocos que vivieran cada día con pasión. Y hasta que no conociera a un hombre parecido, prefería limitar sus placeres a las tazas de café caliente y los bollitos recién sacados del horno.

Momentos después, sonó la campanilla de la puerta. Kate salió del despacho con la mejor de sus sonrisas, que se convirtió en la más sincera cuando vio a su abuela junto al mostrador.

–Abuela... qué agradable sorpresa.

Nora rio y dio un abrazo a su nieta.

–Dudo que sea una sorpresa. Vengo casi todos los días a por mi ración de dulces.

–Y yo me alegro todos los días...

Nora se apartó de ella y la miró con expresión pícara.

–No le digas a tu abuelo que me dedico a robarte magdalenas. Ya sabes lo que dice, que tomo demasiados dulces.

–Oh, vamos. Se preocupa por ti porque te quiere.

Nora sonrió. A diferencia del matrimonio de los padres de Kate, el de sus abuelos había sido un éxito. Se querían con locura.

–¿Qué tal van las cosas?

–Ya sabes, como siempre. Mucho trabajo.
–¿Ya has encontrado un local para abrir otra tienda?
Kate se encogió de hombros.
–No, todavía no he empezado a buscar.
–Pero tus planes...
–Eso fue antes de lo que pasó, abuela; antes de que...
Kate sacudió la cabeza y Nora le puso una ma-no en el hombro.
–No hace falta que te expliques. Lo comprendo.
En vida de Andrew, Kate tenía intención de buscar locales para abrir otras delegaciones de la Nora's Sweet Shop; de hecho, llegó a encontrar un sitio que le gustó mucho, en Weymouth, pero la muerte de su hermano lo había cambiado todo.
–Reconozco que tus planes me agradaban –continuó Nora–, pero tu situación me preocupa. Si quieres tomarte unas vacaciones y descansar un poco, tu abuelo y yo nos encargaremos de la tienda.
Kate miró a su abuela, de ochenta y tres años de edad.
–Sé que lo dices en serio, y te lo agradezco mucho; pero me encuentro bien. Además, ya me ayudáis con los pedidos diarios.
–Eso no tiene importancia. Nos mantiene ocupados y nos da una excusa para salir de casa y hablar con nuestros viejos clientes.
–Merecéis disfrutar de vuestra jubilación. No quiero que perdáis el tiempo junto a un horno –insistió su nieta–. Además, ya te he dicho que estoy bien.
Nora le apartó un mechón de la cara.
–No, no lo estás.
Kate volvió a sacudir la cabeza.
–Es que lo echo tanto de menos...
Kate no quiso decir que se sentía culpable porque había animado a su hermano a alistarse en el Ejército. Tenía la terrible sospecha de que, si ella no lo hubiera presionado en ese sentido, Andrew no habría muerto.
–Todos lo echamos de menos –dijo Nora, con los ojos húmedos–. Pero tu hermano no habría querido que te encerraras en ti misma y te aferraras a tu sufrimiento. Andrew amaba la vida... ¿recuerdas la vez cuando se lanzó en parapente desde aquella montaña?
Kate sonrió.
–Cómo no me voy a acordar. Aunque no fue tan malo como la vez que le dio por nadar entre tiburones –declaró–. Vivía al límite.
–Mientras los demás nos contentábamos con menos –observó su abuela–. Pero siempre volvía a casa.
–Porque su corazón estaba aquí.
–Claro que lo estaba. Y Andrew querría que fueras feliz, que disfrutaras de la vida. Se enfadaría mucho si supiera que el trabajo se ha vuelto el centro de tu existencia.
Antes de irse a Afganistán, Andrew había intentado hablar con ella sobre el futuro; pero Kate se negó a escuchar porque tenía miedo de lo que pudiera ocurrir si seguían adelante con sus planes.
Y ahora se arrepentía de no haberlo escuchado.
–Intentaré recordarlo, abuela.
–Excelente.
Nora le dio una palmadita en la espalda y se giró hacia la puerta delantera. Un cliente estaba a punto de entrar.

–Ese hombre es verdaderamente atractivo, Ka-te. Si yo estuviera en tu lugar, correría a pintarme los labios.

Kate soltó una carcajada. Sabía que el comentario de Nora no era inocente; ardía en deseos de que le diera bisnietos.

–Abuela, no estoy interesada en una relación amorosa.

–Pero puede que cambies de opinión cuando veas a ese hombre...

La puerta del local se abrió. Y el corazón de Kate se detuvo un momento al reconocer los ojos azules de Brody McKenna.

–Hola, Kate.

Kate carraspeó.

–¿Qué haces aquí, doctor? ¿Has venido a comprar más cestas de los Red Sox?

Brody le dedicó una sonrisa que la puso nerviosa. No había mentido a su abuela al afirmar que no estaba interesada en el amor. La experiencia de sus padres, que se habían casado por un encaprichamiento y habían terminado por odiarse, le había dejado una huella profunda.

Si alguna vez unía su destino al de un hombre, sería con uno que fuera estable y formal; no con una persona como Brody, que la embriagaba con una simple sonrisa.

–No, solo he venido para darte las gracias. La cesta fue un éxito. A mi abuela le gustaron tanto los bombones de cereza que me ha pedido que le compre más.

–Tu abuela tiene buen gusto. Los de cereza son mis preferidos –dijo la abuela de Nora–. Pero permíteme que me presente... soy Nora Spencer.

Brody sonrió y le estrechó la mano.

–Vaya, la famosa Nora de la Nora’s Sweet Shop... Encantado de conocerte. Yo soy Brody Mc-Kenna.

Nora arqueó una ceja.

–¿Eres médico?

–En efecto. Tengo la consulta a la vuelta de la esquina. Soy el sustituto de Watkins.

–Ah, sí, me acuerdo de él... Un buen hombre, salvo cuando perdía al golf; al día siguiente estaba de un humor tan terrible que tomé la decisión de no ir nunca a su consulta los jueves por la mañana. Jugaba los miércoles, ¿sabes?

Brody rio.

–Sí, tenía malas pulgas...

Súbitamente, Kate entrecerró los ojos y miró a Brody con interés renovado.

–Espera un momento... ¿Tú te apellidas Mc-Kenna? Tú eres el médico que trabaja de vez en cuando para esa ONG... ¿Cómo se llama? Recuer-do haber leído en alguna parte que tu familia la apoya con donaciones más que generosas.

–Medicina Sin Fronteras –respondió Brody, algo incómodo–. Sí, es verdad. Soy voluntario de la organización. Viajamos por todo el mundo, prestando servicios médicos a las personas que lo necesitan.

Nora se acercó a él y volvió a sonreír.

–Y dime, Brody McKenna, ¿estás casado?

Kate protestó de inmediato.

–¡Abuela! ¿Cómo se te ocurre...?

–No tiene importancia –la interrumpió Bro-dy–. No, no estoy casado; pero precisamente he venido por una boda que se va a celebrar dentro de poco.

Kate pensó que Brody estaba a punto de casarse y se sintió profundamente decepcionada, aunque ni siquiera supo por qué.

Solo había estado con él unos cuantos minutos. La vida de aquel hombre no era asunto su-yo.

–Entonces, has venido al sitio adecuado –dijo Kate, mientras alcanzaba una libreta y un bolígrafo–. ¿Qué necesitas?

–No es para mí. Es para uno de mis hermanos.

–Ah, magnífico... –declaró Nora–. En ese ca-so, estaremos aún más encantadas de ayudarte.

–Basta ya, abuela –volvió a protestar Kate.

Brody sonrió.

–Se trata de mi hermano pequeño, Riley –explicó–. Se casa el sábado que viene y necesita una tarta para la celebración. Puede que conozcáis el restaurante de su novia... el Morning Glo-ry Diner, de Boston.

–Sí, he pasado alguna vez por delante –dijo Kate–. Creo recordar que el mes pasado celebraron un acto en beneficio de un refugio de animales. Salió en toda la prensa.

Brody asintió.

–Y fue todo un éxito. El chef del restaurante está de viaje por Europa... lo han sustituido temporalmente, pero supongo que el sustituto no se puede hacer cargo de la comida y de la tarta a la vez. Además, quiero hacer algo por mi hermano y su futura esposa. Y de paso, apoyar a un establecimiento local.

Kate pensó que la historia de Brody era razonablemente verosímil, pero su instinto le dijo que faltaba algo.

¿Por qué había ido a la Nora's Sweet Shop? La zona estaba llena de pastelerías; además, algunas de ellas estaban especializadas en tartas de bo-da.

Sin embargo, sacudió la cabeza y se recordó el viejo refrán: a caballo regalado, no se le mira el diente. Necesitaba el dinero y la oportunidad de aumentar la clientela de la tienda. Sobre todo, si quería retomar su antiguo plan de ampliar el negocio.

–Pues has venido al lugar correcto –dijo Nora, como adivinando los pensamientos de su nieta–. Hemos preparado tartas para muchas bodas.

–Sí, el otro día me fijé en la tarta que tenéis en el escaparate y se lo comenté a Riley. Mi hermano y su novia no son personas precisamente tradicionales... cuando le dije que me había parecido muy original, le encantó la idea. No quieren una tarta típica.

Kate asintió.

–Así que no quieren una tarta típica... –repitió, pensativa–. Entonces, podríamos preparar una con los colores de las campanillas, en honor al Mor-ning Glory. La decoraremos con flores de azúcar y haremos que parezca un ramo.

–Es curioso que digas eso, porque Stace, la novia de Riley, tenía la misma idea...

Kate sonrió.

–¿Cuántas personas asistirán a la boda?

–Alrededor de cincuenta.

Kate tomó nota y apuntó su nombre y la fecha de la boda. Tenía tantos encargos que la preparación de la tarta iba a ser un problema; pero, afortunadamente, contaba con la ayuda de Joanne, su empleada.

–¿Nos puedes dar tu número de teléfono? –preguntó Nora.

Kate la miró con recriminación, pero su abuela dijo:

–Es por si necesitamos hablar contigo.

Brody le dio el número.

–Es el teléfono de mi consulta. Estoy allí casi todo el día –explicó–. ¿Queréis que os

dé mi móvil, por si acaso?

–No –contestó Kate.

–Sí –respondió Nora, en voz más alta.

Brody les dio el número de móvil y dudó un momento, como si quisiera decir algo más. Kate notó que estaba mirando la pared de los cuadros, pero no supo por qué.

–Gracias por todo –dijo él, al final.

–Gracias a ti por hacernos un pedido.

–Bueno, te prometí que haría publicidad de la tienda...

Kate sonrió una vez más.

–Y yo te lo agradezco.

Brody volvió a dudar. Después, se despidió y salió del establecimiento a toda prisa. Kate lo miró con extrañeza y se giró hacia su abuela.

–¿Por qué te empeñas en emparejarme con él? –quiso saber.

–Porque es muy atractivo y te interesa.

–No me interesa.

Nora le lanzó una mirada cargada de ironía.

–Te he visto, Kate. Te lo comes con los ojos.

Kate suspiró y clavó la vista en la fotografía de su difunto hermano.

–Abuela, lo único que me interesa es la tienda y la posibilidad de ampliar el negocio. Tienes razón; le prometí a Andrew que seguiría adelante con el plan. Y tengo intención de cumplir mi promesa.

Brody lo intentaba. Lo intentaba de verdad.

Trabajaba todo el día, sonreía, hacía bromas, examinaba a los pacientes y firmaba recetas; pero, por mucho que lo intentaba, no conseguía ser el hombre que había sido antes de viajar a Afganis-tán.

En todas sus experiencias anteriores como médico voluntario, había vuelto a casa con más energía y más entusiasmo que antes. Sin embargo, aquella vez era diferente. Y conocía perfectamente el motivo.

Andrew Spencer.

Todos los días sacaba el papel que llevaba en el bolsillo y se odiaba por no haber cumplido la promesa que le hizo a Andrew. Tenía que encontrar la forma de ayudar a su hermana.

–No lo sabrá afrontar, *Doc* –le había dicho su difunto amigo–. Se sentirá culpable por haberme animado a alistarme en el Ejército. Cuida de ella, por favor, pero no le digas que te lo he pedido yo. Quiero que olvide el pasado y se concentre en el futuro. Haz que se arriesgue, que luche por sus sueños. No quiero que se hunda en su dolor.

En su momento, Brody había pensado que sería una promesa fácil de cumplir. Solo tenía que ver a Kate Spencer, asegurarse de que se encontraba bien y, durante el proceso, decirle que An-drew había sido un gran hombre y un buen amigo.

Pero no encontraba la forma.

Desesperado, se dijo que quizás sería más fácil si lo escribía. Y a última hora de la tarde, cuando ya se habían marchado los pacientes y la propia Helen Maguire, sacó un bolígrafo y un folio y se puso a escribir.

Nunca pensé que llegaría a ser amigo de An-drew. Para mí, solo era un soldado;

un guardián que a veces suponía un obstáculo para mi trabajo y el de mis colegas de profesión porque sus compañeros y él nos hacían esperar mientras aseguraban la zona y establecían un perímetro de seguridad.

Yo me enfadaba con él y le decía que había gente herida y que necesitaba de nuestros servicios, pero Andrew me recordaba que nuestra seguridad era aún más urgente, porque si nosotros moríamos, no habría nadie que cuidara de los heridos.

Así era Andrew Spencer. Siempre ponía las necesidades de los demás por encima de las suyas. Y arriesgó su vida por nosotros en muchas ocasiones. Hasta que un día...

El teléfono móvil empezó a sonar. Brody estuvo a punto de dejar que saltara el contestador, pero al final lo alcanzó y contestó.

–¿Dígame?

–¿Brody? Soy Kate Spencer, de la Nora’s Sweet Shop...

Brody se alegró extrañamente al oír la voz de Kate.

Tenía una voz preciosa.

–¿En qué te puedo ayudar?

–Ha surgido un problema con tu pedido. Me temo que no me podré encargar de la tarta. Mi ayudante se ha tenido que ir porque su hija está a punto de dar a luz, y yo tengo tantos pedidos que no tengo tiempo para nada más. Sin embargo, me he tomado la libertad de llamar a otra pastelería y me han asegurado que estarán encantados de hacerlo. Obviamente, el precio será el mismo. Y estoy segura de que harán un trabajo tan bueno como el mío.

Brody no dijo nada. Al notar la tensión de Ka-te, se sintió más culpable que nunca.

Había prometido a Andrew que ayudaría a su hermana y solo había conseguido aumentar sus problemas con el pedido de la tarta.

–Te daré el nombre y el número de teléfono de la otra pastelería. Están esperando que los llames –continuó ella.

Brody lo apuntó y dijo:

–Si te puedo ayudar en algo...

Ella rio.

–Si no conoces a un repostero que pueda venir en media hora y quedarse conmigo durante los próximos días, no hay nada que puedas hacer. Pero no te preocupes por mí; encontraré la forma de salir adelante...

–Estoy seguro de ello.

–Siento dejarte en la estacada, Brody. Solo espero que me perdones y que cuentes con nosotras para el futuro.

–¿Por si me vuelven a encargar una tarta de boda? –preguntó con humor.

Kate soltó una carcajada.

–Bueno, no me extrañaría mucho... Eres médico, y hay muchas mujeres que adoran a los médicos.

Brody se quedó atónito.

–Oh, discúlpame –continuó ella, avergonzada–. No sé por qué he dicho eso. Nunca he sabido por qué, pero siempre digo tonterías cuando hablo por teléfono. Lo siento.

–No lo sientas. Me he sentido halagado. La gen-te que pasa por mi consulta siempre se está quejando de algo... me agrada que me halaguen para variar.

Ella sonrió.

–En ese caso, me alegro de haberlo dicho. Pero gracias de nuevo.

–De nada.

Brody intentó encontrar alguna excusa para alargar la conversación, pero no se le ocurrió ninguna.

Y Kate, que se encontraba en la misma circunstancia, solo fue capaz de añadir, antes de colgar:

–Gracias por ser tan comprensivo.

Brody se quedó mirando el teléfono durante unos momentos. Después, lo dejó a un lado e intentó seguir con la carta, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y, a final, arrugó el folio y lo tiró a la papelera.

Kate había dicho que necesitaba un repostero antes de media hora. Treinta minutos no era mucho tiempo para intentar cambiar el futuro de una persona, pero acababa de decidir que el intento merecía la pena.

Capítulo 4

El viento y la lluvia golpeaban la fachada y el escaparate de la Nora's Sweet Shop. Era una tormenta de otoño, cuya fuerza anunciaba la inminente llegada del invierno.

Kate estaba en la mesa del despacho, comprobando los pedidos. Tres banquetes y dos fiestas de empresa, porque afortunadamente ya no se tenía que hacer cargo de la tarta para el hermano de Brody McKenna.

En otras circunstancias, el trabajo la habría animado; pero aquel día era diferente. Se sentía débil, deprimida.

Echó un vistazo a la carpeta donde guardaba los planes de expansión del negocio y apartó la mirada con rapidez. Desde la muerte de Andrew, no encontraba satisfacción alguna en su empleo. Era como si su pasión hubiera desaparecido de repente y solo reapareciera de vez en cuando, como el sol en un día oscuro.

Para empeorar las cosas, la marcha de su Joan-ne la había dejado en una situación extremadamente complicada. No tenía más remedio que sacar fuerzas de flaqueza, remangarse y ponerse a trabajar.

Miró el encapotado cielo y dijo:

–No puedo hacerlo sin ti, Andrew... Se suponía que era un proyecto de los dos, que estarías siempre a mi lado. Pero te has ido y ahora me siento tan sola que no sé qué hacer. Nunca me han gustado las aventuras, ¿sabes? Eso era cosa tuya. Yo no estoy acostumbrada a los riesgos. Y ahora, la tienda tiene problemas y necesito que me ayuden y...

La campanilla de la puerta la interrumpió. Kate se levantó de la silla y, durante un instante, esperó ver a Andrew en la entrada del local, con una sonrisa en los labios. Pero se encontró ante la última persona que esperaba.

Brody McKenna.

Él sacudió los pies para quitarse el agua de los zapatos y se pasó una mano por el pelo, que tenía empapado. Al mirarlo, Kate sintió el deseo de ofrecerle una comida caliente, una manta y un abrazo; pero refrenó su instinto antes de que le causara problemas. El doctor McKenna era un hombre perturbador y misterioso. Un peligro para su estabilidad emocional.

–Me alegro de verte, Brody... ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo con la otra pastelería?

–No, todavía no les he llamado –respondió él, clavándole sus ojos azules–. He venido a preguntarte si ya has comido.

Ella parpadeó.

–¿Si ya he comido?

Brody dio un par de pasos hacia ella.

–Vivo cerca de aquí, así que paso por delante de tu tienda todas las noches y todas las mañanas. Y siempre que paso, tienes una luz encendida –explicó–. Cualquiera diría que nunca tienes tiempo de ir a casa para tomar una comida decente.

–Bueno, yo...

Kate se había quedado tan sorprendida que le costó encontrar palabras. Le parecía extraño que Brody McKenna se preocupara por su bienestar. ¿Era una preocupación de amigo? ¿De médico, tal vez?

–Descuida, no me voy a morir de hambre –continuó–. Tengo comida congelada en el frigorífico. Cuando me apetece, la meto en el microondas y, luego, sigo con mi trabajo.

–Eso no es muy sano.

Ella se encogió de hombros.

–Forma parte de las complicaciones de ser dueña de una tienda. Tiene cosas buenas y cosas malas... y ahora mismo, no hay muchas buenas.

Kate prefirió no decir que se encerraba en la tienda y trabajaba día y noche para no pensar en su hermano. Brody se apoyó en el mostrador y, durante unos instantes, ella estuvo tentada de apoyarse en su ancho pecho y compartir con él sus preocupaciones.

Pero sacudió la cabeza y respiró hondo. Brody no le había ofrecido su afecto; solo se había interesado por sus hábitos nutricionales.

–Yo como solo con demasiada frecuencia. Al igual que tú, trabajo demasiado y termino sobreviviendo a base de comida rápida.

Ella sonrió.

–Vaya, otro médico que incumple sus propias recomendaciones...

–Sí, eso me temo. ¿Qué te parece si salimos a cenar? Hace una noche terrible; perfecta para tomar algo caliente en buena compañía. Además, no tardaremos mucho. Cuando terminemos, podrás volver a tu trabajo.

A Kate le pareció una idea enormemente tentadora y, a pesar de sus reservas, le dedicó una sonrisa y dijo:

–Supongo que tú eres esa buena compañía de la que hablas...

Brody sonrió.

–No lo sé, tendrás que decidirlo tú misma. Mi enfermera dice que soy insoportable, pero mi abuela habla bastante bien de mí.

Kate rio.

–Eso no cuenta. Las abuelas siempre hablan bien de sus nietos.

–Es verdad... será alguna norma del primer capítulo de la guía para ser abuela –bromeó.

Kate volvió a reír y pensó en su pobre estómago, emocionado ante la perspectiva de comer. Una o dos veces a la semana, salía de la tienda y comía en algún restaurante del barrio; pero el resto de los días, sobrevivía a base de congelados y sándwiches.

–Bueno, reconozco que estoy hambrienta.

–Ya somos dos, y francamente... esta noche no me apetece cenar solo.

Ella pensó en el cielo, completamente encapotado, y asintió.

–A mí tampoco.

–Conozco un sitio que está cerca de aquí, el Cast Iron Skillet. ¿Has estado alguna vez? –preguntó Brody.

–Estuve un par de veces cuando lo abrieron. Su pollo asado estaba muy bueno... Tanto, que la boca se me hace agua al pensar en él.

–Pues vamos a cenar.

Kate dudó un segundo y luego decidió que, si el trabajo había esperado hasta entonces, podría esperar un poco más. Por una parte, no estaba de humor para meterse en la cocina y, por otra, ya no recordaba la última vez que había comido algo digno.

Alcanzó la chaqueta y el bolso y echó mano al paraguas, que le dio.

–Toma. No queremos empaparnos por el camino, ¿verdad?

Cuando salieron a la calle, Kate cerró la puerta del establecimiento y se preguntó si había tomado la decisión correcta. Salir a cenar con el doctor McKenna se parecía

demasiado a una cita amorosa.

La comida estaba excelente, pero Brody no le prestó mucha atención. Kate Spencer lo había cautivado desde el primer día y, cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba. Había ido a su tienda para conocer a la hermana de Andrew y cumplir su promesa, pero el asunto se le estaba escapando de las manos.

Kate echó un trago de agua. Ya había devorado la mitad de la cena y Brody se alegró de haberla invitado a comer. Sospechaba que era de las que se preocupaban más por los demás que por sí misma.

Pero ni siquiera sabía por qué la había invitado. No tenía más intención que comprobar que se encontraba bien, interesarse por la tienda y animarla de alguna manera para que ampliara el negocio y siguiera adelante con su vida. Sin embargo, sus intenciones y sus acciones volvían a ir, una vez más, por caminos separados.

–Ah, tengo curiosidad... –dijo ella de repente–. ¿Qué clase de médico eres?

–Médico de cabecera. Ya sabes, niños acatarrados y padres con dolores de espalda –contestó–. No es muy emocionante; básicamente, me dedico a recetar analgésicos y a vendar tobillos torcidos.

Ella rio.

–Pero debe de ser muy satisfactorio.

–Lo es. Con el tiempo, conoces tan bien a tus pacientes que casi son parte de tu propia familia. Pero a veces son muy obstinados y se niegan a seguir mis consejos.

–¿Demasiada comida rápida y vida sedentaria?

Él asintió.

–Eso me temo. Pero mi trabajo consiste esencialmente en escuchar.

Kate arqueó una ceja.

–¿En escuchar?

–Muchos pacientes saben bien lo que tienen que hacer. A veces, solo van a la consulta para compartir su temor a sufrir un infarto o a que les diagnostiquen un cáncer. Buscan a una persona que...

–Que se preocupe por ellos.

–En efecto. Yo me preocupo por ellos y, entre tanto, intento aliviar o curar la dolencia que tengan.

Brody volvió a pensar en el hermano de Kate. Había hecho todo lo posible por salvarle la vida; pero había fracasado.

–¿Dónde hiciste las prácticas?

–En el servicio de urgencias del Hospital Gene-ral de Boston. Un trabajo terrible... nunca sabes lo que va a entrar por la puerta –respondió–. Era tan emocionante como demencial. Al final del día, estaba tan cansado que podría haber dormido una semana entera.

–Pero no podías, claro...

–No, por supuesto que no. Mi trabajo actual es incomparablemente más tranquilo. Y puedo dedicar más tiempo a mis pacientes.

–Tengo un primo en Detroit que trabaja en el servicio de urgencias de un hospital. Creo que no se ha tomado unas vacaciones desde que llegó –comentó Kate.

–Sí, así es la vida en los servicios de urgencia... Cuando tomé la decisión de hacerme médico de cabecera, el doctor Watkins me dijo una cosa que no he olvidado: que

muchas veces me aburriría de tratar cosas tan aburridas como contusiones y resfriados pero que, a la larga, disfrutaría de mi nuevo trabajo.

–Con las tartas ocurre lo mismo. Decorada una, decoradas mil. –Kate soltó una carcajada–. Pero intento experimentar con sabores y texturas diferentes... y, por supuesto, con el chocolate. Tiene posibilidades increíbles.

–¿Nunca te has planteado hacer otra cosa?

–Bueno, Andrew y yo queríamos ampliar el negocio y convertirlo en una empresa de alcance nacional. Mi hermano era un hombre de grandes ideas. Yo soy bastante más miedosa que él, pero acepté a la primera cuando me lo propuso. Estaba tan emocionado tanto que me contagió su entusiasmo.

Brody cruzó las manos sobre la mesa. Ya se había olvidado de la comida.

–¿Y no has empezado aún con la expansión?

Kate sacudió la cabeza.

–Lo he pensado. Incluso encontré un local en Weymouth, pero...

–¿Pero?

–Desde que Andrew murió, he perdido el interés. Sé que a él le habría gustado que siguiera adelante con el plan, pero me cuesta tanto...

Brody se sintió culpable una vez más; por no haber podido salvar a Andrew y por no haber cumplido aún su promesa.

–Si tu hermano lo quería así, deberías seguir con ello.

–No es tan fácil, Brody.

–Si es por el dinero, te puedo echar una mano.

Ella volvió a reír.

–¿Tú? ¿Qué sabes tú de pastelerías?

–Absolutamente nada –admitió–. Pero si necesitas financiación, estaré encantado de proporcionártela.

–Apenas me conoces... ¿Por qué me vas a prestar dinero? –preguntó–. Además, ni siquiera sé si te lo puedes permitir.

–Soy un McKenna, y tener dinero forma parte de ser un McKenna. Heredé una suma importante tras la muerte de mis padres, por no mencionar que a mis abuelos les va bastante bien en ese sentido. De hecho, tengo más dinero del que puedo gastar y, después de haber probado tus dulces, me parece que sería una buena inversión.

–Te agradezco la oferta, pero...

–¿Sí?

–No estoy preparada para ampliar el negocio.

Ella lo miró con intensidad y él pensó que se parecía mucho a su hermano; los mismos pómulos altos, los mismos ojos verdes, el mismo cabello de color castaño oscuro. Andrew era más alto que ella y estaba curtido por el sol del desierto, pero en Kate había mucho de su valiente y difunto hermano.

Durante unos segundos, Brody sintió el deseo de huir y de enterrar para siempre sus recuerdos de Afganistán. Luego, se dijo que habría sido una solución cobarde y devolvió la mirada a Kate con la misma intensidad.

–Yo también pensaba como tú. Tenía miedo de lo desconocido. Pero eso cambió cuando acepté mi primer trabajo como voluntario.

–¿Qué pasó?

–Que de repente te encuentras en un sitio nuevo con gente nueva y no puedes hacer nada salvo nadar o ahogarte. Y si te ahogas, la gente sufre... así que no tuve más opción que

tragarme mi miedo y ser un buen médico.

Brody se preguntó si, efectivamente, había sido un buen médico. Había ayudado a muchas personas en Alabama, Alaska, Costa Rica e incluso allí mismo, en Newton. Pero había fallado en el momento más importante.

En la facultad de Medicina le habían enseñado que, a veces, la gente moría y no se podía hacer nada al respecto. Brody lo sabía y se lo intentaba recordar, pero eso no impedía que le quedara una duda ni que diera vueltas y más vueltas a las decisiones que había tomado, buscando un error. Aunque, a final, hasta eso carecía de importancia. Ya no podía hacer nada por Andrew Spencer.

–En cualquier caso, yo creo que hay que ser muy valiente para hacer tu trabajo –observó Kate, con sinceridad.

–No estoy tan seguro de eso. Me limito a hacerlo tan bien como puedo –dijo él, restándole importancia.

–Mi familia siempre ha sido de las que creen que hay que ayudar a los demás. Pero yo creo que hacer donaciones a una organización o echar una mano a quien necesita un trabajo es fácil. En cambio, hay que tener mucho valor para viajar a otra ciudad u otro país y ser médico voluntario, como tú.

–Hay personas que hacen cosas más importantes y más peligrosas, Kate.

–No sé qué decir... –dijo ella con una sonrisa–. Para trabajar en el servicio de urgencias de un hospital hay que tener coraje.

–El mismo coraje que se necesita para luchar por lo que quieres –declaró Brody–. Deberías seguir adelante con los planes de tu hermano. Busca un buen lugar y abre otra tienda. Si me necesitas, te apoyaré.

–Sigo sin entenderlo... como ya he dicho, nos conocemos muy poco. ¿Por qué me quieres ayudar?

–Porque me parece una buena inversión.

Ella se ruborizó y apartó la mirada.

–Bueno... muchas gracias. Si abro otra tienda, te informaré.

Brody se maldijo para sus adentros. Por lo visto, su intervención no había servido de nada. Parecía tan poco entusiasmada con la idea como antes.

–Por cierto, mi abuela me ha pedido que te felicite por tus dulces. Dice que están tan buenos que no puede dejar de comer.

Ella se ruborizó un poco más.

–Gracias...

–No te sientas incómoda con los halagos. Es evidente que tu trabajo te gusta; se nota por la calidad de tus productos.

–Sí, pero no estoy acostumbrada a que me lo digan. Durante años, me limité a estar en la cocina, preparando los dulces. Mi abuela era el rostro de la Nora's Sweet Shop; luego le tocó a Andrew y ahora...

–A ti.

Kate sonrió.

–Sí.

–Pues serás un gran rostro para tu empresa. Un rostro dulce, como tus tartas.

Ella lo miró con humor.

–Si sigues diciendo esas cosas, me ruborizaré todo el tiempo...

–Bueno, no me parece mal.

Brody se preguntó qué diablos estaba haciendo. ¿Coquetear con Kate Spencer?

Carraspeó e intentó recordarse el motivo que lo había llevado allí.

Justo entonces, Kate echó un vistazo a la hora y dijo:

–Oh, no... Había olvidado que tengo un pedido para esta noche. Gracias por la cena, Brody, pero me tengo que marchar.

Él se levantó y pagó rápidamente la cuenta.

–Deja que te acompañe.

Ella sonrió otra vez.

–Solo estamos a un par de manzanas de mi tienda. Puedo ir sola.

–Un caballero no permite nunca que una dama vuelva sola a casa. Me lo enseñó mi abuelo, y procuro no olvidarlo.

–¿Un caballero? –dijo ella con ironía–. Está bien. No quiero que tu abuelo se sienta decepcionado.

Salieron a la calle, donde seguía lloviendo. Brody abrió el paraguas y la miró mientras volvían a la tienda. Tenía ojeras, síntoma inequívoco de que dormía poco. Por lo visto, estaba haciendo lo que Andrew temía: encerrarse en su trabajo y despreocuparse de lo demás.

–¿Siempre entregas tú los pedidos?

Ella sacudió la cabeza.

–No, mis abuelos se encargan de los pedidos diurnos; pero no les gusta conducir de noche, de modo que me encargo yo. Desgraciadamente, trabajo hasta tan tarde que mis días se alargan demasiado.

–No necesitas una ayudante; necesitas un ejército de ayudantes.

Ella rio.

–No podría estar más de acuerdo contigo. Cuan-do Joanne vuelva, buscaré tiempo para contratar a otra persona.

Al llegar al establecimiento, Brody se apartó de la entrada para que Kate pudiera abrir la puerta.

–Gracias por acompañarme.

–De nada.

–Siento no poder preparar la tarta para tu hermano. Si pudiera, lo haría... pero no tengo tiempo para nada más.

–¿Porque no contratas temporalmente a alguien? Yo lo hago cuando mi enfermera está de vacaciones o tenemos una racha especialmente difícil.

–No merecería la pena para tan poco tiempo –contestó–. Tendría que enseñarle el negocio desde lo más básico y solo conseguiría complicarme la vida un poco más.

–¿Y cómo te las arreglas? Dirigir un negocio es algo más que preparar los productos que vendes. También hay que llevar la contabilidad, pagar facturas, llevar el papeleo...

Ella se encogió de hombros.

–No es ningún secreto. Solo consiste en trabajar duro.

Brody notó el peso de las responsabilidades sobre sus hombros. En cierta ocasión, Andrew le había comentado que Kate había renunciado a todo con tal de mantener la tienda a flote, y que él se había dedicado en cuerpo y alma a ella porque sabía que era lo más importante para su hermana.

Evidentemente, solo había una forma de cumplir la promesa que le había hecho, de asegurarse que Kate Spencer siguiera con su vida y encontrara la felicidad.

Tendría que ayudarla él mismo.

–¿Y si te ayudo yo?

–¿Tú? –Kate encendió la luz de la tienda–. No me digas que también sabes de cocina.

–No se me da tan mal –dijo, sonriendo–. Estoy seguro de que sabría calcular cantidades de harina y de azúcar. Y si soy capaz de tomar la temperatura a un paciente, también sabré encargarme de un horno.

Kate volvió a reír.

–Te agradezco la oferta, pero sospecho que ya estás bastante ocupado con tu propio trabajo. No te preocupes por mí. Me irá bien.

Una vez más, Brody sintió el deseo de huir. Si se quedaba con ella y la ayudaba con la tienda, pasarían mucho tiempo juntos y, en algún momento, surgiría inevitablemente el asunto de Andrew. Pe-ro, por otra parte, le había prometido que la ayudaría.

Dio un paso adelante y la miró a los ojos. Había tomado una decisión. Estaría con ella hasta que la situación de la tienda mejorara; y entonces, cuando Kate se sintiera más fuerte, le contaría la verdad.

–Al menos, deja que te ayude con los pedidos. Y si nos llevamos bien, quizás te pueda ayudar con lo demás.

–No sé, Brody...

–Solo serán unos días y, además, trabajaré gratis. Así, podremos hacer la tarta de mi hermano y yo seré el héroe de mi familia –bromeó–. Venga, no te hagas de rogar. Me sentiré mejor si te echo una mano.

Ella lo miró con interés.

–¿Por qué?

–Porque necesitas ayuda y porque yo necesito... algo en lo que ocupar mis noches.

–¿Por qué? –repitió Kate.

Brody podría haber contestado cualquier cosa; podría haber dicho que estaba solo y aburrido y que necesitaba hacer algo más que trabajar en la consulta, pero prefirió ser parcialmente sincero.

–Porque estoy preocupado por un asunto importante y no sé qué hacer. Necesito despejarme para pensar con claridad.

Ella se mordió el labio inferior.

–De acuerdo, como quieras. Empezaremos con los pedidos. Es un trabajo sencillo, que solo consiste en llevar las cosas a los clientes... Esta noche, solo hay que entregar unas tartaletas en un local de la zona.

–Trato hecho.

Kate le dio las cajas con las tartaletas y lo llevó al callejón de la parte de atrás, donde estaba aparcada la furgoneta de la Nora’s Sweet Shop. Ella abrió la portezuela y él dejó las cajas cuidadosamente en su interior.

Después, Kate se sentó al volante y esperó a que Brody se acomodara.

–Antes de salir, tengo que advertirte que el lugar al que vamos puede ser un poco... ruidoso, por así decirlo.

Él arqueó una ceja.

–¿Un lugar ruidoso? ¿En Newton?

–Sí, ya lo verás.

Ella sonrió y arrancó. Un par de minutos después, detuvo el vehículo junto a la entrada de la Golden Ages Rest Home, un hogar para jubilados.

–Espero que te guste bailar –dijo Kate con sor-na.

–¿Bailar? ¿Por qué lo dices?

Kate no respondió. Salió del vehículo y alcanzó varias cajas, dejándole el resto a Brody. Luego, entraron en el edificio y recibieron una calurosa bienvenida por parte de una anciana de cabello gris, que los llevó rápidamente por un corredor.

–Menos mal que has venido. La gente se está empezando a poner nerviosa... –dijo la mujer–. Eres nuestro ángel de la guarda, Kate.

–¡Un ángel de la guarda cargado de tartaletas! –bromeó–. Pero me alegro de poder ayudarla, señora White.

La anciana la miró con recriminación.

–Sabes que no me gusta que me hables de usted; consigues que me sienta tan vieja como mi abuela... Llámame Tabitha. Yo sigo siendo joven de corazón.

Kate rio.

–Está bien, Tabitha...

Momentos después, llegaron a una sala donde se estaba celebrando una fiesta. En el techo, giraba una bola de discoteca que lanzaba luces de colores al oscurecido lugar. La mayoría de los ancianos estaba bailando en la pista. Al fondo, se veía una mesa con comida y bebida y un espacio vacío para los postres.

Un hombre alto, de ojos azules y cabello tan blanco como el de Tabitha, se acercó a Kate y sonrió.

–¿Me concedes un baile?

–Por supuesto, señor Roberts. En cuanto deje esto en la mesa.

–Ah, veo que has traído un acompañante para la señora Williams... No sabía que tuvieras otro hermano.

–No es mi hermano.

–Entonces, ¿es tu novio? –El señor Roberts guiñó un ojo a Brody–. Vaya, no sabes cuánto me alegro. Mereces estar con un hombre que te trate bien... porque la vas a tratar bien, ¿verdad, jovencito?

Brody estaba a punto de responder cuando Ka-te se le adelantó.

–No, tampoco es mi novio. Es un amigo.

Lejos de enfriar el entusiasmo de señor Roberts, las palabras de Kate solo sirvieron para que insistiera en el asunto.

–¿Es que estás loco, chico? ¿A qué estás esperando? Kate es toda una mujer... Si yo tuviera treinta o cincuenta años menos, le pediría que se casara conmigo.

–El señor Roberts es un mujeriego incorregible –explicó ella.

–Una costumbre que me mantiene joven –se excusó él.

–Bueno, será mejor que llevemos el postre a la mesa...

Brody y Kate cruzaron la sala y comenzaron a servir las tartaletas en platos. Los invitados de la fiesta se empezaron a acercar, ansiosos por probar los dulces; algunos saludaron a Kate y elogiaron animadamente sus productos. Cuando ya habían terminado de servir, metieron las cajas vacías debajo de la mesa y se apartaron.

–Veo que Tabitha no bromeaba cuando ha dicho que la gente se estaba empezando a poner nerviosa –dijo Brody–. Si tardamos un minuto más, habrían sido capaces de organizar un motín.

Kate rio.

–Ocurre lo mismo todos los meses. A veces, me asaltan por el camino y me quitan los dulces de las manos.

–Porque todo el mundo adora tus postres... y te adora a ti.

Ella se apartó el pelo de la cara y echó un vistazo a la multitud.

–Este lugar siempre ha sido importante para mí. Sus fiestas se han convertido en una especie de tradición familiar para los Spencer. Cuando éramos niños, Andrew y yo ayudábamos a mi abuela a preparar las tartas para la fiesta mensual... Los jubilados nos conocen tan bien como nosotros a ellos. Lloramos cuando muere alguno, nos alegramos con sus celebraciones y los ayudamos en los tiempos difíciles.

–¿Tiempos difíciles?

Kate se apoyó en la pared.

–Este sitio es más de lo que parece. Lo fundó una pareja, hace muchos años, que quería ofrecer un lugar barato y de calidad a los jubilados que no tenían donde vivir. Siempre ha tenido problemas económicos, así que mi hermano y yo seguimos los pasos de mis abuelos y los apoyamos con nuestros productos y nuestro trabajo. Como resultado de ello, muchos de los jubilados son... buenos amigos, casi parte de la familia.

Brody se acordó una vez más de Andrew, el joven capaz de afrontar cualquier peligro con tal de ayudar a los demás. Y pensó que Kate se parecía mucho a él.

–Así que, no contenta con donarles dulces, también bailas con ellos...

Ella sonrió.

–Venir aquí me hace bien. Me recuerda las cosas importantes de la vida.

–¿A qué te refieres? ¿A los bastones y las sillas de ruedas?

–En cierto sentido... Míralos bien. Están en sus años dorados. Son personas que han vivido mucho y que, a pesar de todo, se empeñan en ser felices. Si unas cuantas tartaletas pueden contribuir a su felicidad, estoy más que encantada de regalárselas.

–Pero eso te quitará tiempo.

–Sí, tiempo y dinero –admitió–. Sin embargo, hay cosas más importantes que el dinero. Andrew me lo decía siempre, y tenía razón.

–Estoy de acuerdo. Yo pienso lo mismo sobre la medicina. No se trata solo de ganarse la vida; ni siquiera se trata de ayudar en la medida que puedas. También se trata de la satisfacción que sientes al final del día, cuando sabes que has hecho algo bueno.

Ella asintió.

–En efecto –dijo–. Por lo visto, tenemos muchas cosas en común.

–Y que lo digas.

Brody pensó que su relación se estaba volviendo demasiado íntima, pero no lo podía evitar. Una parte de él era incapaz de resistirse a la tentación de aquella mujer que se ruborizaba cuando le hacían un cumplido y que dedicaba su tiempo y su trabajo a una buena causa.

El señor Roberts apareció de repente y tomó a Kate del brazo.

Tabitha se acercó entonces a Brody y le preguntó:

–¿Bailas, jovencito?

–Ten cuidado con ella –intervino Kate–. Tabitha baila mejor que Ginger Rogers.

–No digas esas cosas, Kate –declaró la anciana–. Lo vas a asustar.

–Me temo que no soy un buen bailarín –se disculpó Brody–. No tengo el estilo de mi hermano Riley.

–Pero eres joven y guapo, y eso es suficiente para mí –dijo Tabitha con una sonrisa pícara–. Venga, demos una lección a esos viejos.

Mientras bailaba con Tabitha, que resultó ser tan buena bailarina como le habían advertido, Brody no dejó de lanzar miradas a Kate. Cada pocos segundos, alguno de los invitados se acercaba a ella y le daba las gracias por sus tartaletas, a lo que ella respondía con una sonrisa y unas palabras amables.

Brody estaba encantado con la hermana de Andrew. Había conocido a muchos dueños de negocios que solo se preocupaban por el dinero, pero ella era distinta, verdaderamente admirable.

Al cabo de un rato, el señor Roberts guiñó un ojo a Tabitha y dijo:

–¿Qué te parece si cambiamos de pareja?

–Me parece perfecto –respondió la anciana–. Gracias por todo, jovencito...

Momentos después, Tabitha y el señor Roberts desaparecieron entre la multitud.

–No son precisamente sutiles... –comentó Kate.

–No, no lo son.

Hasta ese instante, Brody no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba bailar con ella. Ardía en deseos de tenerla entre sus brazos.

–¿Bailamos?

–Por supuesto...

Fue un momento mágico para los dos. Súbita-mente, tuvieron la impresión de que el resto de la gente había desaparecido y de que estaban solos bajo los destellos de la bola de discoteca. Kate pensó que, si hubieran estado bailando en la luna, ni siquiera habría notado los cráteres. Y era tan consciente de su aroma, de su calor y de la mano que le había puesto en la espalda, que se preguntó qué se sentiría al besarlo.

Pero la intensidad de su propio deseo la asustó. No estaba preparada para mantener una relación con nadie. Así que rompió el contacto y dijo:

–Gracias por la cena y por haberme ayudado con el pedido.

–No lo he hecho tan mal, ¿verdad?

Mientras se alejaban de la pista, Kate volvió a sentir el deseo de besar sus labios. Sin embargo, no quería cometer el mismo error que había cometido su madre. ¿Cuántas veces la había visto llorar sola al final del día? ¿Cuántas veces había oído sus discusiones? Se había dejado llevar por un encaprichamiento pasajero y se había descubierto atrapada en una relación con un hombre tan atrapado como ella.

–No, no lo has hecho mal.

Él soltó una carcajada.

–Me alegra saber que, si algún día me veo obligado a dejar el ejercicio de la medicina, me podría dedicar a llevar tartas por todo Massachusetts.

Ella también rio.

A pesar de sus miedos y de sus reservas, no podía negar que Brody le caía bien. Era divertido, cariñoso y le inspiraba pensamientos que no tenían nada que ver con el trabajo. La perspectiva de pasar más tiempo con él le pareció repentinamente apetecible; si no estaba sola, no se sentiría tan mal cuando los días se alargaban en exceso y no podía pensar en otra cosa que su difunto hermano.

–Muy bien. Si quieres aprender el negocio de la repostería, ¿quién soy yo para impedírtelo? Sobre todo, si vas a trabajar gratis.

Brody sonrió.

–Entonces, ya tienes ayudante nuevo. Pero dime una cosa...

–¿Cuál?

–¿Hay sitio en la tienda para bailar?

–No mucho, aunque podríamos hacer algo al respecto –respondió con humor–. Sin embargo, tendrás que recordar que, cuando estemos en la cocina, yo soy el jefe.

Brody volvió a sonreír.

–Faltaría más, jefa.

Él la tomó de la mano y ella pensó que, pasara lo que pasara en la Nora’s Sweet Shop, lo único que iban a hacer durante los días siguientes era preparar dulces. No mantendría una relación con el atractivo médico. Por mucho que le gustara, no arriesgaría su corazón por una aventura pasajera.

Capítulo 5

La logística del plan de Brody exigía más sutileza que la firma de un tratado de paz. Un médico de cabecera no podía dejar su consulta así como así para dedicarse a preparar tartas, de modo que habló con Helen y le dijo que necesitaba un poco de espacio.

–Ya sabes, tengo que ponerme al día con muchas cosas... La vuelta de Afganistán fue un gran cambio para mí.

Helen le puso una mano en el brazo y lo miró con dulzura.

–Lo comprendo perfectamente.

En cuestión de unas horas, Helen logró quitarle de encima la mitad de sus compromisos de aquella semana. Brody pensó que le debía una caja de bombones y una invitación a su restaurante preferido.

O quizás, dos invitaciones.

El cielo se despejó mientras se dirigía a la Nora's Sweet Shop. Mientras caminaba, le pareció extraño que el mismo sol que calentaba suavemente las calles del barrio de Boston achicharrara los campos de Afganistán. Y le pareció igualmente extraño que ese mismo sol iluminara al mismo tiempo una calle tan tranquila y una zona de guerra, llena de muertos.

Muertos como Andrew Spencer.

Volvió a notar la punzada de culpabilidad. Hacía hecho todo lo que había podido, pero ¿había sido suficiente? ¿Había pasado algo por alto? ¿Había olvidado algo? ¿Había asumido pocos riesgos o, por el contrario, había asumido demasiados?

Brody era un mar de dudas desde la muerte de Andrew. Cuando subió al avión que lo llevaba de vuelta a su país, se sintió como si llevara todo el peso del mundo sobre los hombros; en ese mismo avión, en la bodega de carga, también viajaba Andrew Spencer. Pero él iba en un ataúd de madera.

Aún podía ver sus grandes ojos verdes, clavados en él como rogándole que hiciera un milagro y le salvara la vida. Y Brody ni siquiera podía quedarse a su lado. Tenía más soldados a los que atender, en función de la gravedad de sus heridas y de sus perspectivas de recuperación.

Los que iban a morir de todas formas, pasaban al final de la lista; los que podían sobrevivir, al principio.

Volvió a maldecir su suerte al llegar a la entrada de la Nora's Sweet Shop. Como en tantas ocasiones, se preguntó por qué lo habría elegido Andrew; por qué le habría pedido a él, el último médico que lo atendió, que cuidara de su hermana.

En ese momento, le pareció una tarea imposible.

Brody entró en el establecimiento y se dirigió a la cocina. Kate llevaba una camiseta negra con el logotipo de la tienda y unos pantalones ajustados. Le pareció aún más tentadora que los aromas a chocolate, vainilla y frambuesas que llenaban la habitación.

–Huele muy bien...

Kate sonrió.

–Gracias. Trabajar aquí es un atentado contra cualquier dieta.

Él la miró de la cabeza a los pies.

–No me parece que tú necesites hacer dieta.

Ella se ruborizó levemente.
–Vaya... gracias de nuevo –dijo con ojos brillantes–. Pero no creas que puedes probar los dulces solo porque me halagues.
–Qué decepción. Yo pensaba que serías pan co-mido...
–¿Por qué?
–Porque soy muy atractivo y tengo unos modales espléndidos –bromeó.
Kate rompió a reír.
–Puede que eso te sirva con las enfermeras, pero no conmigo. Soy una jefa dura.
Brody avanzó hacia ella y admiró sus caderas. La boca se le hizo agua.
–¿Dura? ¿Hasta qué punto?
Kate respiró hondo y, al hacerlo, sus senos ascendieron. Brody volvió a sentir el deseo de besarla, pero se recordó que no estaba allí para dar rienda suelta a sus deseos, sino para cumplir una promesa.
Desgraciadamente, Andrew también le había pedido que no le contara lo que le había pasado. Tenía miedo de que se sintiera culpable por haberlo animado a alistarse, y de que ese sentimiento de culpabilidad le impidiera seguir adelante con su vida.
De momento, sería mejor que no dijera nada. Quería hacerla reír, no llorar.
–Hasta un punto que no puedes ni imaginar –respondió ella.
Kate se alejó un momento y alcanzó un delantal de color rosa fucsia.
–Toma. Me temo que no tengo delantales de colores más... masculinos.
Brody se lo puso al instante.
–No te preocupes. Me recuerda a lo que sucedió una vez en la facultad de Medicina. Uno de mis compañeros de habitación puso una lavadora y metió las batas blancas con una camisa roja, así que fuimos de rosa durante una temporada.
Kate rio.
–Mi hermano siempre se quejaba de eso. Decía que el delantal rosa le hacía menos atractivo para las mujeres.
–Lo recordaré.
–Pero Andrew era uno de los hombres más masculinos que he conocido. Cuando empezó la guerra de Afganistán, estaba tan preocupado al respecto que lo animé a alistarse... –Los ojos de Kate se humedecieron súbitamente–. Y se alistó, por supuesto.
Brody no dijo nada.
–Se tomó su nuevo trabajo con la misma pasión que dedicaba al resto de las cosas. Andrew era así. Siempre se entregaba al cien por cien, o incluso más.
Él tragó saliva.
–Lo siento mucho, Kate.
Ella sacudió la cabeza.
–A veces me pregunto qué habría ocurrido si yo no lo hubiera animado. Pero ya no tiene remedio. Está muerto, y lo extraño tanto... –Kate respiró hondo y se secó los ojos–. Bueno, basta de conversación. Tenemos que trabajar.
–¿Por dónde empezamos? ¿Por la tarta de Ri-ley?
–No, todavía no. Es mejor que la preparemos más adelante, para que esté fresca el día de la boda –respondió ella–. De momento, tenemos pedidos más urgentes.
–¿Y qué puedo hacer?
–Veamos qué tal andas de músculos. Alcanza ese saco que está en el suelo y echa dos kilos y medio en la mezcladora.
Brody levantó el enorme saco de harina.

–¿Qué hago? ¿Lo echo directamente?
Ella volvió a reír.
–No, no... pésalo primero en la báscula y, a continuación, cuando yo te lo diga, échalo despacio –contestó.
Kate puso mantequilla y azúcar en la mezcladora, que encendió.
–¿Estás acostumbrado a cocinar? –continuó ella.
–No exactamente, aunque soy muy imaginativo. Cuando estaba en la facultad, aprendí a hacer sándwiches de queso con una plancha.
–Dios mío...
Kate añadió huevos a la mezcladora y le ordenó que empezara a echar la harina.
–Hazlo poco a poco, o saltará por todas partes y nos pondremos perdidos. Queremos preparar la masa, no amasarnos tú y yo –dijo con ironía.
«Tú y yo».
Kate se ruborizó al pensarlo.
¿Por qué le gustaba tanto Brody McKenna? No lo sabía, pero debía concentrarse en el trabajo y dejar de pensar en él y en su desconcertante oferta de ayuda.
¿Qué estaba haciendo allí? Le parecía increíble que hubiera dejado la consulta para echar una mano a una repostera del barrio. ¿Y por qué precisamente a ella?
Minutos después, sacaron la masa de la mezcladora y la echaron en moldes para tartas, que metieron en el horno. Luego, ella derritió chocolate y lo vertió en moldes para dulces.
–Cuando terminemos con esto, prepararemos las flores de azúcar para decorar –le informó–. La masa ya se habrá enfriado entonces, así que solo tendremos que añadir el baño. Si quieres, te puedes encargar de prepararlo. Es muy fácil.
–De acuerdo.
Kate le explicó lo que debía hacer y Brody se puso manos a la obra. Era tan tarde que el sonido de fondo de la ciudad se había convertido en un susurro apenas perceptible. La tormenta se estaba alejando, y de cuando en cuando se oía el canto de algún pájaro nocturno.
Sus miradas se cruzaron varias veces mientras trabajaban. Ella pensó que sus ojos tenían un color azul tan intenso como el del mar, y se dio cuenta de que, en ese momento, lo último que le apetecía era preparar tartas.
Brody le gustaba mucho.
–Lo haces muy bien –dijo él–. Eres una gran profesional.
–Gracias.
–Si yo estuviera solo, la cocina ya estaría hecha un desastre. Pero tú te las arreglas para mantenerla limpia durante todo el proceso.
–No es para tanto... Deberías ver mi casa. Es un caos.
Kate se ruborizó por lo que había dicho. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Invitarlo subrepticiamente a su casa? Brody McKenna ya era demasiado peligroso en la tienda como para llevarlo a un lugar aún más íntimo.
–Sí, ya veo que no es para tanto –dijo él con humor–. Tienes un poco de harina en...
Brody alzó un brazo y le pasó un dedo por la mejilla. Solo fue un gesto inocente, pero ella se estremeció.
–Ya está. Ya te lo he quitado.
–Gracias –repitió ella con un hilo de voz.
–De nada –dijo él con sensualidad.

Por suerte para Kate, el timbre del horno sonó en ese momento y rompió el hechizo.

–Será mejor que volvamos al trabajo.

–Sí, claro. No queremos que se nos queme na-da.

–No, no queremos.

Kate se puso unos guantes y se giró hacia el horno sin permitirse el lujo de pensar en las palabras de Brody. ¿A qué se había referido con lo de que no querían que se quemara nada? ¿A las tartas? ¿O a ellos mismos?

–No me extraña que no tengas tiempo ni para comer, Kate. Tu trabajo es muy exigente.

–Y a veces, insoportable. Pero, afortunadamente, no todos los días son así... Hay rachas mucho más tranquilas.

–Admítelo.

–¿Qué quieres que admita?

–Que eres como yo, una obsesa del trabajo.

–Te equivocas...

–¿Ah, sí? Diriges tu propio negocio, trabajas demasiadas horas y sacas adelante las cosas por muchos obstáculos que te encuentres en el camino. Por mucho que digas lo contrario, eres una obsesa del trabajo –insistió.

Ella sacó las tartas del horno y las dejó a un lado.

–Me estás confundiendo con mi padre. Traba-jaba todos los segundos de su vida. Incluso hacía los turnos de otros en el hospital porque estaba convencido de que ningún cirujano era tan bueno como él.

–¿Era cirujano?

–Sí, así que te harás una idea... Volvía a casa a última hora, soltaba sus frustraciones en la mesa y se marchaba otra vez.

–Vaya...

–Yo no soy como él, Brody. No lo soy en absoluto.

–Ni todos los médicos son como tu padre. Aunque debo añadir que estar centrado en el trabajo no es siempre tan malo –afirmó–. Te ayuda a seguir adelante; a hacer cosas nuevas, como buscar locales para ampliar un negocio.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

–Creo recordar que estás aquí para echarme una mano, no para analizarme y darme consejos. Si no te metes en mi vida, yo no me meteré en la tuya. No querrás que me pregunte por qué te dedicas a preparar masas de tartas en lugar de estar con tus pacientes.

Él se quedó en silencio durante unos segundos y suspiró.

–Sí, supongo que tienes razón. Es mejor que nos mantengamos en un terreno estrictamente profesional.

Kate se sintió aliviada.

–Me alegra que estemos de acuerdo –dijo–. Pero ya te puedes ir. Creo que hemos terminado por esta noche.

Él asintió.

–Yo también lo creo.

A la mañana siguiente, Brody se sentía culpable por lo sucedido. No había imaginado que su primer día de trabajo en la Nora’s Sweet Shop fuera a terminar tan mal.

Acababa de entrar en el Morning Glory Diner cuando Stace, la novia de Riley, se le

acercó y le sirvió un café.

–¿Qué tal te van las cosas?

–Bien, aunque me irán mejor después del café –respondió con una sonrisa–. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Nerviosa por la boda?

Ella lanzó una mirada a Riley, que estaba al otro lado del restaurante, atendiendo a un cliente. Riley se dio cuenta y sonrió.

–¿Cómo voy a estar nerviosa? Me voy a casar con el hombre de mis sueños.

Brody se sintió celoso. Finn tenía a Ellie y Riley, a Stace. Sus dos hermanos habían encontrado el amor verdadero, uno de los mayores y más esquivos tesoros.

La puerta del restaurante se abrió. Brody esperaba que fuera su hermano mayor, y se llevó una sorpresa al ver a su abuela, Mary. Stace y Riley se acercaron a saludarla y, a continuación, la matriarca de los McKenna se dirigió a la barra.

–Abuela... cuánto me alegro de verte –dijo Brody.

Mary le dio un beso en la mejilla.

–¿Por qué no viniste anoche? Te esperaba para cenar.

–Es que estuve trabajando hasta muy tarde.

–¿Trabajando en una pastelería?

Él la miró con extrañeza.

–¿Cómo lo sabes?

Mary sonrió.

–Tus hermanos son unos cotillas, Brody. Riley te estuvo esperando para comer y, como no apareciste, llamó a Helen Maguire y le preguntó por ti. Tu enfermera le dijo que estabas preparando tartas. Riley se lo contó a Finn y Finn, a mí.

Brody maldijo a sus hermanos en silencio.

–Sí, tienes razón, son un par de cotillas.

–No es para tanto. Se interesan por ti porque te quieren. Al igual que yo.

Su abuela había sido una segunda madre para él durante tanto tiempo que, a veces, tenía la impresión de que su familia se limitaba a Mary, Finn y Riley.

Su abuelo había fallecido tres años antes y, desde entonces, Mary se dedicaba a dirigir McKenna Media y a vigilar a sus nietos con tanta firmeza como cariño.

–Yo también te quiero, abuela.

Ella volvió a sonreír.

–Gracias por haber hablado con mi médico esta mañana. No era necesario que te molestaras, Brody.

–Me preocupo por ti. Quería asegurarme de que ha considerado todas las opciones.

–Pues te preocupas demasiado... –Mary le dio una palmadita en el brazo–. Todo lo que me pasa es consecuencia de la edad. Me encuentro bien.

–Me alegro de saberlo.

Stace se acercó a la pareja.

–¿Quieres un café, Mary?

–No, gracias. Si me tomo otro café, empezaré a dar saltos –respondió con humor–. Pero te agradezco el ofrecimiento.

–Bueno, si necesitas algo, dímelo.

Stace los dejó a solas.

–Me gusta esa chica –dijo Mary–. Es atrevida, fuerte, inteligente y, sobre todo, perfecta para tu hermano Riley.

–Eso espero...

Mary suspiró.
–Acabo de tener una reunión agotadora con el jefe de la delegación de Medicina Sin Fronteras. Por eso estoy aquí. Finn me ha dicho que llegará dentro de un momento, para que podamos hablar del grupo.
–¿Larry también va a venir?
Brody se refería al subdirector de la fundación humanitaria de los McKenna, un hombre de edad avanzada con el que se llevaba especialmente bien.
–No, sigue en Haití y, por lo visto, está en un momento difícil. Parece que perdió a varios pacientes la semana pasada. Uno de ellos era un niño... Dice que le gustaría que estuvieras con él, porque eres el mejor médico que conoce.
Brody sacudió la cabeza.
–Larry no me necesita.
–Yo no estaría tan segura. Hablé con él cuando estuviste trabajando en aquella clínica de Alaba-ma. Dijo que cambiaste la vida de esas personas. El índice de mortalidad ha descendido mucho desde entonces; en parte, gracias a tus programas contra la diabetes y las enfermedades del corazón.
–Me limité a hacer mi trabajo.
–No le quites importancia, Brody. Y por favor, hazme caso de una vez por todas... Deja de empeñarte en llevar el peso del mundo sobre tus hombros.
–Yo no hago eso, abuela.
–Por supuesto que lo haces, pero no te das cuenta. Proteges a tu familia, proteges a tus pacientes y, ahora, hasta proteges a la dueña de esa pastelería. Pero proteger a los demás no es siempre lo más recomendable. La gente tiene que aprender a afrontar sus propios temores. Si los proteges demasiado, les impides crecer.
Brody pensó otra vez en Kate Spencer. Había desaprovechado varias oportunidades de decirle la verdad, y sabía por qué: Kate Spencer le empezaba a gustar.
Aun siendo consciente de que no tenía derecho a meterse en su vida y de que ni siquiera quería mantener una relación amorosa, se estaba empezando a enamorar de ella.
Era dulce, encantadora y, a pesar de su dolor por la muerte de Andrew, profundamente alegre. Era una margarita en mitad de un campo lleno de malas hierbas.
Y tenía miedo de destrozarla si le contaba lo ocurrido.
–¿Brody? ¿Me estás escuchando?
–¿Cómo? Ah, sí... Discúlpame, es que me he distraído un momento –se excusó–. ¿Qué decías, abuela?
–Te he preguntado si puedes dar un discurso la semana que viene, en la fundación. El doctor Granville se rompió una pierna cuando estaba esquiando y no se recuperará a tiempo –respondió Mary.
–Sabes que odio los discursos. Y los smoking.
Finn llegó en ese momento y se sentó en un taburete.
–¿Qué tiene de malo el smoking? ¿Por qué os disgusta tanto a Riley y a ti?
–Porque no somos tan formales como tú.
–Yo no soy formal, sino elegante –contraatacó Finn–. Mi esposa dice que estoy muy sexy cuando llevo smoking.
Brody rio.
–La opinión de tu esposa no cuenta. Es parcial.
–Sí, eso es cierto.
Riley se acercó a ellos y se sentó junto a su abuela.

–¿Me he perdido algo?

–Solo el trabajo duro –respondió Finn.

–Eh, que he madurado... Ahora soy un contribuyente, un hombre comprometido y un adulto al mismo tiempo.

Brody arqueó una ceja.

–¿Adulto? ¿Tú?

Mary suspiró con exasperación.

–Dejad de actuar como si fuerais niños. ¿Es que no os podéis llevar bien?

Riley le dio un beso en la mejilla a Mary.

–Nos podríamos llevar bien, pero entonces no sería tan divertido –contestó.

Mary sacudió la cabeza.

–Bueno, me encantaría seguir de charla con vosotros, pero Finn y yo nos tenemos que ir. ¿Darás ese discurso, Brody? A los invitados les gustaría oír las vivencias de un hombre que ha trabajado en un lugar tan difícil como Afganistán.

Brody tragó saliva.

–No creo que quieran saber lo que pasó.

Su abuela le dio otra palmadita.

–Deberías hablar de ello. Al menos, serviría pa-ra que...

–No serviría de nada –la interrumpió–. No cambiaría nada.

–Si te vas a sentir mejor, Finn y yo podríamos estar entre la audiencia y dedicarnos a aplaudir cada vez que empieces una frase –se burló Riley.

–Ni se os ocurra.

Mary se levantó.

–Bueno, piénsalo y dame una respuesta tan pronto como puedas.

–De acuerdo.

Brody no tenía la menor intención de dar ese discurso, pero prefirió callar.

–Cuídate...

–Por supuesto, abuela. Y no te preocupes por mí. Te prometo que asistiré a la próxima reunión familiar.

–Ahora que lo mencionas, Riley estará para entonces de luna de miel, lo cual significa que habrá espacio libre en la mesa. ¿Por qué no vienes con la chica de la pastelería?

–No sé si es buena idea.

–Oh, vamos, quiero darle las gracias por esos dulces.

–Pero abuela... –dijo Brody, incómodo.

–No hay más que hablar –sentenció Mary–. Os espero el domingo a las dos de la tarde. Y dile que traiga más chocolates, por favor. Una anciana debería tener un vicio por lo menos, y he decidido que el mío son esos chocolates.

Capítulo 6

Dos días después

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde su último encuentro con Kate Spencer, pero no había dejado de pensar en ella en ningún momento. Era demasiado consciente de que había estado a punto de besarla.

El viernes, la llamó por teléfono para decirle que estaba ocupado y que no podía ir a la tienda. Era una excusa para mantenerse alejado de la tentación e intentar apartar a Kate de sus pensamientos, pero solo consiguió lo primero. Si quería mantener una relación normal con ella, tendría que encontrar la forma de refrenar sus emociones.

Se cambió de ropa y se puso una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas deportivas. Después, alcanzó su iPod y salió a la calle. Entre semana, solo tenía tiempo de correr un poco antes de dirigirse a la consulta; pero los sábados empezaba a trabajar más tarde y aprovechaba la circunstancia para hacer más ejercicio.

Tras varios minutos de forzarse al límite, llegó al parque. Tenía intención de cruzarlo y dar la vuelta para completar su circuito habitual de cinco kilómetros, pero se encontró con alguien que no esperaba.

Kate.

Estaba junto a la laguna, corriendo a un ritmo suave. Se había recogido el pelo y llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de la Cruz Roja. Brody admiró sus largas piernas y sonrió para sus adentros. Era preciosa.

Cuando llegó a su altura, dijo:

–Te debo una disculpa.

Kate se quitó los cascos y lo miró con sorpresa.

–Ah, eres tú... No te había visto. Cuando salgo a correr, me pongo música y me olvido de todo lo demás.

–A mí me ocurre lo mismo.

–¿Qué estabas diciendo?

–Que te debo una disculpa por lo que pasó la otra noche. Tenías razón. No soy quién para decirte lo que debes hacer con tu vida.

Ella bajó el ritmo un poco más y suspiró.

–Bueno, es posible que no estés muy desencaminado... Supongo que trabajo más de lo que debería.

–Tampoco es tan grave. A veces, el trabajo puede ser terapéutico.

–Y a veces, una táctica para no afrontar los problemas. Pero no tiene importancia. Acepto tus disculpas.

Él sonrió.

–¿Las vas a aceptar sin más? ¿No quieres castigarme un poco? Sería una oportunidad perfecta para contraatacar y recordarme todas las cosas que hago mal.

–Sí, es posible, pero prefiero dedicar mi energía a correr.

Brody soltó una carcajada.

–¿Vienes mucho por aquí? No te había visto antes –observó ella.

–Solo vengo los sábados y domingos. Entre semana tengo poco tiempo y no puedo

llegar al parque.

–Eso explica que no nos hayamos visto. A mí me ocurre lo contrario.

Kate se detuvo y empezó a hacer unos ejercicios de estiramiento. Brody tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para apartar la vista de sus curvas.

Era una mujer muy sexy.

Pero también era una mujer fuera de su alcance.

Segundos después, un hombre pasó corriendo a su lado. Llevaba una camiseta del Ejército y el típico corte de pelo de los soldados. Al verlo, Kate palideció.

Y a Brody no le extrañó nada, porque el soldado se parecía vagamente a Andrew.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, estoy bien –contestó ella–. Es que ese chico se parece tanto a mi hermano que durante un instante...

Brody guardó silencio.

–Sin embargo, Andrew se ha ido –continuó Kate–. Aunque me cueste recordarlo.

–Debe de ser muy doloroso para ti.

–Lo es.

Brody se giró hacia uno de los bancos del parque y dijo:

–¿Qué te parece si descansamos unos minutos?

Kate se sentó y él se acomodó junto a ella.

–Lo siento mucho, Kate. Sé que mis condolencias no pueden borrar tu dolor, pero lo siento de todas formas.

Ella se encogió de hombros.

–¿Has perdido a alguien que te importara de verdad?

–Sí. A mis padres.

–¿A tus padres? ¿Han muerto?

Brody asintió.

–Murieron cuando yo tenía ocho años, en un accidente de tráfico. Fue tan inesperado como repentino.

–Cuando tenías ocho años... –dijo ella–. Qué horror.

Brody suspiró y se acordó del día en que su abuelo se acercó a ellos y les dijo que sus padres habían muerto. Finn, el mayor de los tres, se hizo adulto aquel mismo día. Riley, que era demasiado joven como para entender lo sucedido, reaccionó como si no pasara nada. Y él se quedó desolado, intentando comprenderlo.

–Al menos tenía a mis hermanos, que me ayudaron mucho. Y a mis abuelos, por supuesto, que se hicieron cargo de nosotros... Pero las cosas no volvieron a ser como antes. Mis padres eran insustituibles.

–Te comprendo perfectamente. Yo pasé casi toda mi infancia con mis abuelos. Mis padres no se llevaban muy bien, así que Andrew y yo preferíamos estar en la tienda... para escondernos, supongo –le confesó Kate–. Luego, cuando yo estaba en el instituto, se divorciaron. Mi padre se mudó a Florida, mi madre se marchó a Maine y nosotros nos quedamos aquí, con nuestros abuelos.

Brody conocía la historia porque Andrew se la había contado. Sabía que el divorcio de sus padres había sido muy duro para Kate.

–Pero tenías a tu hermano, como yo a los míos.

–Sí, tú lo has dicho, lo tenía –declaró ella, con tristeza–. Fue por mi culpa, ¿sabes? Yo lo animé a ir a Afganistán. Cuando se alistó en el Ejército, la guerra ya había terminado. Me pareció que sería una aventura para él, que no sería peligroso, pero me equivoqué. No

debería haber dicho nada. No debería...

Brody deseó decirle la verdad, pero no se le ocurría una forma de hacerlo que no aumentara su dolor.

–No sé –siguió ella–. Creo que si yo no hubiera intervenido, o si lo hubiera animado a hacer otra cosa, como dar clases de paracaidismo o escalada, seguiría vivo.

Brody le puso una mano en el hombro.

–Kate, no es culpa tuya.

–¿Que no? Mi hermano murió por mi culpa, Brody. Yo lo empujé a marcharse a Afganistán. Si no lo hubiera hecho, él seguiría aquí y yo...

–¿Y tú?

–Yo no tendría que perdonarme nada.

–Y no tienes nada que perdonarte, Kate. La gente toma sus propias decisiones. Tu hermano era un hombre adulto; si no hubiera querido ir, no habría ido.

Ella sacudió la cabeza.

–Puede que tengas razón, pero me siento culpable de todos modos. No puedo dejar de pensar en ello. Quizás, si le hubiera pedido que tuviera más cuidado, si le hubiera dicho otra vez lo mucho que lo quería y lo necesitaba...

–A veces, las cosas pasan y no se puede hacer nada al respecto, Kate.

–Lo sé, pero...

–Te contaré una historia, por si te sirve de algo –la interrumpió Brody–. Cuando era médico interino, perdí un paciente. Nos habíamos visto unas cuantas veces antes de que él ingresara en el hospital, así que se podría decir que éramos amigos. Le encantaba pasear por la ciudad, pero era ciego y ya sabes lo peligrosa que puede ser una ciudad tan grande como Boston para un ciego.

–Sí, me lo imagino.

–Todo está lleno de obras y de obstáculos... Mi amigo se las arreglaba bastante bien; iba por todas partes con su bastón, pero era consciente de los peligros y decidió buscarse un perro guía –explicó–. Desgraciadamente, lo atropelló un coche antes de que lo consiguiera.

–Oh, no...

–Estaba cruzando una calle. Fue uno de esos accidentes absurdos que no deberían pasar. Hice lo posible por mantenerlo con vida. Hice todo lo que estaba en mi mano. Intenté reanimarlo una y otra vez, pero no sirvió de nada.

Brody guardó silencio durante un par de segundos. Su mente volvió otra vez a Afganistán, a un soldado que se llamaba Andrew Spencer y que estaba en la flor de la vida.

–Ya era demasiado tarde –sentenció, con voz rota.

Se había quedado sin palabras. Casi podía oír los helicópteros, los lamentos del resto de los soldados, sus propios gritos al dirigirse a sus compañeros para que le llevaran un instrumental que no tenían. Lle-garon demasiados heridos al mismo tiempo. Dema-siados para tan pocos recursos.

–Quería que mi amigo viviera. Lo quería con toda mi alma, pero no fue suficiente. No lo fue en absoluto.

Kate lo tomó de la mano.

–Lo siento, Brody.

Brody hizo un gesto de impotencia y lanzó una mirada al militar que se alejaba en la distancia, ajeno a su conversación.

–¿Cómo lo superaste? –pregunto ella.

–Fue difícil. Durante una temporada, me sentí tan culpable como tú ahora. Hasta

consideré la posibilidad de abandonar la medicina.

Kate asintió.

–Hice lo mismo que tú, Kate. Me sentía responsable. Me preguntaba si no podría haber hecho algo para evitar que sufriera aquel accidente... Mi amigo era todo un bromista, ¿sabes? Se reía de su propia ceguera, así que yo le seguía el juego y hacía chistes al respecto.

–No creías que le pudiera pasar nada malo –di-jo ella.

–No, claro que no. Pero después, me acordé muchas veces de aquellos chistes. ¿Que habría pasado si no me lo hubiera tomado a broma? ¿Si me hubiera puesto serio y le hubiera recordado los peligros? Viví en un infierno durante muchas semanas. Hasta que me di cuenta de que no estaba haciendo ningún bien a su memoria ni, desde luego, a mí mismo.

Brody apartó la mirada un momento y añadió:

–Al final, decidí hacer algo más útil que castigarme por su muerte. Fui al Ayuntamiento y presenté una petición para que instalaran una señal acústica en el cruce donde mi amigo perdió la vida. Ya era tarde para él, pero no tenía por qué serlo para los demás. Eso me ayudó mucho. Me sirvió para seguir adelante.

Kate suspiró.

–Sé que yo también tendría que seguir adelante, Brody. Pero no puedo.

A Brody se le ocurrió una idea de repente; una forma de sacarla de su pesadilla, algo más importante que preparar tartas.

–¿Qué te parece si te llevo a Weymouth esta tarde?

–¿A Weymouth? ¿Para qué?

–Para ver ese local que te había gustado.

–Brody, no sé si puedo...

–¿Si puedes? ¿O si quieres?

Ella no contestó.

–Supongo que a las tres de la tarde habré terminado con mis pacientes –continuó él–, y creo recordar que tú cierras la tienda a la misma hora. Haz algo nuevo, Kate. Atrévete. ¿Quién sabe? Puede que te sirva.

Kate lo miró con intensidad y, por fin, sonrió.

–¿Aceptarías un «no» por respuesta?

–Jamás.

–En ese caso, acepto –dijo–. Te esperaré en la tienda a las tres y, entre tanto, llamaré a la inmobiliaria que alquila el local.

Brody se levantó del banco y le dio una mano, que ella aceptó. Se quedaron tan cerca el uno del otro que la brisa más leve habría pegado sus cuerpos. Y por si eso fuera poco, Kate entreabrió los labios como en una invitación a que la besara.

Pero Brody se contuvo y dijo:

–Trato hecho.

Kate estuvo pensando toda la mañana en su cita con Brody. Estaba muy nerviosa, y no se sintió precisamente mejor cuando su ayudante la llamó por teléfono para pedirle que le concediera unos días más.

–Mi hija está descubriendo que ser madre es más difícil de lo que había imaginado –le explicó Joanne–, y su esposo tiene tanto trabajo que no se puede ocupar del bebé... ¿Te importa que vuelva más tarde?

–No te preocupes por mí, Joanne. He buscado un sustituto temporal. Tómate el tiempo que quieras y disfruta de tu nieto.

Desde el momento en que cortó la comunicación, se dedicó a contar los minutos que faltaban para las tres. Sabía que solo iban a ver un local; no era un encuentro amoroso, sino un simple paseo sin mayor importancia. Pero se acordaba del baile en el asilo y de lo bien que se había sentido entre sus fuertes brazos.

Se había sentido a salvo, querida.

No podía evitar que Brody McKenna le gustara. Cuando ella le habló de su padre, él le había dicho que no todos los médicos eran iguales; y cuanto más lo conocía, más consciente era de que tenía razón.

¿Sería posible que aquel médico que trabajaba de voluntario en una ONG y que se tomaba la molestia de ayudarla en la pastelería fuera el hombre que estaba buscando? ¿O era demasiado bueno para ser verdad?

No quería repetir los errores de su madre. No se quería meter en una relación que estaba condenada desde el principio, para perder después el resto de su vida en el intento de convertirla en algo que no podía ser. Prefería ser cauta y buscar un hombre tranquilo y fiable; no uno que la volviera loca.

Pero pensarlo era más fácil que hacerlo.

Kate se peleó con su pelo, dudó en el color del carmín y revolvió todo el armario antes de tomar la decisión de ponerse una falda en lugar de unos vaqueros. Por mucho que lo intentara, su mente se resistía a mantener con él una relación estrictamente profesional. Pensaba en él constantemente. Lo deseaba.

Poco después de la una, sonó la campanilla de la puerta. Kate salió y tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír de oreja a oreja al ver a Brody.

–Llegas pronto. ¿No habíamos quedado a las tres?

–Sí, pero la cita que tenía a la una se ha cancelado y no tengo más pacientes hasta las dos, de modo que he decidido pasar a saludarte. ¿Qué tal va el día?

A Kate le pareció encantador que se preocupara por ella.

–Con mucho trabajo.

–¿Tanto como para no poder comer?

Brody le enseñó una bolsa con comida de un restaurante cercano.

–Muchas gracias... tengo tanta hambre que estaba a punto de comerme el papel de envolver –bro-meó–. Siempre estás cuidando de mí.

Él la miró a los ojos.

–Lo intento.

–Y yo te lo agradezco.

La intensidad de la mirada de Brody la estremeció, así que dio media vuelta y se dirigió a la cocina para romper el hechizo.

Él la siguió y se sentó mientras ella sacaba un sándwich de la bolsa y se lo comía.

–Gracias de nuevo por la comida. Parece que el doctor McKenna se ha acostumbrado a salir en mi rescate.

–Forma parte de mis servicios como ayudante de pastelería –replicó él, sonriendo–. Además, ya te pasaré la factura.

Ella rio.

–¿Ah, sí? Entonces, yo te pasaré la factura por los dulces que te comes.

–¿Quién? ¿Yo? –Brody alcanzó uno de los pastelitos que Kate acababa de preparar y se lo llevó a la boca–. No sé de qué estás hablando. ¿Dónde están las pruebas?

Kate lo señaló con el dedo.
–Tú lo has querido. La próxima vez que me ayudes, te voy a hacer trabajar más que en toda tu vida.
Él echó un vistazo a las hojas de pedidos, que Kate había dejado en la encimera.
–Si quieres, te echaré una mano después de visitar ese local.
–Te advierto que hoy va a ser un día muy largo para mí –dijo ella–. ¿Estás seguro de que no interferirá con tus planes?
–¿Qué planes?
Ella se ruborizó un poco.
–Es sábado –respondió–, y la gente suele salir los sábados. Supongo que habrás quedado para salir con alguna mujer.
–Pues no, no he quedado con nadie.
–¿Y mañana por la noche?
Kate no lo pudo evitar; no se quería meter en la vida de Brody, pero le interesaba demasiado. A pesar de sus temores, una parte de ella estaba convencida de que Brody era diferente; de que podía tener una relación con él tan buena como la que tenían sus abuelos. Y esa parte quería saber más.
–No, tampoco. No estoy saliendo con nadie.
Brody se acercó, alzó una mano y le acarició la coleta de caballo. Ella respiró hondo, aspirando su aroma.
–De hecho –continuó–, ni siquiera tengo acompañante para la boda de mi hermano.
Kate sonrió.
–Pídele a Tabitha que te acompañe. Es una gran bailarina.
–Preferiría pedírselo a una persona que no me saque tantos años. Una persona como tú –sentenció.
El corazón de Kate se aceleró al instante.
–¿Me estás pidiendo que salga contigo?
–Exactamente.
Kate no se pudo contener por más tiempo. La sonrisa que había estado refrenando estalló en su cara.
–Entonces, acepto.
Él la tomó de la mano y la acercó.
–Magnífico... ¿Sabes una cosa? No he dejado de pensar en ti en toda la mañana. Me pongo a hablar con un paciente y termino hablando de tus cosas. Intento anotar algo y apareces en mis pensamientos. Incluso he llamado Kate a mi enfermera, Helen.
–Será porque mis tartas te gustan mucho.
Brody le pasó un dedo por la barbilla y los labios. Kate respiró hondo y abrió la boca, ofreciéndose.
–No, no es por tus tartas. Es por tu sonrisa, por tus ojos, por las cosas que deseo cuando estoy contigo –declaró con dulzura–. Tú no eres... no eres lo que esperaba.
A Kate le pareció un comentario extraño, pero replicó:
–¿Y qué esperabas? No me digas que mi reputación me precede. ¿Es que te habían dicho que no hago otra cosa que trabajar y trabajar?
–No, no es eso.
–Entonces, ¿qué expectativas tenías? Te lo pregunto porque a veces dices cosas que me desconciertan. Es como si me conocieras de antes.
La sonrisa de Brody desapareció. Le soltó la mano y dio un paso atrás.

–No soy quien crees que soy, Kate.
–¿Insinúas que no eres médico? –preguntó en tono de broma–. No me digas que eres enfermera...
–No, no es eso. Es que...
El timbre del horno los interrumpió.
–Vaya, tengo que sacar las tartas o se quemarán.
Kate se dio la vuelta, sacó las tartas y las puso a enfriar.
–Menudo día que llevo... Menos mal que me vas a llevar a Weymouth; si me quedara aquí toda la tarde, terminaría desmayada –le confesó–. Además, quiero seguir tu consejo. He decidido que trabajo demasiado y que debería poner un poco de diversión en mi vida, sin olvidar mi objetivo prioritario.
–¿Qué objetivo es ese?
Ella se apoyó en la encimera.
–Continuar con el legado de mis abuelos y aprender a superar el dolor por la pérdida de mi hermano –dijo–. Me va a costar, pero quiero intentarlo.
–Excelente.
–Pero, ¿qué estabas diciendo antes? ¿Qué es eso de que no eres quien creo que eres?
Brody sonrió otra vez.
–Para empezar, que no soy un buen ayudante de cocina.
Kate soltó una carcajada.
–Ya me había dado cuenta.
Durante los minutos siguientes, se dedicaron a aplicar el baño en las tartas y a decorarlas con flores de azúcar. Mientras trabajaban, Kate dijo:
–Cuando Andrew estaba en el extranjero, yo le enviaba dulces. Una vez, le envié un montón de galletas decoradas con flores de color rosa, para tomarle el pelo. Me dijo que a sus compañeros les habían gustado mucho, así que le envié más... galletas y mas galletas decoradas con flores rosas y azules.
Kate sacudió la cabeza. Los ojos se le habían llenado de lágrimas.
–Oh, maldita sea... ¿Lo ves? Intento superar mi dolor, pero no lo consigo. Lo echó tanto de me-nos...
Brody se acercó a ella y la abrazó. Kate rompió a llorar desconsoladamente. Se había prometido a sí misma que no confiaría en ningún hombre, pero Brody parecía distinto. Tenía la sensación de que podía confiar en él.
–Andrew era el fuerte, ¿sabes? Cuando nuestros padres se divorciaron, fue él quien dijo que todo saldría bien; era él quien me llevaba todos los días a la tienda de mis abuelos –siguió hablando–. Mi hermano me salvó. No sé qué habría hecho sin su apoyo. Y, francamente, no sé qué voy a hacer ahora que se ha ido.
–Seguir con tu vida, paso a paso.
–Lo sé, pero es tan difícil...
–Es lo que él habría querido, Kate.
Ella lo miró a los ojos.
–Eso es cierto.
–Tu hermano habría querido que siguieras con la tienda y que ampliaras el negocio, como habíais planeado –insistió Brody–. Estoy seguro de que, si te viera ahora, llorando por él, se enfadaría contigo.
–Hablas como si lo hubieras conocido... –Kate se secó las lágrimas–. Sí, tienes razón. Habría hecho algún comentario sarcástico sobre mi sensiblería. Era un gran hombre,

en todos los sentidos.

Brody suspiró.

–Me siento como si lo conociera de verdad, Kate. Forma parte de esta tienda y de lo que tú haces. Es como estuviera aquí.

Ella se mordió el labio y asintió.

–Gracias, Brody. Por la comida, por tu apoyo, por todo.

–Kate, yo...

Brody no tuvo ocasión de terminar la frase, porque en ese momento sonó la alarma de su teléfono móvil.

–Oh, maldita sea. Tengo que volver a la consulta. Pero nos veremos a las tres y seguiremos hablando, ¿de acuerdo?

–De acuerdo.

Brody McKenna salió de la tienda y Kate pensó que contaría cada minuto hasta que se volvieran a encontrar.

Se estaba enamorando de él.

Capítulo 7

Una hora después, fiel a su palabra, Brody volvió a la tienda.

–Eres muy puntual –dijo Kate–. No está mal para ser un médico.

Él rio.

–Es una de mis manías. Odio llegar tarde a las cosas y hacer esperar a mis pacientes... pero creo que me lo agradecen. Así están más contentos.

–Y el médico también lo está.

Brody asintió.

–En efecto. ¿Ya estás preparada? He venido en mi coche, para conducir yo y que tú te puedas concentrar en el paisaje. Espero que te parezca bien.

Kate sonrió. Por lo visto, Brody estaba en to-do.

–Me parece perfecto.

Ella se quitó el delantal y lo acompañó al exterior del edificio, donde se detuvo un momento a cerrar la puerta. Cuando se giró y vio el viejo jeep de color verde que Brody había aparcado en la calle, preguntó:

–¿Un jeep? Pensaba que tendrías un Merce-des.

Brody se encogió de hombros.

–Ya te he dicho que no soy el típico médico. Este es el coche que me compré cuando estaba en la universidad. Lleva tanto tiempo conmigo que casi se ha convertido en un miembro de la familia. Supongo que me podría permitir el lujo de comprarme un Mercedes o un coche parecido, pero no necesito un trozo de metal de sesenta mil dólares para demostrar mi éxito. Prefiero que se demuestre en mi trabajo con los pacientes.

–Al final, voy a tener que admitir que eres distinto –dijo ella–. Y de un modo verdaderamente bueno.

Kate se subió al jeep y esperó a que Brody se acomodara en el asiento del conductor, sorprendida.

Al parecer, lo había juzgado mal. Cuanto más lo conocía, más le gustaba. Todo parecía indicar que Brody McKenna era el hombre diferente que había estado buscando durante tanto tiempo.

Pero había algo en él que le hacía desconfiar. Tenía la impresión de que le ocultaba algo importante, aunque no sabía qué.

Sin embargo, decidió no presionarlo. Supuso que se lo diría cuando estuviera preparado.

Brody arrancó el vehículo y dijo:

–Háblame de esa propiedad.

–No hay mucho que decir. Tiene alrededor de mil metros cuadrados y está en una esquina, entre una cafetería y una floristería –respondió–. Es una calle con muchos negocios, mucha gente y mucho tráfico.

–Suena perfecto para una tienda.

Ella se encogió de hombros.

–Ya veremos –dijo, cauta–. He visto el local en la Red y he hablado con el agente inmobiliario, pero esta será mi primera visita. A veces, lo que ves en persona no es tan bueno como lo que anuncian.

–Es como las citas por Internet.

–¿Hablas por experiencia propia, doctor? –preguntó ella con sarcasmo.

Él sacudió la cabeza.

–No, reconozco que nunca me he citado con nadie por Internet. Supongo que estoy chapado a la antigua. Me gusta conocer a la gente en persona y ver si nos llevamos bien antes de dar el siguiente paso.

La conversación había despertado la curiosidad de Kate, que decidió interesarse por sus relaciones pasadas.

–Una vez insinuaste que habías estado a punto de casarte con alguien. ¿Qué pasó? ¿Las cosas se estropearon?

Brody suspiró.

–Melissa y yo nos comprometimos cuando terminamos la carrera. Luego, yo me fui de voluntario y, mientras estaba fuera, ella rompió nuestro compromiso.

–¿Por qué?

–Porque era una persona bastante tradicional. Quería ser la mujer de un médico para ir de compras por la Quinta Avenida y pasar las vacaciones en Italia... no para visitar países del tercer mundo y tratar simples huesos rotos y casos de cólera –respondió Brody–. Además, yo estaba lejos y no me esforcé lo suficiente por nuestra relación. Intenté arreglar las cosas con ella, pero ya era demasiado tarde.

–Y esa experiencia acabó con tus esperanzas sobre el amor...

–Esa experiencia y otras –puntualizó él–. Al llegar a cierto punto, dejé de buscar a la persona adecuada.

Ella soltó una risita.

–Hablas como yo. Cualquiera diría que somos almas gemelas, destinadas a...

–¿A qué?

–No lo sé. Dímelo tú.

Él le lanzó una mirada rápida y sonrió.

–Me temo que no soy adivino, Kate.

Kate volvió a reír.

–Eso no es justo. No te hagas el misterioso conmigo.

–¿Yo? ¿Misterioso? Pero si soy un libro abierto...

–Serás un libro abierto, pero escrito con letra de médico –observó ella con sorna–. Es completamente ilegible.

–Nunca he dicho que sea un hombre fácil.

–En eso estamos de acuerdo. Eres realmente difícil de interpretar. Un enigma andante con un estetoscopio colgado del cuello.

Kate se recostó en el asiento y se preguntó por la parte de ella que Brody había despertado. No estaba acostumbrada a coquetear con los hombres. Había salido con varios, pero su vida consistía en trabajar duro y poco más.

Sin embargo, Brody era un desafío que le encantaba. Lograba que se ruborizara como una adolescente, que sintiera mariposas en el estómago y que soñara con cosas a las que creía haber renunciado tiempo atrás.

El trayecto hasta Weymouth fue un juego de conversaciones irónicas, siempre al borde del coqueteo. El cielo estaba despejado y Brody había bajado las ventanillas, así que la brisa los acariciaba con suavidad.

Cuando llegaron a la salida de la autopista, Ka-te se sintió decepcionada porque estaban a punto de llegar a su destino.

Minutos más tarde, aparcaron delante del local en alquiler, situado en la plaza Columbian. Eran edificios antiguos, de ladrillo, con tiendas de fachadas tradicionales. Al otro lado de la plaza, había un cine que parecía sacado de los años dorados de Hollywood.

–Es bonito, ¿verdad?

–Perfecto para una segunda Nora's Sweet Shop –dijo él.

Los dos bajaron del jeep. Al llegar a la puerta del local, se les acercó un hombre de cabello oscuro que llevaba unos papeles debajo del brazo y un maletín en la mano.

–Buenos días. Supongo que eres Kate Spencer, la dueña de la Nora's Sweet Shop...

–Sí, lo soy –Kate le estrechó la mano–. Gracias por recibirnos.

–De nada.

El hombre se giró hacia Brody y lo saludó.

–Encantado de conocerte. Me llamo Bill Tay-lor.

Momentos después, entraron en el local. Mien-tras Bill hablaba sobre la instalación eléctrica y otros detalles, Kate se dedicó a mirar las salas y a imaginar dónde pondría cada cosa.

El local había sido un restaurante en otros tiempos, de modo que disponía de una cocina perfecta para sus intenciones.

En conjunto, parecía ser lo que estaba buscando. Y, por si eso fuera poco, estaba en un sitio excelente.

–A mí me gusta mucho –le dijo Brody–. No sé demasiado de estas cosas, pero creo que sería perfecto para abrir otra tienda.

–Sí, yo también lo creo. Me gusta el sitio, la ciudad y la calle.

–Y puede ser tuya ahora mismo... –intervino Bill.

El agente inmobiliario empezó a buscar los documentos de la transacción, pero Kate no estaba preparada para tomar una decisión en ese momento.

–No sé, Bill. Necesito tiempo para pensarlo.

Le dio las gracias por su tiempo, le prometió que lo llamaría por teléfono y salió con Brody después de despedirse.

Cuando ya estaban sentados en el vehículo, él preguntó:

–¿Por qué no le has hecho una oferta? Pensaba que el local te ha gustado.

–Porque todavía no estoy segura.

El jeep se puso en marcha. Kate se sentía decepcionada y aliviada al mismo tiempo; decepcionada, porque había dejado pasar una oportunidad y, aliviada, porque abrir otra tienda era una tarea descomunal.

Sería mejor que esperara a la semana siguiente. O al mes siguiente.

O hasta la primavera, cuando el tiempo mejorara y la gente estuviera más dispuesta a salir a la calle y gastar.

–¿Quieres hablar de ello?

Kate no quería hablar del asunto. Sospechaba que se estaba dejando llevar por sus temores. Pero Brody le había hecho una pregunta y merecía una respuesta.

–No soy si estoy en condiciones de dar ese paso. No sé si estoy preparada. La tienda de Newton me ocupa tanto tiempo que no creo tener energías para abrir otra.

–Pero tu ayudante volverá pronto... Además, dijiste que tenías intención de contratar a más personas –le recordó él–. Comprendo que la perspectiva te asuste. Podrías tener éxito o podrías fracasar. Sin embargo, no lo sabrás si no lo intentas.

Ella contempló las calles de Weymouth durante unos segundos. Era un lugar lleno de vida, como Newton. Un buen sitio para abrir otra Nora's Sweet Shop.

–¿Cómo lo haces, Brody?
Él respondió sin apartar la vista de la carretera.
–¿A qué te refieres?
–A arriesgarte como lo haces. A volar a otras ciudades, otros países, otras circunstancias. ¿Cómo lo consigues?
–No es muy difícil; me limito a confiar en mis habilidades como médico. A veces sale bien y a veces, mal.
–Supongo que tengo miedo de fracasar. An-drew era el valiente, el que se arriesgaba, el que era capaz de lanzarse desde un avión o hacer alpinismo. Sé que le habría gustado que alquilara ese local, pero no estoy segura al respecto.
–Y tienes miedo de traicionar su memoria.
Ella suspiró.
–Sí, de traicionarlo a él, de traicionar a mi abuela, de traicionar a los clientes de la tienda y de traicionarme a mí misma.
–Eso también lo comprendo. Las responsabilidades grandes asustan. Siempre te preguntas si estarás a la altura de las expectativas de los demás, si estarás haciendo lo correcto. Puede que hayas hecho bien al retrasar la decisión. Tómate un tiempo para pensarlo.
–Sí, será lo mejor.
A medida que se acercaban a la ciudad, Kate cayó en la cuenta de que no quería que su aventura terminara.
Brody había sido una compañía realmente excelente; había iluminado su día y había aliviado su tensión. Siempre pasaba lo mismo cuando estaba con él. Le hacía olvidar el pasado y vivir en el presente.
Brody le gustaba como amigo, pero también como algo más. Algo que deseaba explorar, probar, sentir.
–No sé si tienes planes para hoy; pero, si estás libre, me gustaría invitarte a cenar –dijo de repente–. No me darían el premio a la mejor chef del país, pero te prometo que lo que prepare estará comestible.
–He probado tus dulces. Y yo diría que cocinas muy bien.
–Eso es repostería, no cocina. No tiene nada que ver –alegó ella–. Mi talento desaparece cuando tengo que preparar algo que no sea dulce.
–Seguro que exageras...
–En absoluto. Me temo que no soy tan perfecta como crees.
Él soltó una carcajada.
–Pues a mí me lo pareces...
El pulso de Kate se aceleró.
–Vaya, gracias por el cumplido. Tú tampoco estás mal, doctor.
–Menudo halago –ironizó él–. Creo que lo voy a poner en mi currículum.
Ella sonrió con picardía.
–Podría ser más concreta, pero no quiero que se te suba a la cabeza.
–Oh, dudo que se me suba a la cabeza... Olvi-das que tengo dos hermanos que se encargan de bajarme de las nubes. Dicen que soy de lo más aburrido.
–¿Aburrido? ¿Tú?
Kate lo preguntó con tanta sorpresa como sinceridad. El doctor Brody McKenna era la persona menos aburrida que había conocido. Era sexy, tentador, fascinante. Cualquier cosa menos aburrido.

–Eh, no me subestimes. En mi tiempo libre, leo revistas médicas y veo documentales en televisión. No soy precisamente el espíritu de la fiesta.

–Créeme, no te pierdes nada.

Brody sonrió.

–¿Lo dices por experiencia propia?

Ella se encogió de hombros.

–Fui animadora. Ya sabes, una de esas chicas que salen al principio de los partidos, con pompones en las manos.

–¿Animadora? –preguntó él, sonriendo de oreja a oreja–. No sé si le deberías decir esas cosas a un hombre. Se me podrían ocurrir ideas...

–¿Te sentirías mejor si te dijera que era una animadora nefasta?

Él fingió que sopesaba la pregunta.

–No.

–Bueno, piensa lo que quieras. Mientras no me pidas que baile para ti, nos llevaremos bien –afirmó.

–¿Aunque te lo pida por favor?

–Incluso entonces.

Ella volvió a reír, pero el ambiente ya se había cargado de energía sexual. De hecho, empezaba a estar dispuesta a hacer algo más que invitarlo a cenar a su casa. Quería probar el deseo que los unía.

Al llegar a la ciudad, Kate le dio la dirección de su domicilio. Minutos más tarde, Brody detuvo el vehículo en el vado.

–Bienvenido a mi hogar.

A pesar de su sonrisa, estaba nerviosa. No era la primera vez que invitaba a un hombre a su casa, pero esa vez le parecía diferente. Tal vez, porque Brody le gustaba demasiado y, en consecuencia, era un riesgo demasiado alto.

Sacó fuerzas de flaqueza, bajó del vehículo y llevó a su acompañante al interior de la casa, donde preguntó:

–¿Te apetece beber algo?

–Sí, gracias.

–¿Cerveza? ¿Un refresco?

–De momento, me contentaría con un vaso de agua.

Kate le sirvió el vaso de agua y le llevó a la salita acristalada que estaba en la parte trasera de la casa. Tenía unas vistas preciosas de los alrededores.

–Esta es mi habitación preferida –le confesó–. No es muy grande, pero las vistas merecen la pe-na.

Brody se sentó en el sofá y contempló los bosques que se veían a través de las ventanas.

–No me extraña que te guste. Estás a dos pasos de la ciudad y parece que vivas en mitad del campo.

–Es maravilloso. Cuando tengo tiempo libre, me siento aquí a leer un libro, escuchar música o disfrutar del canto de los pájaros. Es muy...

–¿Relajante?

Ella asintió.

–Sí, en efecto.

Kate pensó que en ese momento estaba cualquier cosa menos relajada.

La cercanía de Brody la perturbaba en extremo y, al recordar el beso que habían

estado a punto de darse, lamentó tremendamente haberse echado atrás.

¿Quién era Brody McKenna? Por su forma de coquetear y los cumplidos que le dedicaba, era evidente que estaba interesado en ella; pero cada vez que iban demasiado lejos, rompía el hechizo y mantenía las distancias.

–Cuando estuve en...

Kate miró a Brody, que había dejado la frase sin terminar.

–¿Sí?

–Cuando estuve en el extranjero, me alojé en un pueblo pequeño durante varios días. Era un pequeño oasis entre montañas. Uno de los pocos lugares con árboles que vi en el país... El paisaje que se veía desde la ventana de mi casa era verdaderamente sublime. Durante la puesta de sol, el cielo se convertía en un espectáculo de colores.

–Suena bonito.

–Y lo era, aunque los días no resultaban tan agradables. –Brody se pasó una mano por el pelo–. Aquellas puestas de sol me devolvían la cordura. Me hacían pensar en las cosas bellas, las que verdaderamente importan.

–Es curioso que digas eso. Mi hermano me contaba historias parecidas de su vida en Afganis-tán Decía que, al final de cada día, intentaba encontrar algo hermoso y concentrarse en eso –comentó Kate.

–¿Y encontraba la paz que buscaba?

Ella asintió.

–Creo que sí.

Kate lo miró con detenimiento y pensó que Brody McKenna llevaba una carga muy pesada sobre los hombros.

No sabía qué era, pero sospechaba que estaba relacionado con algún acontecimiento de carácter trágico. Quizás pudiera ayudarlo o, por lo menos, darle un poco de consuelo y comprensión.

Se levantó y alcanzó la cajita de madera de cedro que estaba en una de las estanterías. Llevaba mucho tiempo cerrada, pero le pareció que había llegado el momento de abrirla de nuevo y de compartir su contenido.

Volvió al sofá y se sentó junto a Brody.

–Quiero enseñarte una cosa. No lo ha visto nadie... salvo mi abuela.

–¿Qué es?

Ella abrió la caja

–Estas son las medallas que le concedieron a Andrew después de su muerte. Esto, la bandera que pusieron sobre su féretro... –dijo, a medida que las sacaba y las dejaba en la mesita–. Y esto, el colgante con el trébol de cuatro hojas que llevaba al cuello. Estaba convencido de que le daría suerte.

Brody se estremeció. Lo recordaba muy bien.

Su mente volvió al pueblo de las montañas que había descrito unos momentos antes. Andrew estaba a su lado, jugueteando con el colgante. Los últimos rayos del sol le daban un tono dorado, y Brody se había interesado por el trébol de cuatro hojas.

–¿Te encuentras bien?

Brody miró a Kate con desconcierto.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque los ojos se te han llenado de lágrimas.

–Sí, bueno... Es que mi padre solía tener un trébol de cuatro hojas. Se lo guardaba en un bolsillo cada vez que iba a ver a un cliente nuevo. Creo que, cuando murió, se lo

quedó mi hermano Finn. Somos de familia irlandesa, ¿sabes? Y los irlandeses son muy supersticiosos.

Brody no fue sincero con Kate, pero tampoco mintió. La historia de su padre era cierta; de hecho, se la había contado a Andrew cuando él le habló de su colgante.

–A Andrew también le gustaban los tréboles. Cuando éramos niños, pasaba horas y horas buscando uno de cuatro hojas en el jardín... Nunca encontró ninguno, pero lo intentaba con todas sus fuerzas.

–Puede que no lo encontrara porque la suerte no es algo que se pueda buscar –observó él, muy serio.

–Sí, es posible. Y creo que ese es el motivo por el que no me atrevo a abrir otra tienda. Tengo miedo de que...

–¿De qué?

–Miedo de tener tan mala suerte como mi hermano.

–No te entiendo.

–Miedo de arriesgarme y de fracasar. De no conseguir lo que Andrew y yo queríamos. De traicionarlo, de traicionarme.

Él la tomó de la mano.

–Eres una mujer inteligente y con talento, Ka-te. Además, no estás sola; tienes un montón de gente que te quiere –le recordó con cariño–. Yo diría que esa descripción se parece bastante a la receta del éxito.

–Pero no lo asegura.

–No, claro que no. Sin embargo, estoy seguro de que te irá bien.

Ella sonrió con debilidad.

–Espero que tengas razón. Las cosas son tan difíciles que a veces me cuesta creer que haya una salida.

–Sé lo que quieres decir. A mí me pasa lo mismo.

Kate miró a Brody a los ojos.

–Te he enseñado estas cosas porque quiero que sepas que entiendo lo que se siente cuando te han arrancado algo importante –dijo–. No sé lo que te pasa, pero es obvio que llevas un peso terrible.

–Kate, yo...

–Quiero que te quedes con esto –ella alcanzó el colgante y se lo dio–. Quiero que sea tu amuleto de la suerte.

Brody miró el trébol con tristeza.

–No lo puedo aceptar, Kate.

–¿Por qué?

Brody miró las medallas y la bandera y supo que había llegado el momento de ser sincero. Kate merecía la verdad, por dolorosa que fuera. La merecía aunque eso implicara romper la promesa que le había hecho a Andrew.

Además, cabía la posibilidad de que su hermano se hubiera equivocado; tenía la impresión de que Kate Spencer era una mujer mucho más fuerte de lo que parecía.

Ya se disponía a contarle la historia cuando su teléfono móvil empezó a sonar. La interrupción no podía llegar en peor momento, pero no tenía más opción que dejar la conversación para otro día.

Brody tenía activado el desvío de llamadas para que no le molestaran con cosas sin importancia cuando estaba fuera de la consulta; pero tenía un número específico para las urgencias, el número que había sonado.

Tras una breve conversación, colgó el teléfono y dijo a Kate:
–Lo siento, me tengo que ir.
–¿Asuntos de trabajo?
Brody asintió.
–Sí, es un asunto urgente. Nos veremos mañana, ¿de acuerdo?
–Mañana no puedo. Mis abuelos y yo vamos a ir a Maine para visitar a mi madre. ¿Te viene bien el lunes?
–Por supuesto.
–En ese caso, te esperaré el lunes en la tienda. Y espero que lleves tu delantal rosa –dijo Kate con ironía.
Brody rio.
–Faltaría más... Creo que voy a crear tendencia entre mis compañeros de profesión. No me extrañaría que todos vistan de rosa este invierno.
Ella lo acompañó a la salida y le puso una ma-no en el brazo.
–Brody...
–¿Sí?
–Gracias por este día. Me has hecho reír y me has hecho olvidar. Ha sido maravilloso –dijo con una sonrisa–. Lo necesitaba. Lo necesitaba mucho.
Brody pensó que, en cierto sentido, estaba siguiendo las instrucciones de Andrew; se estaba asegurando de que su hermana fuera feliz y de que siguiera adelante con su vida.
Pero esa solo era una parte de la ecuación. Ahora faltaba otra, quizás más difícil: ser sincero y decirle la verdad.
Kate Spencer le gustaba mucho. Ardía en deseos de que fuera suya; quería tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido. Pero no podía dar ese paso sin aclarar las cosas antes, y no sabía cual sería su reacción.
¿Estaba preparada para saber la verdad?
Su teléfono sonó otra vez, recordándole que era médico y que sus pacientes eran lo más importante. Incluso más importantes que sus propios deseos y necesidades. Y eso también era válido en lo tocante a Andrew y Kate Spencer.

Capítulo 8

Por el cartel de la entrada y los deliciosos aromas que surgían del interior, el Morning Glory Diner prometía comida casera y de calidad.

Kate entró, eligió una mesa junto a la ventana y se sentó.

Una rubia sonriente se acercó a ella.

Kate supo quién era porque llevaba su nombre en una plaquita; pero si no la hubiera llevado, lo habría sabido de todas formas. Parecía tener la personalidad alegre y fuerte que, por lo que había visto en Brody, le gustaba a los hermanos McKenna.

–Bienvenida al Morning Glory –dijo Stace–. ¿Qué quieres tomar?

–Un café, por favor –contestó Kate–, aunque en realidad, he venido a hablar contigo –admitió con una sonrisa.

–¿Conmigo?

Kate le ofreció la mano, que Stace estrechó.

–Soy Kate Spencer, la repostera que va a preparar tu tarta de boda.

Stace sonrió de nuevo.

–Ah, Kate... Encantada de conocerte. Brody y su abuela nos han hablado mucho de ti. Mary afirma que preparas unos bombones maravillosos.

–Gracias.

Kate se sintió halagada al saber que Brody les había hablado de ella, pero se dijo que eso no significaba nada; al fin y al cabo, le habían encargado la preparación de la tarta.

Además, no se quería hacer ilusiones con él. Por la conversación del sábado, sabía que estaba preocupado por algo importante, algo que no le quería decir.

De hecho, se había ido sin llevarse el trébol de cuatro hojas de Andrew.

–Tengo que atender a un par de clientes, pero estaré contigo enseguida. –Stace lanzó una mirada al reloj de pared–. Y, conociendo a mi prometido, sospecho que entrará dentro de treinta segundos por esa puerta, así que también tendrás ocasión de conocerlo.

–Excelente.

Segundos después, la puerta se abrió y dio paso a un hombre que parecía una versión joven de Bro-dy.

En cuanto vio a Stace, caminó hacia ella, cerró los brazos alrededor de su cuerpo y le dio un beso. Stace se ruborizó un poco y le dijo algo mientras señalaba la mesa de Kate.

Riley cruzó la sala con una sonrisa en los labios. Se sentó en la silla de enfrente y le estrechó la mano antes de hablar.

–Hola. Soy Riley McKenna, el más pequeño de los hermanos McKenna... y el más guapo. Cuando veas a Brody, dile que he dicho eso.

Kate rio.

–Me alegro de conocerte.

–Lo mismo digo, Kate Spencer. La famosa propietaria de la Nora’s Sweet Shop...

–Bueno, dudo que sea tan famosa.

Riley hizo caso omiso de su comentario.

–Así que tú eres la mujer que está volviendo loco a mi hermano... Últimamente, está de lo más distraído.

Kate se preguntó si estaba hablando en serio, pero no tenía forma de saberlo.

–Brody y yo solo trabajamos juntos. Me está echando una mano temporalmente, porque mi ayudante se encuentra fuera de la ciudad.

–Pues es obvio que para Brody es algo más que calcular cantidades de harina y preparar masas de tartas. Habla de ti constantemente... –Riley se inclinó hacia delante y adoptó un tono de confidencia–. Le has causado una fuerte impresión. Aunque esta vez, si le dices que yo he dicho eso, lo negaré.

–Brody y yo no estamos saliendo –se defendió ella–. Ni siquiera estoy segura de que yo le interese en ese sentido.

Kate fue sincera con Riley. A pesar del día que habían pasado juntos, Brody mantenía una actitud dudosa con ella; tan pronto le abría su corazón y daba un paso adelante como se cerraba en banda y daba uno hacia atrás.

Las señales que le enviaba eran tan confusas que, a decir verdad, no estaba en el Morning Glo-ry para obtener más información sobre la tarta para la boda, sino sobre el enigmático Brody Mc-Kenna.

–¿Ah, no? Dime una cosa: ¿mi hermano va a tu tienda casi todos los días?

–Sí, pero...

–¿Y tiene detalles como abrirte las puertas?

–Sí, pero...

–¿Y busca excusas para verte?

–Sí, supongo que sí, pero...

–Entonces, es que le interesas. Créeme, Brody no pierde el tiempo con las cosas que no le importan. Si está contigo con frecuencia, es porque le gustas de verdad. De lo contrario, no sacaría tu nombre a colación cada vez que habla con alguien.

Stace apareció en ese momento con su taza de café y se sentó junto a Riley.

–¿Estáis hablando de Brody?

–Sí, sobre Brody y sobre el hecho aparentemente incontestable de que ha descubierto el secreto de la felicidad.

–¿Y qué secreto es ese? –preguntó Stace.

–Una mujer, por supuesto.

–En eso estoy de acuerdo contigo. –Stace sonrió y se giró hacia Kate–. Riley fue tan difícil como Brody. Se empeñaba en fingir que yo no le interesaba y, mientras tanto, se dedicaba a babear a mis espaldas.

Riley se fingió ofendido.

–Eso no es cierto. Lo que dices es válido para Finn, pero no para mí.

Kate soltó una carcajada.

–Ah, sí... Brody me ha hablado de tu hermano mayor.

–Fue el primero en enamorarse, y añado que nos llevamos una buena sorpresa cuando supimos que se iba a casar. Nos metió un gol por la escuadra, pero este fin de semana voy a empatar el partido. Y sinceramente, lo estoy deseando.

Stace sonrió a su prometido.

–Y yo.

Kate abrió el bolso y sacó una libreta.

–Ya que estáis aquí, os quería hacer unas preguntas sobre la tarta. Brody me ha dado bastante información, pero...

–No es muy bueno con los detalles, ¿verdad? –la interrumpió Stace–. Sin embargo, estoy segura de que sus indicaciones serán suficientes. Soy la persona menos caprichosa que hayas conocido. Solo espero que la tarta sea bonita y que esté buena.

–Porque lo importante es que te casas conmigo... –dijo Riley.
–No, porque todas las tartas me gustan.
–Oh, vamos...
Stace volvió a sonreír.
–Bueno, por eso y porque me caso contigo –afirmó.
Riley se pasó una mano por la frente.
–Qué alivio... Por un momento, he pensado que solo te quieres casar conmigo para atiborrarte de tarta.
–En cierto modo, es verdad. Salvo por el hecho de que la tarta eres tú.
Kate miró a la pareja con envidia. ¿Encontraría alguna vez a un hombre que la quisiera tanto co-mo Riley a Stace?
–No sé si mi trabajo como repostera está a la altura de uno de los hermanos McKenna –observó con humor.
–Seguro que lo estará. Mary no dejó de hablar de tus bombones durante la reunión familiar –di-jo Stace.
–Una reunión familiar a la que Brody no asistió –le recordó Riley–. Según parece, estaba muy ocupado contigo, Kate.
–Lo siento. De haber sabido que había quedado antes...
Riley alzó una mano.
–No te disculpes, no tiene importancia. De hecho, todos nos alegramos de que esté trabajando contigo. Le está haciendo bien.
Stace asintió y miró a Kate con seriedad.
–Ten paciencia con él. Lo está pasando bastante mal.
Kate sacudió la cabeza.
–Sí, Brody me contó lo de la muerte de vuestros padres, Riley. Lo siento mucho.
–Gracias, pero el estado actual de Brody no tiene nada que ver con eso.
–¿Ah, no?
–No. Acaba de sufrir una experiencia... traumática.
Kate habría dado cualquier cosa por saber más al respecto, pero no quiso preguntar. Fuera lo que fuera, debía ser él quien se lo dijera.
–Me comentó que estaba trabajando conmigo porque le ayuda a sentirse mejor. Me alegra que la repostería tenga un efecto terapéutico para él.
Riley sonrió con sorna.
–¿La repostería? ¡Brody odia cocinar! Cada vez que alguien abre un horno, sale corriendo en dirección contraria.
Kate se quedó perpleja.
–Entonces, ¿por qué se ofreció a ayudarme?
Riley y Stace se miraron y Kate supo en ese momento que le estaban ocultando algo importante.
–Eso se lo tendrás que preguntar a él –respondió Riley–. Yo solo te puedo decir que si Brody está haciendo una de las cosas que más odia en este mundo, es porque tendrá una razón de peso para ello.
–¿Además de vuestra boda?
Riley lo pensó un segundo y contestó:
–Brody no se ha encargado de ese asunto por nuestra boda, sino porque...
–Riley... –le advirtió Stace.
–Bueno, digamos que mi hermano es un buen hombre. Solo pretende hacer lo

correcto, Kate –continuó Riley–. Recuérdalo cuando llegue el momento... y por favor, concédele al menos el beneficio de la duda.

Era jueves por la tarde y Brody estaba sentado en su despacho, entre un montón de trabajo que no le apetecía hacer.

El sábado anterior había estado a punto de decirle a Kate Spencer la verdad; pero, en el último momento, sonó su teléfono móvil y lo utilizó como excusa para huir.

De hecho, se había buscado más excusas desde entonces para no tener que ir a la Nora's Sweet Shop.

Era perfectamente consciente de lo que le pasaba. Kate le gustaba mucho. Y sabía que, si quería tener un futuro con ella, tendría que empezar por ser sincero.

Sin embargo, le preocupaba que Kate se sintiera peor cuando le contara la historia.

Si hubiera sido por él, se lo habría dicho sin dudarlo. Le parecía una mujer más fuerte de lo que el difunto Andrew había creído. Pero ¿estaba en lo cierto? Andrew había estado con ella toda su vida; él, solo un par de semanas.

Aún lo estaba pensando cuando Helen Maguire llamó a la puerta y entró.

–Me voy a marchar. ¿Necesitas algo?

–No, gracias.

La enfermera había sido un ejemplo de eficacia a lo largo de la semana y había conseguido que Brody se mantuviera concentrado en el trabajo, a pesar de su desacostumbrada falta de atención.

Helen se lo había recriminado un par de veces, y él se había defendido con la excusa de que estaba cansado; una excusa poco creíble, teniendo en cuenta que solo había trabajado la mitad de los días.

Helen se quedó unos segundos en la entrada. Después, avanzó hacia la mesa y dijo:

–He notado que últimamente estás distraído. ¿Te puedo dar un consejo? Es el mismo que me dio Watkins en cierta ocasión.

Brody miró a Helen, que parecía preocupada. Llevaba mucho tiempo con él y lo conocía mejor que la mayoría de las personas. Quizás pudiera decirle algo que le fuera de utilidad para retomar el control de sus emociones.

–Por supuesto.

Helen se sentó en el sillón que estaba al otro lado de la mesa.

–¿Te he hablado alguna vez de mi hija?

–Alguna vez; pero solo sé que está casada y que te ha dado tres nietos que tú mimas demasiado –respondió con humor.

Helen sonrió.

–Sí, me ha dado tres nietos... Y a veces me parece increíble, porque me tuvo muy preocupada durante un tiempo. Estaba completamente perdida.

Brody se quedó extrañado. Cuando hablaba de su familia, Helen no mencionaba nunca los problemas; hasta ese momento, solo había compartido con él las buenas noticias.

–¿Qué pasó?

–Fue antes de que llegaras, cuando el doctor Watkins seguía en la consulta. Yo era madre soltera, y estaba tan ocupada que descuidé a Sharon, mi hija... Sin embargo, las cosas fueron bien hasta que llegó a la adolescencia. Entonces, se juntó con personas poco recomendables y se volvió adicta al crack.

Helen sacudió la cabeza y siguió hablando.

–Pensé que la iba a perder. Hice todo lo que estaba en mi mano, pero no servía de nada. Cada vez estaba peor.

–Lo siento mucho, Helen.

–Yo estaba tan confundida... Soy enfermera; se supone que sé cuidar de la gente. Pero me empeñaba en ponerle vendas, como si su problema fuera un corte superficial y solo sangrara un poco. Pero era una hemorragia.

–¿Y qué hiciste?

–Un día, llegué llorando a la consulta. Hablé con el doctor Watkins y le dije que tenía que dejar el trabajo para cuidar de mi pequeña; que me necesitaba y no podía seguir con él –respondió–. ¿Sabes lo que me dijo?

Brody sacudió la cabeza.

–No.

–Dijo que dejar el trabajo era lo peor que podía hacer... Bueno, no lo dijo con esas palabras; fue bastante más contundente al respecto. Ya sabes que era un hombre muy... directo, por así decirlo.

Brody rio.

–Sí, lo sé.

Helen cruzó las manos sobre el regazo y bajó la mirada.

–Me dio el número de teléfono de un centro de rehabilitación. Me dijo que la dejara allí y que me marchara. Y seguí su consejo, pero no sabes cuánto me costó. Sharon lloró, gritó y me dijo todo tipo de cosas terribles. –Los ojos de la enfermera se llenaron de lágrimas–. Fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida, pero también fue lo correcto.

–¿Se desintoxicó?

–Sí. Tres meses después, estaba limpia –dijo–. Nos mudamos a Brookline, consiguió un trabajo en una tienda y, al cabo de un año, conoció al hombre con el que se casó.

–Me alegro de que terminara bien. Aunque debió de ser muy difícil para ti.

–Lo fue, pero esa no es la cuestión. Yo me torturaba a mí misma porque no encontraba la forma de ayudar a mi hija. Tardé mucho en comprender que hay cosas que no están en nuestra mano... yo no la podía ayudar si ella no se quería ayudar a sí misma. El hecho de que yo sea una profesional de la medina no implica que tenga una cura para todo. A veces, hay que apartarse de las cosas y dejar que sigan su curso.

–Lo sé, Helen. Y lo intento.

–No, no lo intentas. Te vi la cara cuando volviste de Afganistán. No sé lo que te pasó, pero sé que te culpas por ello. Y, aunque no puedo hablar con conocimiento de causa, he estado en una situación parecida y sé que el sentimiento de culpa no sirve de nada en esos casos. Eres médico, Brody; pero hay cosas que no están en tu mano.

Helen se levantó, se alisó un poco la chaqueta y añadió:

–No soy quién para decirte lo que tienes que hacer. Me he limitado a ofrecerte una solución que a mí me funcionó.

La enfermera sonrió y dejó a Brody a solas.

Momentos más tarde, él se levantó y se acercó a la ventana. El reloj marcaba las cinco de la tarde y las calles de Newton se empezaban a llenar de personas que salían del trabajo y que se dirigían a sus casas, con sus familias.

Pensó en la experiencia de Helen con Sharon y en lo cerca que había estado la enfermera de perder a su única hija. A continuación, sacó el papel que llevaba en el bolsillo, lo leyó por enésima vez y se lo volvió a guardar.

Había llegado el momento de hablar con Kate y contarle toda la historia. Pasara lo que pasara después.

Capítulo 9

Kate se estaba matando a trabajar, pero no lograba sacarse a Brody de la cabeza ni olvidar lo que Stace y Riley le habían dicho.

Brody McKenna le gustaba demasiado. Se encerraba en sí mismo; pero, de vez en cuando se abría un poco y le enseñaba un interior luminoso y alegre. Como el día en la residencia de ancianos, cuando se pusieron a bailar. O como el día en que se puso el delantal rosa con toda tranquilidad.

Pero estaba muy confundida. No sabía si arriesgarse y dejarse llevar por el amor que empezaba a crecer entre ellos o dar un paso atrás para no correr el peligro de quemarse en el intento. Tenía miedo de acabar como su madre: cansada de dar y dar sin recibir nada a cambio.

Además, su conversación con Stace y Riley no había sido precisamente tranquilizadora. Ya no tenía ninguna duda al respecto: Brody le estaba ocultando algo.

–Parece que estás distraída...

Kate se sobresaltó al oír la voz de su abuela.

–¿Cómo?

Su abuela señaló el baño que acababa de aplicar en una tarta.

–En lugar de darle un tono rosa, le has dado un tono granate –observó.

–Oh, no... –dijo Kate, apesadumbrada–. Sí, supongo que estoy un poco distraída.

–Y sospecho que conozco el motivo.

Nora se acercó para ayudarla a quitar el baño de la tarta, pero Kate se resistió.

–No necesito que me ayudes.

–Por supuesto que lo necesitas. Venga, deja que te eche una mano.

Kate suspiró. Conocía a su abuela y sabía que no daría su brazo a torcer.

–Está bien, pero solo si me prometes que te lo tomarás con calma y que estarás sentada en todo momento. ¿Te puedes encargar de las tartaletas que están en la encimera?

Nora rio.

–Hablas como si tú fueras la abuela y yo, la nieta.

Kate le acercó un taburete para que se sentara.

–Solo me preocupo por ti –se defendió–. Pero gracias por ayudarme.

–No hay de qué. Ya sabes que este sitio me gusta tanto como a ti...

–Sí, lo sé –dijo Kate con una sonrisa–. Por cierto, el otro día fui a ver el local del que te había hablado.

–¿Ah, sí? ¿Y qué te pareció?

–Perfecto. Está en una placita preciosa de Wey-mouth, enfrente de un cine antiguo. En las cercanías hay una floristería, una cafetería y hasta un hospital.

–Suena bien... ¿Lo has alquilado?

–No, todavía no.

–¿Y a qué esperas?

Kate se encogió de hombros.

–No lo sé, la verdad. ¿A que aparezca un gran cartel en el cielo que me diga lo que tengo que hacer?

Nora rio.

–Esas cosas no pasan. Si pasaran, todo sería más fácil.
–Desde luego.
Nora le puso una mano en el hombro.
–No te preocupes, encontrarás la respuesta. Pero, hasta entonces, te recuerdo que esta noche es la gran noche. ¿Estás preparada?
Kate miró el vestido y los zapatos de tacón alto que se acababa de poner.
–Tan preparada como lo puedo estar. Mientras me atenga a mi trabajo, todo saldrá bien –contestó–. Sin embargo, llevo pañuelos en el bolso, por si acaso.
Su abuela le dio un abrazo breve.
–Siempre has sido una chica práctica. Estoy muy orgullosa de ti.
La campanilla de la puerta sonó en ese momento. Kate se dio la vuelta y, un segundo después, oyó la voz de Brody.
–¿Kate?
Nora sonrió a su nieta.
–Parece que el motivo de tu distracción acaba de llegar.
–Mi distracción no tenía nada que ver con él –mintió Kate–. Nada en absoluto.
–Ya.
Brody McKenna apareció en la cocina. Lle-vaba un traje oscuro y una corbata, y estaba más atractivo que nunca.
–Hola, Kate.
–Hola...
Brody hizo ademán de quitarse la chaqueta. Al echar los brazos hacia atrás, su pecho y sus hombros se volvieron tan anchos que Kate se preguntó cómo estaría sin ropa. Hasta entonces, lo había visto con camiseta, camisas y traje; pero nunca desnudo.
–No hace falta que te la quites –se apresuró a decir–. Había olvidado que esta noche tengo que entregar un pedido. Si me echas una mano, tendrás cena gratis.
–¿Cena gratis? –preguntó él, sonriendo de forma encantadora–. En ese caso, ¿cómo me voy a negar?
A Kate se le hizo un nudo en la garganta. La sonrisa de Brody la volvía loca. La sonrisa, los ojos y todo lo demás.
–Hola, Nora. ¿Qué tal estás?
–Muy bien. Me alegro de verte.
–Lo mismo digo...
–Bueno, será mejor que me vaya. Le prometí al abuelo de Kate que llegaría a tiempo para la cena. –Nora alcanzó su abrigo y se lo puso–. Os las arreglaréis sin mí, ¿verdad?
–Por supuesto, abuela –contestó Kate.
–Ah, casi lo olvidaba... ¿Te gustaría cenar en mi casa la semana que viene, Brody?
–Será un placer.
–En ese caso, te esperamos el miércoles a las seis de la tarde. Kate conoce la dirección... Qui-zás te pueda llevar.
Kate lanzó una mirada irónica a su abuela. Sabía lo que estaba haciendo. Se había empeñado en emparejarla con Brody y, si no lo llevaba ella en su coche, era capaz de pasar a recogerlo por su cuenta.
En eso se parecía a Andrew; su hermano también había hecho todo lo posible para que encontrara al hombre adecuado.
–¿Quieres que lleve algo? ¿Vino? ¿Postre?

–Eres un encanto, Brody; pero no, no hace falta que lleves nada. Salvo a ti mismo, por supuesto –bromeó.

Nora sonrió una vez más a su nieta y se fue.

Cuando se quedaron a solas, Kate deseó que el suelo se abriera bajo sus pies y se la tragara. O que un cliente apareciera en la tienda y la salvara del tenso silencio. Pero ni la tierra se abrió ni apareció un cliente.

Bien al contrario, el aire se fue cargando de una tensión sexual que se le hizo insoportable. Desea-ba acariciar el duro pecho de Brody y, sobre todo, deseaba acercarse a él y asaltar su boca.

De hecho, le extrañaba que Brody no hubiera tomado la iniciativa. No parecía un hombre tímido. Y estaba segura de que la deseaba tanto como ella a él.

¿Por qué mantenía las distancias? ¿Qué le pasaba?

Trabajaron juntos durante varios minutos, intercambiando comentarios intranscendentes sobre sus respectivas ocupaciones. La situación se volvió extrañamente doméstica, como si fueran pareja y llevaran mucho tiempo juntos. Pero eso solo sirvió para aumentar la incomodidad de Kate. Se sentía bien cuando estaba a su lado. Quizás, demasiado bien.

Por fin, Kate metió la última de las tartaletas en una cajita y se la dio a Brody para que las pusiera con las demás.

–Bueno, esa era la última...

–Otro trabajo terminado.

–Sí.

Kate pensó que Joanne volvería al trabajo el sábado siguiente, y que sus tardes con Brody llegarían a su fin.

–Siento que mi abuela te haya metido en ese lío de ir a cenar a su casa. Sobra decir que, si no te apetece, no estás obligado a ir.

–Al contrario. He sido sincero al decir que sería un placer –replicó Brody–. No sé qué les pasa a las abuelas, pero se sienten obligadas a ejercer de celestinas... Mary hace lo mismo conmigo. De hecho, me ha pedido que te lleve a nuestra próxima comida familiar. Será el domingo que viene o el siguiente. Su casa está cerca, a pocas manzanas de aquí.

Kate rio.

–Mary y Nora están decididas a emparejarnos.

–Lo de mi abuela es por culpa de Riley. Le habló de lo simpática que eras y ella sacó sus propias conclusiones.

–Sí, Nora es igual.

Kate soltó una risita nerviosa y se echó el pelo hacia atrás.

Pero, al darse cuenta de que estaba coqueteando con él, se maldijo para sus adentros. ¿Qué le estaba pasando? Se comportaba como una adolescente encaprichada.

Y ni siquiera estaba segura de que Brody sintiera lo mismo que ella.

En su nerviosismo, se dio la vuelta con demasiada rapidez y dio un golpe a un cuenco lleno de colorante, que saltó por los aires y manchó la camisa y la corbata de Brody.

–¡Oh, no! Lo siento...

Brody se quitó la chaqueta.

–No te preocupes. Me he manchado con cosas peores.

Kate se quedó mirando a Brody con horror.

–Bueno... supongo que te puedo prestar una camiseta. Si no te importa que lleve el logotipo de la tienda, claro.

–Mejor una camiseta con el logotipo de una pastelería que una camisa con la pastelería encima –dijo él, irónico.

Kate salió de la cocina, abrió el armario donde guardaba las camisetas, buscó una de la talla de Brody y regresó al instante.

–Al menos, no es rosa como los delantales –di-jo–. Es marrón.

–Gracias...

–De nada.

Kate estaba tan deseosa de que se quitara la camisa delante de ella que se quedó inmóvil, esperando.

Brody avanzó y se detuvo tan cerca que Kate podía sentir el calor de su cuerpo.

–¿No me la vas a dar?

–¿Qué quieres que te dé? –dijo ella, desconcertada.

–La camiseta, por supuesto.

–Ah... Sí, sí. Disculpa. Es que me había distraído.

–¿Distraído? ¿Con qué?

–Contigo –admitió–. Me distraes mucho, Bro-dy McKenna.

–Pues no es mi intención. –Brody alzó una mano y le acarició la mejilla–. No dejo de repetirme que debo mantener las distancias; pero, cada vez que salgo de tu tienda, no hago otra cosa que pensar en ti. Y cuando estoy a tu lado, no hago otra cosa que pensar en...

–¿Sí?

–Que pensar en besarte.

Ella tragó saliva y dijo:

–Entonces, ¿por qué...?

–¿Por qué...?

–¿Por qué no me besas?

Brody sonrió.

–Buena pregunta. Puede que haya llegado el momento de solventar ese problema.

–Yo también lo creo.

–¿Quieres que te bese, Kate?

–Sí –respondió–. Sí, quiero.

–Magnífico.

Brody se inclinó sobre ella. Kate clavó la mirada en sus ojos azules y esperó, ansiosa por sentir el contacto de sus labios.

–Oh, Kate...

Fue una experiencia intensa, apasionada, como una tormenta de primavera. Brody la apretó contra su pecho y le pasó las manos por el pelo mientras ella se arqueaba contra él y se dedicaba a acariciar las duras superficies con las que tanto había soñado.

Kate no podía pensar. No podía respirar. No se podía mover. El deseo la había tomado al asalto y, durante unos instantes, ni siquiera supo dónde se encontraba.

Solo sabía que Brody la estaba besando y que era el beso más exquisito que le habían dado nunca.

Pero necesitaba más; mucho más.

De repente, él rompió el contacto, se maldijo en voz alta y se alejó hacia la ventana.

–Lo siento, Kate. No debería haber hecho eso. No estaba pensando con claridad.

Ella le puso una mano en el hombro.

–No pasa nada, Brody. Yo lo deseaba tanto co-mo tú.

–Lo sé, pero... Antes de seguir adelante, tengo que hablar contigo.

Kate miró la hora y se dio cuenta de que se había hecho muy tarde.

–¿No lo podemos dejar para después? Había perdido el sentido del tiempo, pero tengo que llevar ese pedido cuanto antes.

–Sí, claro que lo podemos dejar para después –dijo Brody con un suspiro de decepción–. Pero no puede esperar mucho.

Él se quitó la camisa y se puso la camiseta ma-rrón.

–Suena serio... Espero que no sea un diagnóstico terrible sobre mi estado, doctor McKenna –bromeó Kate.

Él sacudió la cabeza.

–No, no es ningún diagnóstico. Solo algo que tendría que haberte contado hace tiempo.

Kate alcanzó las cajitas con las tartaletas. Sentía una inmensa curiosidad, pero hizo un esfuerzo y se refrenó. El trabajo era lo primero y, además, Brody ya le había dicho que se lo diría después.

–Entonces, será mejor que nos marchemos. No quiero llegar tarde.

–¿Te importa que pasemos antes por mi consulta? Siempre guardo una camisa limpia y una corbata para casos como este.

Brody la ayudó a llevar las cajitas a la furgoneta. Después, arrancaron y se dirigieron a la consulta. Kate esperó en el vehículo mientras él entraba a cambiarse de ropa. Cuando Brody volvió, la miró y dijo:

–Por cierto, estás preciosa.

Ella se pasó una mano por la tela negra del vestido.

–Gracias. Es una ocasión muy especial.

–¿Especial para la Nora’s Sweet Shop?

–Sí, se podría decir que sí. Pero, sobre todo, es especial para mí.

–Parece importante...

–Lo es. Es una forma de dar las gracias a ciertas personas que estuvieron a mi lado cuando más lo necesitaba –replicó Kate–. Una forma de mostrar mi agradecimiento a las tropas, por así decirlo.

Brody se puso tenso de repente, y ella lo notó.

–¿Te ocurre algo?

Él giró la cabeza hacia la ventanilla y, durante unos instantes, se dedicó a mirar las calles de New-ton sin decir nada.

Por fin, rompió el silencio y dijo:

–Sí y no.

–¿Sí y no? –preguntó ella, extrañada–. ¿Quie-res que hablemos de ello?

Brody suspiró.

–Hay algo que me persigue desde hace tiempo; algo de lo que debería hablar, pero... es más difícil de lo que imaginaba.

Brody hizo una pausa. Kate esperó.

–Tuve una experiencia muy dura durante mi último viaje al extranjero. Perdí a un paciente, y no lo puedo olvidar.

–Oh, Brody...

–Le hice una promesa a ese paciente, una que no estoy seguro de poder cumplir. Él no quería que contara lo que le había sucedido; solo deseaba que animara a una persona a seguir adelante, sin aferrarse al pasado. Pero ya no estoy seguro de que eso sea lo correcto... ¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

Kate lo pensó durante unos instantes.

–No lo sé. Sabes que me encuentro en una situación similar. Estoy empezando a salir del infierno en el que vivía, y no querría saber más de lo que le pasó a mi hermano... Esa información me podría arrastrar otra vez a la desesperación.

–Entonces, ¿crees que es mejor no saber?

–En este momento y en lo que a mí respecta, sí. Todavía no estoy preparada para saber más. Pero quién sabe, puede que más adelante...

–Gracias por el consejo. Lo recordaré.

Brody se giró otra vez hacia la ventanilla y se dedicó a admirar la ciudad. El sol se empezaba poner, proyectando una luz de color intensamente dorado sobre las verdes aguas del puerto de Boston.

–La ciudad es maravillosa, ¿verdad? –dijo Ka-te–. Todos los inviernos, me prometo que me mudaré a vivir a Florida o a Hawái, a cualquier sitio donde no nieve. Pero Boston tiene algo mágico, algo que me enamora. Mi corazón está aquí.

–A mí me pasa lo mismo. He viajado por todo el país y he visto mucho mundo, pero sigo enamorado de Boston. Simplemente, me encanta. A pesar de sus defectos, empezando por el tráfico.

Ella rio.

–Sí, el tráfico es insoportable. Pero a mis abuelos no les importa.

–¿Ah, no?

–No. Dicen que les da más tiempo para pensar. Son un par de románticos.

–Tienen suerte de quererse tanto... Mis abuelos se parecían a los tuyos en ese sentido. En cambio, mis padres eran otra cosa; discutían todo el tiempo. Eran absolutamente distintos, aunque no podían vivir el uno sin el otro.

–Hay relaciones explosivas que funcionan...

Kate pensó que con sus padres no había funcionado; eran demasiado distintos como para que la atracción sexual supusiera un factor de equilibrio. Pero, al pensar en las relaciones explosivas, sus pensamientos volvieron a Brody y a lo que sentía por él cada vez que le dedicaba una sonrisa, cada vez que la tocaba, cada vez que la besaba.

Era una fiesta de fuegos artificiales, de cohetes que se dirigían directamente a su corazón y estallaban. Pero se recordó que el sexo no era una base suficiente para mantener una relación a largo plazo.

–¿Eso es lo que estás buscando? –preguntó Bro-dy–. ¿Una vida de emociones intensas y de felicidad, aunque sea en mitad de un atasco permanente?

Ella suspiró.

–No, hace tiempo que he renunciado a ese sueño... Mis padres se parecían a los tuyos; eran todo pasión, pero sin sustancia. La ruptura de su matrimonio me hizo perder la fe en encontrar al hombre correcto.

–¿Y cómo sería el hombre correcto?

Kate le lanzó una sonrisa.

–¿Por qué lo preguntas? ¿Es que te ofreces pa-ra el puesto?

–No puedo presentar una instancia si no sé lo que esperas –respondió con humor–. Podría ser malo para ti.

–Sí, es posible.

–¿Entonces?

–Bueno, supongo que el carácter de mi hermano es mi ideal. Un hombre inteligente, divertido, apasionado, generoso y, sobre todo, profundamente leal con los suyos. Siempre

estaba dispuesto a ayudar y a escuchar, sin esperar nada a cambio.

–Parece el hombre perfecto.

Ella rio.

–Créeme, estaba lejos de ser perfecto. Recuer-do una ocasión, cuando éramos niños... nos estábamos peleando por un juguete, y me dio una bofetada. El ojo se me puso morado, y él se preocupó tanto que me llevó con mi abuela y estuvo conmigo durante varias horas, cambiándome la bolsita de hielo y cuidando de mí como si fuera mi madre. Se sintió culpable durante años y, como buena hermana, yo me dediqué a hurgar en la herida.

Brody también rio.

–Sí, te comprendo. Riley y yo hemos hecho lo mismo con Finn en alguna ocasión. Abusamos de su sentimiento de culpabilidad.

–Ah, sí, Riley... He tenido ocasión de conocerlo, y sospecho que debía de ser un niño muy travieso.

–Lo sigue siendo.

–¿Y Finn? ¿Cómo es?

–Lo contrario a Riley. Un arquitecto extraordinariamente organizado y rígido, aunque su relación con Ellie lo ha cambiado para bien –respondió Brody–. Bueno, supongo que todos estamos cambiando... el propio Riley se ha vuelto más tranquilo. Ahora da clases en la Academia Wil-mont.

–Y tú, entre tanto, te dedicas a ir por el mundo ayudando a los más necesitados. Tu familia debe de estar muy orgullosa de ti.

–Sí, a veces creo que lo está; pero otras...

Brody dejó la frase sin terminar y Kate prefirió no insistir. Como en otras ocasiones, él acababa de levantar un muro alrededor de su corazón. Y ella pensó que no necesitaba a un hombre que hacía ese tipo de cosas.

Lo que ellos tenían no era una relación, sino un acuerdo profesional. Él la ayudaba en el negocio y, a cambio, ella preparaba la tarta para la boda de Stace y Riley. Con pasión o sin ella, no quería estar con un hombre que se encerraba en sí mismo y la expulsaba.

Pero, si eso era cierto, ¿por qué le importaban sus problemas? ¿Por qué insistía en saber más?

La respuesta era evidente. Insistía porque sabía que Brody era una buena persona y que, en el fondo, merecía la pena.

–¿Y cuál es tu ideal de la mujer perfecta? –preguntó Kate–. ¿Una doctora de bata blanca y guantes de látex?

–No, por Dios, me volvería loco –respondió entre risas–. No sé, supongo que me gustan las mujeres... naturales.

–¿Naturales? ¿Te refieres a mujeres sin maquillaje, en camiseta y con zapatillas deportivas? –ironizó ella.

–Me refiero a las mujeres que son lo que son y no intentan ser otra cosa. Me disgusta la gente que siente de un modo y actúa del contrario. Odio los secretos y las sorpresas.

–Yo también. Lo que más me molesta en la gente es la falta de sinceridad. No soporto que me mientan –Kate giró a la derecha y tomó la rampa del aparcamiento de un hotel–. Y hablando de sinceridad, estás a punto de ver un sitio donde la gente es fiel a su palabra y a las personas a las que quieren.

Brody guardó silencio mientras descargaban las cajas, las ponían en un carrito y las llevaban al ascensor. Una vez dentro, Kate pulsó el botón del tercer piso. Momentos

después, se encontraron en una sala vacía.

Uno de los empleados del hotel se acercó a ellos y les pidió que dejaran las tartaletas al fondo, en la mesa que habían preparado. Kate y Brody siguieron sus indicaciones y se pusieron manos a la obra.

Mientras servían los postres en platos, ella di-jo:

–Será mejor que nos demos prisa. Los invitados empezarán a llegar en cualquier momento.

Brody miró las tartaletas con humor.

–¿Por qué las has decorado con tonos rojos, blancos y azules? Son los colores de la bandera de Estados Unidos.

–Precisamente.

Kate suspiró y pensó que la noche iba a ser difícil para ella; pero también pensó que merecía la pena.

–Mira, ya están llegando...

Brody se dio la vuelta y vio, para su sorpresa, que la sala se estaba empezando a llenar de militares.

–¿Soldados? –preguntó, atónito.

–Son miembros de la unidad de Andrew y de otras unidades de Massachussets que han vuelto a Estados Unidos hace poco. Al principio, se suponía que esto iba a ser una fiesta para los oficiales retirados que viven en la zona; pero un general cambió de idea y decidió dedicársela a las tropas –explicó Kate con expresión sombría–. Me encargaron los postres a mí porque saben que mi hermano...

A Kate se le quebró la voz, pero hizo un esfuerzo y mantuvo el aplomo. No quería llorar. No esa noche.

–¿Has dicho que hay miembros de la unidad de Andrew?

A Brody se le había hecho un nudo en la garganta.

–Sí. Te presentaré a algunos.

Brody se sintió atrapado. Kate le acababa de confesar que no soportaba la falta de sinceridad, y él le había estado guardando un secreto terrible desde el principio. Le había mentido. Lo había hecho por atenerse a los deseos de Andrew, pero ya no estaba seguro de haber hecho lo correcto. A fin de cuentas, ¿cómo podía esperar que superara el pasado y siguiera adelante si él le negaba la clave de ese mismo pasado?

Hasta entonces, había estado convencido de que debía cumplir la promesa que le había hecho a Andrew. Pero la mujer que estaba a su lado no era de cristal; era fuerte como un roble, y había llegado el momento de ser sincero con ella. Además, él estaría a su lado. Se aseguraría de que las cosas le fueran bien.

La sala ya estaba llena cuando el general que había organizado el acto se dirigió a los presentes con un discurso breve. Al terminar, dio las gracias a los pequeños comerciantes que habían colaborado con su trabajo y sus productos y dijo:

–Me gustaría presentarles a la señorita Kate Spencer, dueña de la Nora’s Sweet Shop. El mes pasado, perdió a su hermano en Afganistán. Fue un accidente trágico; se produjo cuando Andrew y algunos miembros de su unidad acompañaban a un equipo de médicos. Acércate un momento, Kate.

Kate dudó.

–No sé si estoy preparada para esto –dijo a Bro-dy en voz baja–. ¿Me acompañas? Al, menos hasta el escenario...

–Por supuesto.

Él la tomó de la mano y la acompañó al escenario. Kate le dedicó una sonrisa y caminó hasta el general.

–Gracias, general Martin, pero no merezco tan-tos cumplidos; me he limitado a preparar el postre –empezó a decir–. Sois vosotros, todos vosotros, los que merecéis nuestro reconocimiento. Solo espero que mi trabajo os endulce un poco la vida, después de lo que habéis sufrido. Sé que Andrew estaba orgulloso de ser compañero vuestro, aunque no tan orgulloso como yo de que fuera mi hermano.

Los invitados aplaudieron mucho la intervención de Kate, que les dio las gracias y volvió con Brody.

–Lo has hecho muy bien –dijo él.

–Gracias.

Brody se dijo que Kate era una mujer excepcional. Se había ganado su cariño y su respeto, dos motivos más que suficientes para decirle quién era en realidad y qué había pasado en aquella sucia y polvorienta tienda de campaña.

Kate merecía conocer la verdad.

–Me alegro de haber podido hablar sin perder el aplomo. A pesar del tiempo transcurrido, me cuesta hablar de Andrew.

–Lo comprendo. Más de lo que imaginas.

Brody la condujo hacia las mesas con intención de sentarse y de hablar con ella; pero no tuvo ocasión. Mientras se abrían paso entre la multi-tud, uno de los soldados se acercó a Kate y le sonrió.

–Hola, Kate, me alegro de verte.

–¿Artie?

–El mismo...

–Oh, Dios mío, ha pasado mucho tiempo desde la última vez... –Kate se acercó al soldado y lo abrazó–. ¿Qué tal estás?

Brody guardó silencio. Lo había reconocido al instante; era Artie Gavins, uno de los compañeros del hermano de Kate. Andrew lo tenía en gran estima; decía que era un militar excelente y con mucho sentido común, aunque algo serio.

–Bien, muy bien.

Artie sonrió a Kate y se giró hacia Brody. Al principio, no lo reconoció; a fin de cuentas, el hombre de traje y corbata que estaba ante él no se parecía demasiado al médico de vaqueros y camisa caqui con el que había estado el mes anterior. Pero seguía siendo el mismo, y Artie se dio cuenta.

–¿Doctor? Vaya, no me lo puedo creer... no te había reconocido con esa ropa.

Brody le estrechó la mano.

–Me alegro de verte, Artie.

Brody cruzó los dedos para que Artie no diera explicaciones sobre el lugar donde se habían conocido.

No quería que Kate se enterara por otra persona. Necesitaba tiempo para explicárselo, tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

–¿Nos disculpas un momento, Artie? Kate y yo tenemos que volver al bufé.

Kate lo miró con extrañeza, pero le siguió la corriente.

–Ah, sí, es verdad... tenemos que servir el resto de las tartaletas. No queremos que nadie se quede sin postre –dijo con una sonrisa–. Nos veremos después.

–De acuerdo...

Artie dio media vuelta y se alejó.

Brody tomó de la mano a Kate y la llevó hacia la salida. Quería sacarla de la sala, pero había tanta gente que no encontraba la manera de llevársela sin llamar la atención.

–No sabía que conocieras a Artie –dijo ella–. Está visto que el mundo es un pañuelo... ¿De qué os conocéis?

–Artie fue paciente mío en cierta ocasión.

–¿Y te acuerdas de él? ¿Con todos los pacientes que habrás tenido? –preguntó Kate, visiblemente sorprendida.

–Hay pacientes que no se olvidan nunca.

–Ah...

–¿Te importa que salgamos de aquí? Tengo que hablar contigo.

–No me puedo ir, Brody. Le prometí al general que me quedaría y que comería con las tropas. Además, me gustaría hablar con los soldados de la unidad de Andrew. ¿Por qué no te quedas conmigo? Te aseguro que no muerden...

–Yo...

–¿Sí?

–No puedo, Kate.

–¿Por qué?

Brody carraspeó. La situación se estaba complicando por momentos.

–Tengo que hablar contigo –insistió.

Kate le puso una mano en el brazo.

–¿Te encuentras bien? Estás muy pálido.

Él echó un vistazo a su alrededor y el sentimiento de culpa se volvió tan insoportable que tuvo que respirar hondo antes de hablar.

–No, no estoy bien. No lo estoy en absoluto.

–¿Qué te pasa?

Brody volvió a mirar a su alrededor. Estaba entre un grupo de personas verdaderamente valientes, y delante de la mujer más valiente que había conocido. No le podía negar la verdad. Aunque Andrew le hubiera hecho prometer que no se la diría.

–¿Te acuerdas del paciente del que te hablé hace un rato? ¿El que perdí durante una de mis misiones en el extranjero?

–Sí, me acuerdo.

–Pues bien, era alguien que tú conocías.

Kate frunció el ceño.

–¿Alguien que yo conocía?

–Tenemos que hablar, Kate. Pero en un lugar más tranquilo.

–¿Tiene que ser ahora?

–Sí. No puede esperar –contestó–. De hecho, ya he esperado demasiado.

Justo entonces, se les acercó el general.

–Te he reservado un sitio en mi mesa, Kate. Me encantaría que te sentaras conmigo.

–Sí, claro... ¿Me disculpas un momento, por favor?

El general asintió.

–Naturalmente.

Kate sacó a Brody de la sala y cerró la puerta.

–Solo tengo un minuto, Brody.

Él se llevó la mano al bolsillo y sacó la carta que había llevado encima durante tantas semanas. Kate la leyó y miró a Brody con una mezcla de confusión y dolor.

–¿Cómo es posible...?

Brody suspiró.
–Artie me conoce porque fui su médico.
–Eso ya me lo has dicho.
–Pero no te he dicho que fui su médico en Af-ganistán. De hecho, lo fui de varios de los soldados que están en la sala.
–¿Cómo? ¿Estuviste en Afganistán? ¿Cuándo?
Brody se encogió de hombros.
–Formaba parte de un equipo médico que iba de pueblo en pueblo, ayudando a la gente y a los heridos de guerra. Nos acompañaba una pequeña unidad del Ejército, encargada de nuestra seguridad. Era la unidad de Andrew.
–No entiendo... ¿Conociste a mi hermano?
–¿Te acuerdas del pueblo del que te hablé? ¿El que estaba entre montañas?
–Sí.
–Estuvimos allí varios días. Andrew recibió uno de tus paquetes durante nuestra estancia.
Kate se quedó pálida.
–Le enviaba paquetes todas las semanas –dijo–. No sé cómo es posible que le llegaran, estando tan lejos; pero le llegaban.
–Y no sabes cuánto se alegraba al recibirlos... –Brody sonrió al recordar la cara de felicidad de Andrew–. Sé que te tomaba el pelo al respecto, pero guardaba todas tus cartas y hablaba de ti todo el tiempo. Cuando entré en la Nora’s Sweet Shop por primera vez, me pareció que te conocía desde siempre.
–¿Hablaba de mí?
Brody asintió.
–Era un gran hombre, un hombre verdaderamente bueno. Supongo que sus compañeros y él estaban aburridos de acompañar a un equipo de médicos de ciudad en ciudad, pero se comportaba como si fuera la misión más importante del mundo.
Ella sonrió con debilidad.
–Sí, Andrew era así. Se volcaba con los demás.
–Y hacía un gran trabajo.
–Pero eso no explica por qué llevas esa carta.
Brody volvió a suspirar. Se acercó a la pared y se apoyó en ella.
–Llegué a conocer a tu hermano. Hablábamos con frecuencia... Teníamos mucho en común, ¿sabes? Los dos éramos de Boston, los dos éramos seguidores de los Red Sox...
–Me alegra que tuviera un amigo –dijo ella, con voz rota.
–Sí, Andrew era mi amigo. Me importaba mucho, Kate. Hice lo posible por salvarle la vida. Hice todo lo que estuvo en mi mano.
–¿Por qué dices eso?
Brody se pasó una mano por el pelo. Aquello era más difícil de lo que había supuesto.
–Andrew hablaba de ti constantemente; hablaba de la tienda, de vuestros abuelos y de lo mucho que os añoraba. Pero le preocupaba tu futuro... tenía miedo de que su muerte te pesara tanto que abandonaras tus planes y te quedaras atascada. Me rogó que te animara a seguir adelante con tu vida. Me pidió que cuidara de ti.
–¿Estabas con él cuando murió?
Brody asintió una vez más.
–Sí. Yo era su médico.

Kate se llevó una mano a la frente.

–¿Su médico? ¿Y cuándo pensabas decírmelo? –preguntó con recriminación.

–Lo he intentado mil veces, pero no podía. No quería hacerte daño.

–¿Cuidaste de él?

–Estaba gravemente herido, al igual que varios de soldados de su unidad. Cuando estalló aquella bomba, solo había dos médicos en el puesto; pero mi compañero carecía de experiencia y la situación nos superó. De repente, nos encontramos en mitad del caos. Hice lo posible, Kate, pero sus heridas eran demasiado graves.

Las palabras de Brody se quedaron flotando en el ambiente durante un buen rato. Y la mirada de Kate cambió. Pasó del dolor y la incredulidad a la furia.

–¿Cómo es posible que no lo salvaras? –rugió–. ¿Qué clase de médico eres?

–Lo intenté, te prometo que lo intenté. Pero tienes que entenderlo... estábamos en mitad de ninguna parte, sin medios, sin gente suficiente. Ya nos encontrábamos al límite cuando aquella bomba estalló al paso del camión de Andrew. Nos vimos obligados a cuidar de muchas personas a la vez, y casi todas estaban graves.

Kate se mordió el labio inferior y derramó una lágrima.

–¿Andrew sufrió?

Brody suspiró de nuevo. Era una pregunta que le formulaban muchas veces, pero muy pocos querían saber la verdad. Lo preguntaban para que les dijera que sus familiares habían tenido una muerte rápida, sin dolor. Aunque no fuera cierto.

–No, no sufrió casi nada. De hecho, tuvimos ocasión de hablar bastante durante sus últimas horas.

–¿Horas? ¿Es que fue una muerte lenta? ¿Có-mo puede ser que no lo llevarais a un hospital, que no pidierais un helicóptero? ¿Por qué lo dejaste morir?

–Yo no lo dejé morir. Hice lo que pude.

Ella sacudió la cabeza.

–Pero no fue suficiente, ¿verdad?

–No, no lo fue.

–¿Y qué es esto, Brody? ¿Una misión de socorro? –preguntó con ironía–. ¿Qué haces aquí? ¿Cuidar de su pobre hermana?

–Kate, yo...

–No importa, Brody. No quiero saberlo. Dejaste que mi hermano muriera, te presentaste en mi tienda de repente y ni siquiera fuiste capaz de decirme la verdad. –Kate le devolvió la carta–. Aléjate de mí. No necesito tu misericordia.

Kate se apartó de él, volvió a la sala y cerró la puerta sin decir nada más.

Capítulo 10

La ceremonia fue sencilla y breve. Cuando terminó, Riley y Stace se giraron hacia el pequeño grupo de amigos y familiares, que rompieron a aplaudir y les lanzaron arroz y pétalos de rosa.

Brody se había obligado a concentrarse en la pareja, aunque ardía en deseos de girar la cabeza y ver si Kate se encontraba entre los presentes. Pero ya no tenía ninguna excusa, de modo que echó un vistazo a su alrededor y buscó sus ojos verdes y su largo e intenso cabello castaño con la mirada.

Pero no la encontró. Y se llevó una decepción.

A pesar de lo ocurrido durante su último encuentro, albergaba la esperanza de que cambiara de idea y se presentara en la boda de Riley y Stace. Aunque, por otra parte, su ausencia no le extrañó demasiado. Kate había llevado la tarta por la mañana; probablemente, para no coincidir con él. Y como siempre, su trabajo había superado todas las expectativas. La gente estaba tan encantada que hasta Riley lo felicitó.

–No me felicites a mí –se defendió Brody–. Fe-licita a...

La puerta del Morning Glory se abrió en ese momento. Era Kate. Llevaba un vestido de color azul pálido y unos tacones altos que aumentaban la longitud de sus piernas. A Brody le pareció tan bella que se quedó sin aliento.

–Felicita a la mujer que acaba de entrar –continuó–. Kate Spencer, la dueña de la Nora’s Sweet Shop.

Varios de los invitados se acercaron a Kate para darle las gracias por la tarta. Ella se ruborizó un poco y, tras quitárselos de encima, aceptó una copa de champán y se puso a hablar con Ellie, mientras Brody la observaba en la distancia.

–¿No le vas a pedir que baile contigo? –preguntó Riley.

–Dudo que le apetezca.

Riley arqueó una ceja.

–¿Qué ha pasado?

–Le conté lo de Afganistán. Le dije que estaba con su hermano cuando murió. Y que su hermano me pidió que cuidara de ella.

–¿Y cómo se lo tomó?

Brody frunció el ceño.

–¿Tú qué crees?

–Bueno... de todas formas, tenías que decírselo en algún momento –afirmó Riley–. Has hecho lo que debías.

–Sí, ya. Pero la he perdido. Y todo, por intentar hacer lo correcto.

Riley le dio una palmadita en el hombro.

–¿Te acuerdas de la trampa que le tendimos a Finn para que se quedara a solas con Ellie? –preguntó.

–Claro que me acuerdo.

–Pues tienes que hacer algo parecido. Encontrar la forma de que ese encanto de mujer te dirija la palabra.

–Pero si ni siquiera quiere verme...

–¿Se lo has preguntado?

–No, claro que no. Es más que obvio.

Riley suspiró.

–Maldita sea, Brody. Está visto que soy el único miembro de la familia que sabe algo de relaciones amorosas... No des nada por sentado. Cual-quiera se daría cuenta de que le gustas, aunque no imagino por qué –declaró con una sonrisa–. Deja de hacer el tonto y habla con ella. O Finn y yo tendremos que intervenir.

Riley se alejó hacia su esposa y lo dejó a solas. Brody sacó fuerzas de flaqueza y se abrió camino entre la multitud, hasta llegar a Kate. Estaba verdaderamente guapa. Se había recogido el pelo, dejándose algunos mechones sueltos, y la curva de su cuello le parecía más tentadora que nunca.

–¿Podemos hablar?

–Nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir –replicó, tajante.

–Kate, por favor.... deja que te lo explique.

–¿Para qué? ¿Puedes decir algo que cambie las cosas?

–Escúchame. Solo te pido eso. Cinco minutos, nada más.

Ella se mordió el labio.

–Está bien. Cinco minutos.

–¿Podemos salir de aquí?

–Si te empeñas...

Brody la llevó a la cocina y, a continuación, la sacó del Morning Glory por la puerta de atrás. El sol acarició el cabello de Kate, dándole un tono dorado.

–Lamento no haberte dicho quién era desde el principio. Fue un error.

Ella asintió.

–Sí, lo fue.

–Pero tienes que saber una cosa... La última vez que hablé con Andrew, cuando él ya sabía que se estaba muriendo, me obligó a hacerle una promesa.

–¿Una promesa?

–Sí. Que me asegurara de que te encontrabas bien y de que seguías adelante con tu vida. Me dijo que tenía miedo de que te aferraras a tu dolor. Me rogó que no te dijera la verdad, ¿sabes? Creía que solo serviría para hacerte sufrir más.

–No te entiendo –dijo, desconcertada.

–Le preocupaba que te sintieras culpable, Ka-te.

–Y me siento culpable, Brody –dijo–. Si yo no lo hubiera presionado para que se alistara en el Ejército...

Brody la tomó de la mano.

–Andrew no se alistó porque tú lo presionaras; se alistó porque quería. Me lo dijo él mismo. Pensó que estaba haciendo lo mejor que podía hacer.

–¿Lo mejor?

–Sí. Proteger a sus compañeros, a la gente que quería. Era lo que estaba haciendo cuando yo lo conocí –respondió–. Y lo comprendo muy bien, porque yo he estado haciendo lo mismo toda la vida. Proteger a mi familia, proteger a la gente... Presiono constantemente a mi abuela para que se haga las pruebas que necesita; molesto a mis hermanos para que se sometan a chequeos anuales y cuido de mis pacientes porque creo que, así, podré evitar...

–Una tragedia.

–En efecto. Por eso estudié medicina, para cambiar la vida de las personas. O eso pensé en su momento, porque a decir verdad, lo hice para cambiar mi propia vida. Cuando mis padres murieron, me sentí absolutamente impotente, como si no tuviera control sobre

nada.

–Eras un niño, Brody. No podías hacer nada –le recordó.

–Ya lo sé, pero intenta decirle eso a un niño de ocho años que acaba de perder a sus padres. Me hice médico porque pensé que era la mejor forma de cambiar la historia de la gente. Me gustaba pensar que, con el tratamiento adecuado, con la prescripción adecuada, sería capaz de salvar cualquier vida.

–Y no fue así...

–No. Cuando fui a Afganistán, me di cuenta de que hay cosas que escapan de todas formas a nuestro control. Y, por mucho que te disguste, hay que permitir que la gente asuma sus propios riesgos... Si tu hermano y sus compañeros no hubieran estado aquel día con nosotros, la bomba que lo mató habría acabado con la vida de varios civiles y, tal vez, también con la mía. Se sacrificó por nosotros. Nos estaba protegiendo.

Kate se mordió el labio.

–Andrew era así –dijo–. Le gustaba proteger a los demás.

–Y fue un ejemplo para todos, Kate.

Ella guardó silencio.

–¿Te acuerdas del paciente del Hospital Gene-ral del que te hablé? ¿El que era ciego? –continuó Brody.

–Sí....

–Cuando murió, tuve que hablar con la familia. Era la primera vez que me veía obligado a notificar un fallecimiento, y fue una experiencia espantosa. Hablé con sus padres y con su hermana; veía sus ojos llenos de dolor y me horrorizaba porque sabía que yo era el causante de ese dolor. Pero, ¿qué podía hacer? Les estaba diciendo la verdad. Nadie podía devolver la vida a aquel hom-bre.

–Entonces, ¿por qué no me dijiste la verdad a mí? Merecía saberlo, pero me has estado mintiendo... ¿Por qué, Brody? ¿Por qué? –exclamó.

–¡Porque era mi amigo, maldita sea!

Kate se quedó atónita.

–¿Tu amigo?

–Me sentí como si acabara de perder a uno de mis hermanos... Me he estado castigando a mí mismo por las decisiones que tomé. Habría dado cualquier cosa por poder volver a aquella tienda de campaña y salvar la vida a Andrew; pero si eso fuera posible, el resultado habría sido el mismo.

Brody se pasó una mano por el pelo y siguió hablando.

–Si Andrew hubiera estado en el hospital de Boston donde murió aquel hombre, podría haber hecho algo más de lo que hice; pero estábamos en Afganistán y nos faltaba de todo... no teníamos recursos suficientes.

–¿Qué quieres decir?

–Solo estábamos mi compañero y yo, a varias horas del hospital más cercano. Allí no había sala de operaciones, ni especialistas a los que pudiéramos pedir ayuda, ni equipos de ninguna clase... Éramos una unidad médica que viajaba de pueblo en pueblo para cubrir las necesidades más básicas de la gente. No teníamos el material necesario. Si hubiéramos estado en una ciudad, podría haber hecho algo para...

–¿Salvar a Andrew?

Brody respiró hondo y suspiró lentamente.

–No. Sus heridas eran demasiado graves –respondió–. Ni en el mejor hospital del mundo habría podido hacer algo más que ganar tiempo.

–¿Para qué? ¿Para que sufriera más?
–No. Para que se pudiera despedir de sus seres queridos.
–Oh, Brody...
Brody se liberó al fin del peso que lo había estado volviendo loco durante semanas; de su inmenso sentimiento de culpabilidad.
–Quería que tuviera tiempo para hablar contigo. Estábamos en una zona con mala cobertura telefónica, pero albergara la esperanza de que la línea mejorara de repente y Andrew pudiera ponerse en contacto con vosotros. Yo no quería ser su mensajero. Quería que hablara contigo en persona. Y cuando oí los helicópteros que se acercaban, hice lo posible por mantenerlo con vida... pero no pude, Kate. No sabes cuánto lo siento.
Ella se tapó la cara con las manos. Brody se acercó y la tomó entre sus brazos.
Al principio, Kate se puso tensa e intentó separarse de él; pero enseguida se relajó y rompió a llorar.
Brody no pudo hacer nada salvo quedarse allí y repetir la misma frase una y otra vez:
–Lo siento.
Al cabo de unos minutos, Kate se tranquilizó y dejó de llorar. Entonces, retrocedió y clavó sus ojos verdes en los azules de él.
–¿Es que no lo entiendes, Brody? Mi hermano se despidió de mí. Se despidió a través de ti, de la persona que estaba a su lado.
Brody volvió a suspirar.
–Sí, supongo que sí. Yo no podía hacer nada salvo cumplir su último deseo. Pero no dejo de preguntarme si podría haber hecho algo más por él.
–A veces no se puede hacer nada, Brody. Salvo asumir la realidad y seguir adelante.
–Yo soy médico... se supone que puedo curar a la gente –insistió él, con desesperación–. El juramento hipocrático obliga a los médicos a no hacer daño, pero yo le hice daño al tratarlo en una tienda de campaña, en mitad de ninguna parte, sin medios suficientes. Y le hice daño cuando fracasé en el intento de darle unos minutos más de vida, para que se pudiera despedir de su hermana.
–¿Puedo hacerte una pregunta?
–Claro...
Kate le puso una mano en el brazo.
–¿Qué le habría pasado a Andrew si tú no hubieras estado allí?
–Que habría sufrido una muerte lenta y muy dolorosa –respondió.
–Pero tú aliviaste su dolor...
–Sí. Al menos, tenía el material necesario para eso.
Ella sacudió la cabeza.
–No me refería al tratamiento que le diste, sino al simple hecho de que estuvieras a su lado, escuchándolo. En ese momento, lo que más necesitaba en el mundo era un amigo. Y tú estuviste con él –declaró.
–Sí, pero...
–Gracias, Brody –lo interrumpió–. Gracias por cuidar de Andrew. Gracias por haber estado con él hasta el final.
Brody tragó saliva, emocionado.
–Te quería mucho, ¿sabes? Ojalá hubiera podido...
–Lo sé.
Él la miró a los ojos con ternura.

–Tienes que seguir con tu vida, Kate. Alquila ese local; amplía el negocio. Andrew quería que fueras feliz, que no renunciaras a tus sueños... Cuando fuimos a Weymouth, me di cuenta de que ardías en deseos de abrazar la oportunidad que se te había presentado; pero, al final, te echaste atrás.

–Porque no estoy acostumbrada a asumir riesgos. Andrew era el valiente de la familia, y sin él... –Kate sacudió la cabeza–. No me siento con fuerzas para abrir otra tienda. Me contentaré con la Nora's Sweet Shop.

–Porque tienes miedo al fracaso.

Kate se apartó de él.

–Basta ya. No he venido aquí para que me eches en cara lo que hago mal.

–¿Y eso es todo? ¿Vas a huir? Vas a dar la espalda a la realidad porque la conversación se ha vuelto desagradable para ti?

Ella le clavó un dedo en el pecho.

–No soy yo quien huye, sino tú. Insistes en decirme lo que tengo que hacer con mi vida mientras tú te encierras en ti mismo porque no tienes valor para cambiar la tuya.

Kate se alejó y Brody supo que se iba a ir y que no la volvería a ver si no hacía algo por impedirlo. Además, tenía razón. Se había encerrado en sí mismo porque tenía miedo a la pérdida, miedo a perder el control otra vez, miedo a los riesgos.

–Espera, Kate...

Ella se detuvo junto a la puerta y lo miró.

–Nos parecemos mucho, ¿verdad? –continuó Brody–. Los dos trabajamos en negocios que nos obligan a asumir riesgos todos los días, y los dos nos negamos a asumirlos. Se supone que, siendo médico, tendría que estar acostumbrado a esas cosas; pero no lo estoy. Me aterra la posibilidad de perder a un paciente. Y me aterra la posibilidad de perderte a ti.

–¿A mí? ¿Por qué?

–Porque eres la primera mujer que me ha enseñado mis propios defectos y me ha animado a afrontarlos. Tienes razón sobre mí. Estaba convencido de que podía cambiarlo todo; y como mi trabajo en Boston no me parecía suficiente, viajaba a otras ciudades y a otros países para cambiar las vidas de más personas...

–Lo cual te honra, Brody.

–Tal vez. Pero eso cambió en Afganistán, cuando me encontré ante un hombre que se estaba muriendo y por el que no podía hacer nada. Ese hombre era tu hermano, Kate. La imagen de mi propia desesperación, de mi impotencia al comprender que hay cosas que no están a mi alcance. –Brody se pasó una mano por la cara–. Sin embargo, estoy cansado de tener miedo. El miedo ha impedido que hiciera lo que quiero hacer.

–¿Y qué quieres hacer?

–Trabajar para mejorar la situación de las misiones médicas en el extranjero. Luchar aquí, en esta misma ciudad, para ayudar a los más desfavorecidos. Y, por encima de todo, dejar de resistirme al amor.

–¿Al amor? ¿Es que te has enamorado?

–Sí, hace tiempo. Creo que ya estaba enamorado de ti cuando nos conocimos.

Ella sacudió la cabeza.

–Eso es imposible, Brody.

–No creas... Andrew hablaba de ti constantemente –replicó con una sonrisa–. Me hablaba de la tienda, de tu abuela, de tus cosas. Aunque supongo que exageraba un poco. Te hacía parecer una mezcla de Papá Noel y una santa.

Kate soltó una carcajada.
–Pues no soy ninguna santa.
–Pero a él se lo parecías. Y cuanto más me hablaba de ti, más me gustabas –replicó–. Tardé casi un mes en reunir el valor suficiente para ir a tu tienda. Pasaba todos los días por delante, pero no me atrevía a entrar.
–¿Por miedo a decirme la verdad?
–En parte por eso y, en parte, porque me aterraba la idea de que no fueras como yo te había imaginado.
–Es decir, de que no estuviera a la altura de tus expectativas.
Brody volvió a sonreír.
–Sí, algo así. Pero entonces te conocí y me di cuenta de que eras todo lo que Andrew creía y mucho más. Eras inteligente, divertida, preciosa... Verdaderamente preciosa. Más de lo que yo merecía. Más de lo que había soñado.
Él se acercó y le puso las manos en la cintura.
–Oh, Brody...
–Supongo que fue amor a primera vista. Me quedé tan desconcertado que estuve a punto de comprar aquella cestita de los Red Sox para mi abuela. Solo sabía que quería hablar contigo, conocerte mejor y...
–¿Sí?
Brody decidió dar el último paso. Había estado atenazado por el miedo durante demasiado tiempo. Había llegado el momento de arriesgarse.
–Quiero mucho más que eso, Kate. Te quiero a ti. Quiero estar contigo para siempre.
Kate rompió el contacto, nerviosa.
–Deberíamos dejar esta conversación para más tarde. Hemos venido a la boda de tu hermano, Bro-dy. No creo que...
Brody le acarició la cara.
–Arriésgate conmigo, Kate.
Ella sacudió la cabeza.
–Eso no es posible. El destino no quiere que estemos juntos, Brody. ¿Es que no te das cuenta? Empezamos con una mentira, y no se puede construir nada sobre una mentira. Nada salvo decirse adiós.
Kate se dio la vuelta y volvió al Morning Glory.
El eco de su portazo resonó en el callejón durante muchos segundos.

Capítulo 11

Los pasteles estropeados parecían burlarse de Kate. Estaba tan distraída que había quemado dos bandejas enteras aquella mañana. Y cuando Joanne se presentó en la tienda, Kate se sintió tan aliviada que le faltó poco para llorar.

–Odio dejarte precisamente hoy, cuando acabas de volver al trabajo. Pero necesito un poco de aire fresco, Joanne. Creo que voy a salir a correr.

–No te preocupes por mí. Estaré bien. Además, tu abuela dijo que se pasaría más tarde. Me hará compañía.

Kate se quitó el delantal, lo dejó en la encimera y se dirigió a la parte delantera de la tienda en el preciso momento en que llegaba Nora.

–Buenos días, abuela. ¿Qué tal estás?

Kate le dio un beso en la mejilla.

–Bien, bien... y estaré mejor cuando me tome algo dulce –respondió con una sonrisa–. ¿Adónde vas? ¿A ver a tu querido doctor?

Su nieta sacudió la cabeza.

–No, voy a correr un rato.

–Antes de salir, deberías echar un vistazo al paquete que he encontrado en la entrada. Sospecho que es para ti.

–¿Un paquete? ¿Para mí?

Nora alzó el brazo y dejó un paquete en el mostrador. Kate pensó que podía ser algún pedido que había olvidado, pero desestimó la posibilidad al instante. Era domingo, y los domingos no hacían entregas.

–¿Y dices que estaba en la entrada?

Nora sonrió una vez más.

–Sí.

Kate abrió el paquete con cuidado. En su interior había una cajita forrada de terciopelo negro y un sobre con una tarjeta, que decía así:

A veces, para atreverse a dar un salto, solo se necesita un poco de suerte.
Te quiere, Brody.

–¿Qué hay en la caja? –preguntó Nora.

–No lo sé...

Kate la abrió y se quedó atónita al ver el contenido. Era un trébol de cuatro hojas, un trébol de verdad, metido en un corazón de cristal que estaba enganchado a una cadena de plata. Era un llavero.

–Ese hombre te conoce muy bien –dijo su abue-la.

–Sí, pero...

Nora le puso una mano en el hombro.

–Antes de que empieces a enumerar los motivos por los que no deberías estar enamorada de él, ¿puedo decir una cosa?

–Por supuesto.

–¿Te he contado alguna vez la historia del nombre de la tienda?

Kate asintió.

–Sí, pero cuéntamela otra vez. Me encanta.

Nora la miró con afecto.

–Cuando tu abuelo se casó conmigo, sabía lo mucho que yo deseaba abrir una tienda como esta... pero era una chica joven que, además, estaba embarazada y tenía a su esposo en el frente. Como te puedes imaginar, la idea de abrir un negocio me daba miedo.

–Sí, me lo imagino.

–El día en que se marchó al Ejército, me desperté y encontré una espátula sobre la almohada. En el mango, estaba grabado el nombre de la tienda: *Nora's Sweet Shop.* Tu abuelo lo había grabado a mano, con una navaja que le regalé. Me dijo que lo mejor que podía hacer por él era luchar por mis sueños, así que lo hice. Y no me he arrepentido nunca, Kate... Pero ahora es tu turno. La tienda es tuya. Conviértela en la pastelería más famosa del país.

–Pero me da miedo, abuela. ¿Qué pasará si fracaso?

–El simple hecho de luchar por lo que se quiere es un triunfo. Y pase lo que pase, sabes que estaré a tu lado.

Nora se acercó y la abrazó.

Kate jugueteó con el llavero de Brody y clavó la mirada en la fotografía de Andrew, la que adornaba la pared. Sabía que su hermano habría querido que siguiera adelante, sin dejarse dominar por los fantasmas del pasado.

–Gracias, abuela.

Nora sonrió de nuevo.

–No hay de qué. Y ahora, sal a correr y despéjate un poco. Yo me quedaré aquí, dando buena cuenta de tus chocolatinas...

Kate soltó una carcajada, se guardó el llavero en el bolsillo y salió de la tienda para dirigirse a su casa, donde se cambió de ropa. El domingo había amanecido despejado y con buena temperatura; un día perfecto para hacer ejercicio.

Mientras corría, se sorprendió lanzando miradas a izquierda y derecha, buscando a Brody. La cadena del regalo de Brody daba saltos sobre su bolsillo y le recordaba que solo necesitaba un poco de suerte para arriesgarse.

Para arriesgarse a abrir una segunda tienda.

Para arriesgarse a amar.

Al llegar al parque, se encontró entre un grupo de palomas que alzaron el vuelo de repente, asustadas. Ella bajó el ritmo y las admiró mientras se alejaban volando, grises contra el cielo del otoño.

Se giró hacia la derecha y vio dos caminos.

El primero llevaba a su casa. El segundo, en dirección contraria; en una dirección que no había tomado nunca.

Respiró hondo y siguió corriendo.

El olor del asado impregnaba la cocina de la casa de Mary McKenna. Finn, Ellie y Jiao estaban charlando con la matriarca de la familia, mientras Brody perdía el tiempo en la biblioteca con un libro que solo fingía leer.

Por lo visto, había fracasado en el intento de demostrarle a Kate que la quería. Había dudado antes de enviarle el paquete con el llavero; en otras circunstancias, se lo habría llevado en persona, pero su encuentro del día anterior había terminado tan mal que ni

siquiera estaba seguro de que quisiera verlo.

–¿Brody?

Al oír la voz de Ellie, se giró hacia la puerta.

–¿Sí?

–Tu abuela está a punto de abrir una botella de ese vino que tanto te gusta. Aunque creo que yo voy a seguir bebiendo zumo de naranja.

–No estoy de humor para tomar vino.

Ellie suspiró.

–Todos los McKenna sois iguales. Obstinados, decididos y absolutamente irritantes.

Brody arqueó una ceja.

–Si intentas animarme, no lo estás consiguiendo –ironizó.

–No intento animarte.

Ellie se acercó a Brody. Su embarazo empezaba ser visible en la curva de su estómago.

–Me han contado lo que has hecho –continuó ella.

–¿A qué te refieres?

–A lo de Afganistán y a lo de Kate.

–Ah, ya...

–En mi opinión, has hecho lo correcto.

Él sacudió la cabeza.

–¿Y de qué me sirve? La he perdido.

–Te has limitado a hacer lo que hacéis todos los McKenna, proteger a los tuyos. Estoy segura de que, al final, se dará cuenta.

–Ojalá...

Ellie le puso una mano en el brazo.

–Entrará en razón, Brody. Solo tienes que darle un poco de tiempo –afirmó–. Vamos, acompáñame y tómate esa copa de vino con tu familia. Todo saldrá bien, ya lo verás. Ten un poco de fe.

–De acuerdo...

Brody salió de la biblioteca y la acompañó por el pasillo.

–Soy médico, Ellie. Vivo en un mundo de lógica, donde la fe no tiene mucho espacio.

–Lo sé, pero también eres irlandés... –le recordó con humor–. Y los irlandeses creen en la fe y en la suerte.

Ellie sonrió de oreja a oreja al llegar al vestíbulo. Luego, se alejó de su cuñado y lo dejó a solas con la mujer que estaba esperando en la entrada de la casa.

Era Kate.

Brody se quedó perplejo. Kate llevaba camiseta, pantalones cortos y zapatillas deportivas. Tenía una capa de sudor en la frente, pero le pareció más bella que nunca.

–Siento presentarme con esta ropa –dijo ella con incomodidad–. ¿La oferta de tu familia sigue en pie?

Brody se sintió inmensamente feliz.

–Si te refieres a la comida familiar, por supuesto que sí. Llegas justo a tiempo –dijo, encantado–. Oh, Dios mío, pensaba que no te volvería a ver...

–He recibido tu regalo, ¿sabes? –Kate señaló la cadena que colgaba de su bolsillo–. Muchas gracias, Brody.

–De nada.

–¿Sabes lo que sentí al verlo?
–¿Qué sentiste?
–Lo de siempre. Miedo –contestó–. E hice lo de costumbre, aunque esta vez haya sido en sentido literal... Salir corriendo.
Él sonrió.
–Sí, ya me he dado cuenta. Pero estás muy guapa cuando sales a correr.
–Pensé que un poco de ejercicio me ayudaría a olvidar, pero no dejo de pensar en ti –le confesó–. Estás en todo, en todas partes. En el fondo, albergaba la esperanza de que tú también hubieras salido a correr, y de que nos encontráramos en el camino.
–Y me has encontrado.
Ella sacudió la cabeza.
–Tenías razón, Brody. Estaba muerta de miedo... Cuando Andrew y yo éramos niños, me preocupaba tanto por él que me convertí en una chica pragmática y conservadora, que no se arriesgaba nunca. Pensé que, si no me arriesgaba, podría controlar las cosas y evitarme el dolor de otra pérdida como la de mis padres. Pero estaba profundamente equivocada. Y he estado a punto de perderte por eso.
Brody le apartó el pelo de la cara.
–Yo sigo aquí, Kate. Siempre estaré aquí.
–Cuando me dijiste que te habías enamorado de mí, me sentí como si estuviera al borde de un acantilado y me pidieras que saltara al vacío. Me dio miedo y huí, en lugar de hacer lo que tendría que haber hecho.
–¿De hacer qué?
Kate sonrió, le pasó los brazos alrededor del cuello, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios.
–Esto.
Él la abrazó y le devolvió el beso.
–Bueno, es mucho mejor que huir, ¿no te parece?
–Me asusté tanto porque yo también me he enamorado, Brody. He buscado mil excusas para no estar contigo, incapaz de creer que existiera un hombre como tú, uno capaz de alimentar mi pasión y, al mismo tiempo, de comprender mis necesidades más profundas –declaró ella, mirándolo con intensidad–. Todo un héroe.
–Yo no soy un héroe, Kate.
–Claro que lo eres. Salvaste a mi hermano por el procedimiento de quedarte con él y prestarle atención. Y me has salvado a mí –replicó–. Asumes los riesgos que los demás no quieren asumir. Eres un héroe.
Brody pensó que estaba equivocada. A decir verdad, era ella quien lo había salvado a él de una existencia vacía; pero si la mujer de la que estaba enamorado insistía en dedicarle ese cumplido, no le iba a llevar la contraria.
–Te amo, Kate Spencer.
Ella le dedicó una sonrisa brillante como el sol.
–Y yo te amo a ti, Brody. Creo que me enamoré de ti en el preciso momento en que alcanzaste aquella cesta con el envoltorio de los Red Sox.
Brody rio.
–Estaba tan distraído que ni lo noté...
–Por cierto, tu regalo me ha gustado mucho; pero le falta una cosa.
Él frunció el ceño.
–¿Cuál?

–Las llaves de la nueva Nora's Sweet Shop. En cuanto vuelva a casa, llamaré por teléfono al agente inmobiliario. Y tengo intención de abrir una tienda en todas las ciudades del país... o, al menos, un montón.

Brody la abrazó con fuerza.

–Parece que va a ser una época de cambios... He pensado que voy a contratar a otra persona para que me ayude en la consulta. Así, tendré más tiempo libre y podré trabajar de voluntario en Newton.

–Los dos vamos a asumir riesgos...

–Pero los asumiremos juntos. De la mejor forma posible.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

–Eso es verdad, Brody.

–¿Sabes una cosa? Creo que aquella cestita con el envoltorio de los Red Sox es la mejor elección que he hecho nunca. Bueno, la cestita... y tú.

Brody se sintió el hombre más feliz del mundo. Ante ellos, se abría un futuro lleno de posibilidades. Ella llevaría la felicidad a la gente con los dulces que preparaba y él, prestaría un servicio a los más necesitados. Tendrían que renunciar a algunas cosas y llegar a algunos compromisos; pero estaba seguro de que lo conseguirían. A fin de cuentas, Kate y él tenían los mismos valores.

–Fui sincero al decir que quiero pasar el resto de mi vida contigo, Kate.

–Y yo contigo, Brody.

–¿Quieres ser mi esposa?

Ella respiró hondo y volvió a sonreír.

–Sí, quiero.

De repente, se oyó un aplauso cerrado. Brody y Kate se dieron la vuelta y se encontraron ante Finn, Ellie, Mary y Jiao, que sonreían.

Finn se acercó a su hermano y dijo:

–Solo puedo decir una cosa al respecto.

–¿Cuál?

–Que ya era hora, hermanito...

Brody rio.

–Tú siempre tan directo.

Finn dio un abrazo a Kate.

–Bienvenida a la familia, Kate. Pero te recuerdo que los McKenna somos tremendos. Será mejor que te prepares.

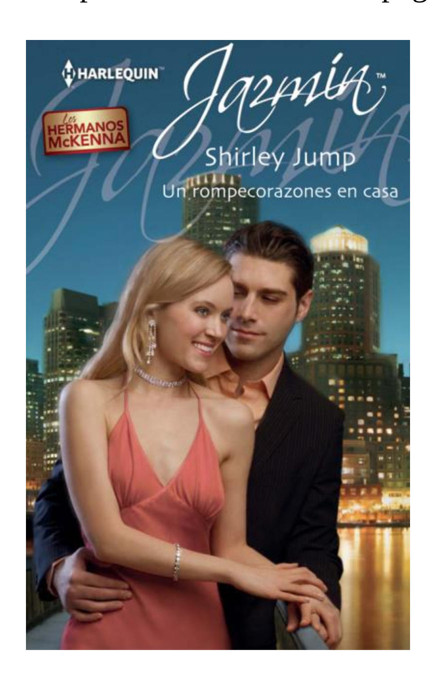
–¿Para qué?

–Para pasar los momentos más divertidos de tu vida.

Finn dio una palmada a Brody en el hombro, los felicitó por su compromiso matrimonial y añadió:

–Y ahora, vamos a comer.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





¿*Has escrito una novela romántica*? ¡*Queremos leerla*!

HQÑ es el sello digital para los escritores de novela romántica de habla hispana.

Harlequin, líder de la novela romántica, a través de su programa **HQÑ**, da la oportunidad a todos los escritores de habla hispana de ver su manuscrito publicado.

***Qué requiere tu novela*:**
- Una extensión mínima de 100 páginas (Times 12, interlineado doble)
- Que sea romántica, no importa la categoría: contemporánea, histórica, erótica, suspense, paranormal…

***Si tu manuscrito resulta elegido, te ofrecemos*:**
- Publicación internacional en formato digital en español.
- Posible publicación en papel.
- Realización de una portada exclusiva para tu manuscrito.
- Apoyo de marketing para el lanzamiento y difusión de tu libro.

No lo pienses más y envía tu manuscrito a